



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Antropología

**LO COTIDIANO, LO SIMBÓLICO Y LA INTEGRACIÓN DEL
SITIO TAMBO OJOS DE AGUA EN LA REGIÓN SUR DEL
TAWANTINSUYU. CORDILLERA DEL ACONCAGUA.**

Memoria para optar al Título de Arqueólogo.

CHARLES GARCEAU SAAVEDRA

Profesora Guía: Fernanda Falabella Gellona

**Santiago, Chile
2009**

*Dedicado a
mis padres.*

AGRADECIMIENTO

Mis agradecimientos comprometen a todos aquellos que contribuyeron de alguna manera en la ejecución de la presente investigación.

A Fernanda Falabella, mi profesora guía, por su invaluable orientación, sus palabras y consejos fueron un motor que siempre me motivó para continuar en movimiento y desarrollar la presente memoria. Quisiera incluir, también, a la profesora Victoria Castro, quien me orientó en los inicios de esta investigación.

A Carlos Coros Cantín (Q.E.P.D.), quien me integró inicialmente en el estudio del sitio Tambo Ojos de Agua, con quien compartí el amor por los cerros y la arqueología, agradezco su apoyo permanente. También a Hilda Gozález, del Museo Arqueológico de Los Andes, por su generosidad y por facilitarme siempre el acceso a las colecciones.

A Rubén Stehberg con quién comencé también esta investigación, agradezco su apoyo y orientación. A todos mis amigos, compañeros y colegas, que participaron durante la ejecución de las excavaciones: Francisco García-Alvarido, Francisco Rivera, Felipe Vargas, Rodrigo Lorca, Ximena Cañas, Andrea González, Franco Torti, Jorge Rojas y Gustavo Ramírez. Al Gobierno Regional de Valparaíso por el financiamiento otorgado para realizar las campañas de terreno del 2005. También a División Andina de Codelco por el apoyo logístico prestado durante estas campañas, especialmente a Iván González por su entusiasmo, generosidad y buena disposición. Por su parte, quisiera agradecer al equipo de análisis: Virginia Mc Rostie, Rafael Labarca, Francisco Rivera, Sergio Letelier y Elvira Latorre, por su increíble compromiso e interés en el estudio de este tambo.

En especial quisiera agradecer a Silvia Miralles, por aportarme fuerza y apoyo en todo momento, incluso en las etapas más pantanosas del desarrollo de esta memoria. También a mis padres Donald Garceau y Patricia Saavedra, siempre con amor y comprensión, conscientes de mi trabajo y mi desarrollo como profesional.

TABLA DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN.....	7
CAPÍTULO I:	
PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA DE ESTUDIO Y OBJETIVOS.....	9
CAPÍTULO II:	
ANTECEDENTES	
II. 1. El Inca en Chile Central.....	12
II. 2. La cerámica del periodo Inca en Chile Central.....	16
II. 3. Antecedentes sobre la vialidad y tambos de la ruta incaica trasandina entre el centro-oeste argentino y cuenca alta del río Aconcagua:.....	19
CAPÍTULO III:	
EL SITIO TAMBO OJOS DE AGUA.....	25
CAPÍTULO IV:	
MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL	
IV. 1. El imperio Inca.....	30
IV. 2. Red vial y sistema de Tambos.....	33
IV. 3. Producción de bienes estatales.....	36
IV. 4. Simbolismo y reciprocidad en el <i>Tawantinsuyu</i>.....	38
IV. 5. La cerámica en el <i>Tawantinsuyu</i>.....	40

CAPÍTULO V:

METODOLOGÍA

V. 1. Terreno.....	46
V. 2. Recopilación de antecedentes.....	47
V. 3. Laboratorio.....	48
V. 3. 1. Material Cerámico.....	48
V. 3. 2. Material lítico.....	52
V. 3. 3. Material óseo.....	53
V. 3. 4. Material Arqueobotánico.....	54
V. 3. 5. Malacología.....	56
V. 3. 6. Metalurgia.....	56

CAPÍTULO VI:

RESULTADOS

VI. 1. Excavación.....	57
VI. 2. Análisis de materiales.....	69
VI. 2. 1. La alfarería del sitio TOA.....	69
VI. 2. 1. 1. Descripción general.....	69
VI. 2. 1. 2. Análisis de Pasta.....	71
VI. 2. 1. 3. Estilos alfareros.....	75
VI. 2. 1. 3. 1. Asignación formas de vasijas.....	75
VI. 2. 1. 3. 2. Asignación cultural de la decoración.....	77
VI. 2. 1. 3. 3. Tipos alfareros.....	83
VI. 2. 1. 4. Uso y función de las vasijas.....	96
VI. 2. 2. Material lítico del sitio TOA.....	100
VI. 2. 2. 1. Tallado lítico.....	100
VI. 2. 2. 1. 1. Derivados de núcleo.....	100
VI. 2. 2. 1. 2. Instrumentos.....	103
VI. 2. 2. 1. 3. Consideraciones finales talla lítica.....	104

VI. 2. 2. 2. Otros materiales líticos.....	106
VI. 2. 3. Restos faunísticos del sitio TOA.....	108
VI. 2. 3. 1. Consideraciones generales.....	108
VI. 2. 3. 2. Identificación taxonómica.....	109
VI. 2. 3. 3. Rangos de edad y número de individuos.....	111
VI. 2. 3. 4. Frecuencia de partes esqueléticas.....	111
VI. 2. 3. 5. Huellas culturales.....	114
VI. 2. 3. 6. Consideraciones finales.....	115
VI. 2. 4. Restos botánicos del sitio TOA.....	116
VI. 2. 4. 1. Análisis macrorestos.....	116
VI. 2. 4. 1. 1. Recursos cultivados.....	117
VI. 2. 4. 1. 2. Recursos silvestres.....	118
VI. 2. 4. 2. Análisis de microfósiles.....	119
VI. 2. 4. 3. Comentarios finales.....	120
VI. 2. 5. Restos malacológicos del sitio TOA.....	121
VI. 2. 6. Restos metálicos en el sitio TOA.....	124

CAPÍTULO VII:

DISCUSIÓN.....	125
-----------------------	------------

CAPÍTULO VIII

CONSIDERACIONES FINALES Y PROYECCIONES.....	136
--	------------

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	139
--	------------

ANEXO I:

LÁMINAS VASIJAS.....	160
-----------------------------	------------

INTRODUCCIÓN:

Existen numerosas fuentes históricas que se refieren a la existencia de una importante vía para llegar a Chile desde el Perú, atravesando el altiplano boliviano, cruzando todo el noroeste argentino a través de valles cordilleranos, llegando al río Mendoza a la altura de Uspallata, y desviándose al poniente para cruzar hacia nuestro territorio a través del paso del Bermejo o de La Cumbre (Schobinger y Bárcena 1971: 399; Raffino 1995). Esta ruta cordillerana coincide en gran parte con la ruta que se utiliza hasta el día de hoy a través de la carretera internacional que conecta con la ciudad de Mendoza.

Muchas de las fuentes documentales que hacen referencia a este paso cordillerano a lo largo de la historia son resumidas en el trabajo de Coros y Coros (1999). Así por ejemplo, se menciona el viaje que emprende en 1558 desde Perú Francisco de Villagra, explorando el noroeste argentino por dos años, y de paso da socorro a través del paso del Bermejo al gobernador de Chile Pedro de Valdivia (Ibid.: 7). Un par de años más tarde, el capitán Pedro del Castillo es enviado por el nuevo gobernador de Chile Martín Oñez de Loyola con la misión de explorar territorios transandinos a través de este mismo paso (Ibid.:9). Entre otras fuentes citadas en la investigación de Coros y Coros (Ibid.: 11-14) figuran los de Miguel de Olavarria (año 1594), Alonso de Ovalle (año 1646), Diego de Rosales (año 1670), Miguel de Olivares (año 1736), Charles Darwin (año 1834-1835) y Benjamín Vicuña Mackenna (año 1855), quienes hacen referencia al Camino del Inca y/o tambos en ruinas que observan en la ruta transandina Aconcagua-Uspallata.

Con el transcurrir de los años la existencia de esta ruta incaica queda prácticamente en el olvido. Los vestigios materiales solo comienzan a ser estudiados a mediados del siglo XX por investigadores argentinos (Aparicio 1940; Rusconi 1961-62; Schobinger y Bárcena 1971; Bárcena 1977; Bárcena 1988; Bárcena y Román 1990; Bárcena 1993-98). Estos logran reconstruir en parte esta ruta por la vertiente oriental a partir de vestigios materiales y de fuentes etnohistóricas. La continuidad de las evidencias materiales de la ruta transcordillerana hacia la vertiente occidental solo se

logra establecer de manera concreta a partir del hallazgo de nuevas evidencias en los años 90 (Coros y Coros op. cit.). Entre estas nuevas evidencias, el sitio Tambo Ojos de Agua (en adelante TOA) es, sin duda, la corroboración más contundente de la conexión que existió con las evidencias del lado argentino. Corresponde a un importante asentamiento incaico instalado en las nacientes del río Aconcagua, cuya función principal fue la de servir de estación de resguardo de viajeros que cruzaban la cordillera a través del paso del Bermejo o de La Cumbre. Se ha podido comprobar que la materialidad del sitio TOA es muy similar a los asentamientos definidos como “Tambo” de la vertiente oriental de la cordillera en la provincia de Mendoza, en específico con los sitios de Tambillos, Ranchillos y Tambillitos.

En la presente memoria se recoge numerosa información del sitio TOA referente a la distribución espacial de los recintos, de la arquitectura, del entorno, las características de los depósitos excavados y, sobre todo, los materiales culturales recobrados producto de esta actividad. Todos estos datos son analizados para que en su conjunto respondan a distintas interrogantes referidas en general a los aspectos cotidianos del funcionamiento de este asentamiento, a los alcances que pudo tener como eje de comunicación durante su funcionamiento, y a las implicancias simbólicas que pueda representar la materialidad como reflejo del manejo político e ideológico que ejerció el Inca en este sitio, como parte de una red de asentamientos manejados por el Estado.

CAPÍTULO I:

PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA DE ESTUDIO Y OBJETIVOS

El Camino del Inca o *Qhapaqñan* es considerado una de las más grandes obras elaboradas por la humanidad. Se trata de un sistema vial extremadamente complejo que cubrió la totalidad del imperio Inca o *Tawantinsuyu*. Sus límites fueron por el norte la zona sur de Colombia y por el sur la zona central de Chile. La cordillera de los Andes, a su vez, hizo de eje longitudinal del imperio, abarcando por el oriente desde el océano Pacífico (a excepción de Colombia y parte de Ecuador) y por el occidente gran parte de las serranías y valles intermontanos. En los años 80 la extensión de la vialidad incaica fue calculada en base a reconocimientos empíricos y documentación histórica en aproximadamente 23.189 Km (Hyslop 1992:54), sin embargo esta cifra podría aumentar de manera considerable a partir de las últimas investigaciones y aquellas que se realicen a futuro.

Las fuentes históricas tempranas, escritas durante el transcurso de la conquista y colonia española, ofrecen bastante información que contribuye a la reconstrucción de la extensión y trazado de distintas rutas que conformaron el *Qhapaqñan*. Asimismo, se conocen muchos aspectos de cómo operaba este sistema vial, incluyendo la lógica y funcionamiento de los tambos que se disponían a lo largo de esta extensa red de caminos.

Para la zona del Aconcagua, y en general para Chile Central, el referente material de esta vialidad se encuentra escasamente representado. La razón de esto se debe principalmente a las intervenciones originadas por gran cantidad de población que ha utilizado este territorio de manera constante a través de los siglos, lo que ha implicado la construcción de nuevas carreteras, ampliación de las zonas urbanas e incesante actividad agrícola. Incluso algunos autores han señalado que tal situación hacía muy difícil para la arqueología el estudio de la vialidad incaica en esta zona (Rivera y Hyslop 1984; Stehberg 1995). Lo anterior contrastaba fuertemente con los vestigios estudiados en la vertiente oriental de la cordillera, donde ya se tenía reconocida la existencia de caminos y asentamientos asociados a esta vialidad desde varias décadas atrás (Bárcena 1977). Las

fuentes etnohistóricas, sumado a las investigaciones realizadas en el lado argentino, apuntaban a una ruta transcordillerana incaica que unía ambas vertientes de la cordillera. Quedaba pues un vacío hacia el lado chileno, que no fue remedado sino hasta el redescubrimiento del sitio TOA (Coros y Coros op. cit.), que permitió corroborar una conexión, en cuanto a la manifestación material, con los tambos investigados en el valle de Uspallata.

Todas las evidencias del sitio TOA permiten hipotetizar respecto de su naturaleza de tambo asociado a una antigua ruta incaica transcordillerana hacia el extremo sur del *Tawantinsuyu*. La integridad y buena conservación de los depósitos presentes en el sitio, permiten tener una buena representación de la dinámica de ocupación por parte de sus antiguos habitantes. Esto se debe principalmente al hecho de estar ubicado en un punto climático relativamente “hostil” para el asentamiento humano, existiendo poca alteración antrópica en comparación al cajón del río curso abajo, lo que permitió que el sitio haya pasado desapercibido a lo largo de los siglos, cubriéndose lentamente de sedimentos.

El hecho de ser un asentamiento instaurado por la administración incaica en la cordillera, sin precedentes de una ocupación cultural previa en su ubicación física, hace de este sitio un objeto de estudio acotado y aislado. Su ubicación lejos de la población local del valle y asociado a un camino Inca, lo hacen un importante exponente de la vialidad y de la administración ejercida por el Estado incaico en la zona central de Chile. Su estudio permite contribuir hacia la definición de los alcances de comunicación de este sitio, respecto de los pisos inferiores del valle del Aconcagua y, a su vez, con aquellos sitios investigados en el lado argentino. Principalmente, este estudio aporta hacia una discusión referente a las actividades y la vida cotidiana de este asentamiento en tiempos de su funcionamiento pleno. En la misma dirección, y en forma paralela, la dimensión simbólica de la materialidad en asociación al sitio permite discutir entorno a la intencionalidad del incario por estandarizar los escenarios en los cuales interactúan los miembros de su imperio.

Existen numerosas fuentes etnohistóricas que se refieren a la funcionalidad del sistema de tambos, así como también, de la presencia de este sistema en todas las

regiones del imperio. La investigación del sitio TOA permite contrastar estos antecedentes, aportando hacia futuras investigaciones con la representación material del sistema vial incaico en la zona central de Chile.

Acorde con estos planteamientos, la presente investigación tiene como **objetivo general**:

- Contribuir a la comprensión de las implicancias funcionales y simbólicas de la materialidad del sitio TOA en lo referente a los diversos aspectos relacionados a su ocupación, y discutir entorno al papel que pudo cumplir este sitio en referencia a la ocupación Inca en la región.

Desglosando este objetivo general, los **objetivos específicos** de la investigación se orientan a:

1. Inferir los alcances de este asentamiento, en lo que concierne a los contactos mantenidos con distintos pisos ecológicos y con otros sitios con definición de tambo en la región.
2. Inferir actividades relacionadas al funcionamiento cotidiano de este asentamiento, manteniendo el foco hacia indicadores que se refieran al servicio de *tampu*, y a otras posibles funciones de interés estatal.
3. Indagar respecto de la funcionalidad y el modo en que se ocupa cada recinto excavado del sitio TOA en base a las evidencias obtenidas a partir de la materialidad registrada.
4. Explorar los aspectos simbólicos implícitos en la materialidad del sitio TOA que se refieran al dominio político e ideológico que ejerció el Estado incaico.

CAPÍTULO II: ANTECEDENTES

II.1. El Inca en Chile Central:

La presencia Inca en Chile Central se encuentra atestiguada por numerosas evidencias, que se traducen en distintos tipos de sitios y con diversas funciones asignadas, que reflejan en definitiva el asiento de un régimen foráneo en la región. Nos referimos a guarniciones militares, centros administrativos, tambos, caminos, cementerios, sitios habitacionales, *wakas* y santuarios de altura.

Entre los sitios que han sido catalogados como *pukara* o asentamientos militares se encuentran estudiados El Tártaro en la cuenca del Aconcagua (Sánchez 2004), el cerro Chena en la cuenca Maipo-Mapocho (Stehberg 1976) y el cerro Grande de la Compañía en la cuenca del Cachapoal (Planella et. al. 1993). Todos son el reflejo de una relativa hostilidad en la región que sería confirmada por fuentes históricas tempranas (León 1983, 1989).

Se ha planteado la función de “centro administrativo” a sitios como El Castillo en la cuenca del Aconcagua, con una función adicional de tambo asociado a la red vial (Sánchez *op. cit.*), o como sitio habitacional y funerario (Coros y Coros 1999; Stehberg y Sotomayor 1999). El sitio cerro La Cruz ubicado en el curso medio del Aconcagua fue interpretado inicialmente como “enclave económico administrativo” (Rodríguez et. al. 1993) y, además, como un centro metalúrgico por la gran cantidad de objetos de cobre recuperados. No obstante, nuevas evidencias demuestran que no hay datos concretos que se puedan relacionar al proceso de manufactura de estos objetos dentro del sitio (Troncoso 2008b).

De los sitios definidos como tambo existe aquel que ocupa la presente investigación, sitio TOA (Stehberg et. al. 2004; Garceau et. al. 2006), al cual se suman otros tambos o asentamientos asociados a la ruta incaica trasandina en el río Juncal (Coros y Coros *op. cit.*). Más abajo, en la parte alta del valle del Aconcagua, se encuentra el mencionado sitio El Castillo, además del sitio El Tigre. Este último corresponde a un

pequeño tambo que comunica con el valle del río Putaendo y el Norte Chico (Troncoso 2006). Para la cuenca del río Maipo, en el curso medio del río Yeso se ha registrado un pequeño tambo denominado Laguna del Indio (Cornejo et. al. 2007).

Asociado a esta vialidad existen referencias a caminos que escasamente se encuentran representados a través de evidencias materiales. A pesar de esto, se dispone de abundantes fuentes etnohistóricas sobre la ruta trasandina que ingresaba al valle del río Aconcagua desde la vertiente oriental de la cordillera (Coros y Coros *op. cit.*). De dicha ruta existe un tramo aún conservado de probable asignación incaica ubicado al W del sitio TOA (Garceau 2005). Se trata de un sendero aterrazado, ubicado sobre la actual carretera internacional en el sector de El Peñón. Más abajo, ya en el valle superior del Aconcagua, hipotéticamente habría continuado una ruta hacia el sur a través de la cuesta de Chacabuco e ingresando a lo que es el actual centro de la ciudad de Santiago a través de la avenida Independencia (Rivera y Hyslop 1984). Más al sur, ascendiendo por el cajón del río Maipo, para luego subir por el río Yeso, existen dos tramos de probable camino incaico que fueron registrados cerca del sitio incaico Laguna del Indio, encontrándose en la ruta hacia la vertiente oriental de la cordillera a través del paso Piuquenes (Cornejo et. al. 2007).

Los cementerios son los que más se han documentado, aportando mayor evidencia en cuanto a la presencia del *Tawantinuyu* en Chile Central, además, han contribuido a definir la naturaleza de la interacción de la población local con el Incario. En la cuenca del Aconcagua destacamos el cementerio abovedado de El Triunfo ubicado en la comuna de San Esteban (Durán y Coros 1991), donde se recuperan numerosas piezas cerámicas del periodo de ocupación Inca. Existen cementerios de túmulo como Santa Rosa (Madrid 1980) y Potrero el Guindo (Ramírez 1990) al sur del cerro Mercacha, y Bellavista cercano a San Felipe (Madrid 1965). A esto se suma el cementerio El Sauce al norte del cerro Mercacha y Primera Quebrada en la carretera internacional hacia Mendoza, ambos asociados probablemente a la ruta incaica trasandina (Coros y Coros *op. cit.*). En el curso medio del Aconcagua se encuentra el cementerio del sitio Villa Cardenal Silva Henríquez en Catemu (Troncoso 2007).

En la cuenca del Maipo-Mapocho existen numerosos cementerios como: La Reina (Mostny 1947), Nos (Stehberg 1976), Las Tinajas de Quilicura (Baudet 2002), y en el centro de la ciudad de Santiago los cementerios Estación Quinta Normal (Cantarutti y Mera 2002; Correa et. al. 2008), Plaza Italia, Marcoleta y Compañía (Uribe 1999-2000: 73). Es importante señalar que los análisis de estos contextos, especialmente de la cerámica, han permitido detectar diferencias, que son interpretadas como distintas relaciones sociopolíticas entre la población local y el Estado Inca (Correa et. al. 2008; Sanhueza 2001).

Respecto de los “sitios habitacionales”, es muy probable que la mayoría de los cementerios del periodo Inca en Chile Central estén asociados a sitios donde se llevaron a cabo actividades domésticas o de residencia. También es muy probable que otros sitios como centros administrativos y fortalezas, hayan constituido espacios habitacionales, o bien hayan estado directamente vinculados o adyacentes a lugares ocupados por la población local como residencia. Lo último puede ser el caso del sitio Chada ubicado en la zona de Angostura de Paine, con componente Diaguita-Inca y Aconcagua, emplazado en un pequeño cerro cercano a dos sitios de población local Aconcagua (Planella y Stehberg 1997). Podríamos incluir, también, el sitio Casablanca 10 en el valle de Putaendo, el cual ha sido definido como un contexto doméstico del Periodo Intermedio Tardío, pero con continuidad hacia el periodo de ocupación Inca (Troncoso et. al. 2008a).

El importante sitio incaico cerro Mercacha ubicado en la cabecera de la parte alta del valle del río Aconcagua fue definido inicialmente como una fortaleza o atalaya Inca por Sanguinetti (1975), sin embargo, la gran altura del sitio, su peculiar fisonomía en forma de “mesa” orientado en un eje norte-sur, un muro perimetral en la cima y materiales recobrados han permitido definirlo como una “guaca-fortaleza” (Stehberg y Sotomayor 1999), o como *waka* o sitio ceremonial (Coros y Coros 2001; González 2002; Sánchez 2004). De hecho el topónimo “Mercacha” analizado por Coros y Coros (2001) ha sido usado en lengua quechua como “el guardador” o protector. Tomando una cita de los autores: “Cada parcialidad o ayllu algunas destas las tienen como a guardas, y abogados de sus pueblos: que sobre el nombre propio llaman marcaaparac o

macarcharac” (Villagomez 1649:146 en Coros y Coros 2001:28). En este sentido el cerro pudo ser una especie de entidad tutelar del valle o *apu*, una *waka* o lugar de comunicación con el plano sagrado durante instancias rituales.

En la desembocadura del río Aconcagua, se encuentra el cerro Mauco. Presenta una altura considerable, con un muro perimetral en la cima, siendo interpretado como un sitio ceremonial y fortaleza (Stehberg y Sotomayor 1999). El cerro Mercacha y el cerro Mauco corresponden a cerros imponentes, marcadores emblemáticos del paisaje en sus respectivas áreas. El Inca se apropia simbólicamente de estos espacios a través de la arquitectura y la ritualidad. La relación entre ambos cerros puede estar dada en términos duales, marcando la parte alta y la parte baja del valle, la unión de la cordillera con el mar, y un posible vínculo con las versiones del mito incaico y *Viracocha* (Urbano 1981; Pease 1982).

A lo largo de su imperio, los Inca fundan *wakas* o hitos sagrados en el paisaje, que permiten establecer vínculos con las entidades sobrenaturales del mito de origen incaico. Las versiones mitológicas que existen al respecto le dan legitimidad a la supremacía del linaje cuzqueño como portadores de la civilización (Urbano *op. cit.*; Pease *op. cit.*). Chile Central no estuvo exento del proceso instaurador de estos hitos sagrados, existiendo numerosos sitios asociados a la ritualidad que han llevado a plantear que se pusieron en práctica importantes estrategias ceremoniales de eficacia simbólica (Uribe 1999-2000; Sánchez 2004), situación que fue vital para ejercer su dominio en esta región fronteriza.

Entre otros sitios incaicos asociados a la sacralidad incaica en Chile Central, se encuentran “santuarios de altura” como el cerro Aconcagua (Schobinger 1986), el cerro el Plomo (Mostny 1957) y el cerro Peladeros (Cabeza y Tudela 1987). Los dos primeros presentan evidencias del ritual de la *Capacocha*, una ceremonia de alto simbolismo que implicó un manejo enorme de personas y recursos, que contribuyó de manera importante en el proceso de integración del imperio (Duviols 1976).

A pesar del gran número y diversidad de sitios asignables al Incario, las evidencias indican que en Chile Central existió un patrón de asentamiento discontinuo, y

que tanto el dominio, como la intensidad del contacto estaría actuando a distintos niveles entre la población local y el Inca (González 2000:43). De acuerdo a Sánchez (2004:327) este patrón discontinuo sería una constante en las “fronteras” del *Tawantinuyu*. El mismo autor señala que en la cuenca superior del río Aconcagua los sitios incaicos estuvieron articulados a la red vial, situación que también sería coherente con áreas fronterizas. En términos del autor:

“Los sitios Inka ocupan ciertos segmentos o “islas”, dentro del territorio, siempre aledaños a las rutas Inka, e incluso dentro de estos segmentos, sus asentamientos se encuentran contiguos, “interdigitados”, con los de la cultura local, pero claramente segregados” (Idem.:328).

La alfarería del periodo Inca en Chile Central combina tanto elementos estilísticos cuzqueños como Diaguita. Este último componente en general para Chile Central ha sido interpretado como evidencia de una mediación efectuada por el pueblo Diaguita entre los Inca y la población local (Sánchez 2001-2002: 88; Sánchez 2004: 333) o también interpretado como presencia de *mitmakunas* Diaguita (Hermosilla et. al. 2002-2005). La presencia de este estilo, que se expande por todo el extremo meridional del *Kollasuyu*, pasó a tener una elevada jerarquía para la población de esta región, seguramente asociado al prestigio y poder de los gobernantes Diaguita (Cornejo 2001a:81). A pesar de esta importante influencia, la presencia de cerámica local Aconcagua y sus transformaciones durante la fase Inca, que a pesar de no ser abundante en sitios incaicos, hablan a favor de una cierta posición de este último estilo, lo que ciertamente debió estar relacionado al grado de interacción de la población local con el Inca.

II.2. La cerámica del periodo Inca en Chile Central:

Para comprender las dinámicas sociales y la naturaleza de la expansión incaica en Chile Central nos debemos remitir a la organización que hizo el Estado de la cultura material (Correa et. al. 2008). La cerámica, por su versatilidad y permeabilidad de componentes estilísticos, sumado a su buena conservación en Chile Central, constituye la

materialidad que mejor refleja la organización e interacción social durante el periodo de ocupación Inca.

El estudio de la cerámica del periodo Inca en Chile Central ha sido desarrollado principalmente a partir de muestras provenientes de contextos funerarios. Las diferentes expresiones estilísticas detectadas entre estos contextos han llevado a plantear que existieron distintas relaciones sociopolíticas entre el Inca y las poblaciones sujetas a su dominio (Correa et. al. 2008; Sanhueza 2001:67).

Estas diferencias en la cuenca del Maipo-Mapocho se distinguen claramente, por ejemplo, en el caso del cementerio abovedado de La Reina (Mostny 1947), con ofrendas cerámicas y ricos ajuares que permitieron interpretar el contexto como pertenecientes a personajes de élite vinculados al Incario. Por otro lado, existen cementerios como el de Nos (Stehberg 1976) y Las Tinajas de Quilicura (Baudet 2002) con cerámica Inca-Diaguita pero con una clara presencia de cerámica estilo Aconcagua. Es de destacar que simultáneamente estos sitios presentan claras diferencias entre sí respecto de variaciones en la forma de los aríbalos (Sanhueza 2001). La articulación estilística de la cerámica en estos dos sitios sería similar al contexto del cementerio de Estación Quinta Normal (Correa et. al. 2008). Por otro lado, se han registrado cementerios como Plaza Italia, Marcoleta y Compañía, ubicados en el centro de la ciudad de Santiago con un contexto cerámico más local, definido como alfarería Inca-Aconcagua (Uribe 1999-2000:73).

Es interesante notar la existencia de diferencias evidentes entre contextos funerarios de un mismo cementerio. Tal es el caso de Estación Quinta Normal, donde en la tumba 4 se registra un individuo femenino con mayor número de piezas cerámicas respecto del resto de las tumbas y con mayores elementos estilísticos vinculados al estilo Incaico (Cantarutti y Mera 2002). Esto es interpretado por los autores como el reflejo de un prestigio diferencial de ciertos personajes con un mayor status de aquellos con acceso a las vasijas con los símbolos estatales. Situación similar es advertida por González y Rodríguez (1993) entre contextos funerarios de Quilicura cercanos entre sí, que atribuyen a un acceso diferencial al sistema de prestigio de la zona.

Para el área del Aconcagua se han planteado diferencias de los contextos materiales de los sitios incaicos a nivel de fragmentos, pero más bien reforzando las diferencias entre los contextos locales y los sitios Inca (Sánchez 2004). Este autor señala que la alfarería de los sitios Inca estaría mediatizada por componentes Diaguita, existiendo una tendencia al carácter monocomponente, y cuando se agrega otro componente es de la cultura Aconcagua (Idem.:328).

Para el valle del río Aconcagua faltan estudios sistemáticos de la cerámica de contextos funerarios para precisar las diferentes relaciones sociopolíticas de la población local con el Estado o bien con los *mitmakunas* Diaguita. A partir de revisiones que hemos realizado de las vasijas del sitio El Triunfo, del Museo Arqueológico de Los Andes y el Museo Nacional de Historia Natural, hemos podido distinguir similitudes entre este contexto y el contexto del cementerio Las Tinajas de Quilicura y Estación Quinta Normal. Un importante aporte al conocimiento de la cerámica del periodo Tardío en el valle medio del río Aconcagua es el trabajo reciente realizado en el sitio ritual y funerario Villa Cardenal Silva Henríquez en Catemu (Troncoso 2007). Este sitio ha permitido definir un contexto alfarero que mantuvo elementos presentes en forma previa a la llegada del Inca a la zona, pero que paralelamente desarrolló nuevas variedades decorativas que reflejarían las nuevas condiciones sociopolíticas influenciadas por la presencia Inca. Cercano a este sitio se encuentra el sitio Cerro La Cruz con elementos materiales de estilo claramente incaico (Rodríguez et. al *op. cit.*). Esta situación podría reforzar la idea de Sánchez (2004) sobre una segregación de los sitios Incaicos respecto de la población local, a pesar que en este último sitio se registra la presencia significativa de cerámica de estilo Aconcagua. A nuestro juicio, la idea sobre una segregación de los sitios Inca con respecto a los sitios de la población local puede no cumplirse del todo. Es factible pensar que los objetos de estilo Inca y Diaguita son elementos portadores de un mayor prestigio y que por tanto se manifiestan en sitios con un control más directo por parte del Estado como la entidad imperante del momento, con una relación particularmente estrecha con la cultura Diaguita en su conquista de estos territorios.

Otro tema que quisiéramos abordar antes de cerrar el presente capítulo se refiere al origen y manejo de la producción cerámica en Chile Central. Al respecto destacamos el trabajo de Mario Vásquez (1994) quien realiza un análisis tecnofuncional de fragmentos del Pukara de Chena y piezas completas del cementerio de Nos. El análisis de pasta y petrográfico permitió establecer que los mayores porcentajes de áridos derivan de rocas granodioríticas o andesíticas con predominio de feldespatos, lo que posibilitó la inferencia respecto de un posible centro de producción alfarero local manejado por el Inca. En contraste se detecta una amplia gama de pastas, agrupaciones y familias de características exclusivas con una notable baja representatividad porcentual. En estas se identifican inclusiones de micas, vidrios y cuarzos, cuyo origen se presume de distintos sectores de producción con una procedencia hipotética extra-areal. Esta idea se refuerza en el hecho que estas pastas con una alta variabilidad tienen una significativa asociación a formas abiertas, lo que facilitaría su transporte desde otras áreas gracias a su tamaño más reducido. Este estudio sería coherente con trabajos comparativos que realizan D'Altroy y Bishop (1990), quienes señalan que la producción y el consumo de la cerámica incaica se realizaba dentro de cada región, alternándose con procesos de redistribución de piezas a otras regiones, las que tendrían un alto valor en relación al peso, razón por la cual las piezas pequeñas de alto valor como “platos” pudieron moverse a grandes distancias.

II.3. Antecedentes sobre la vialidad y tambos de la ruta incaica trasandina entre el centro-oeste argentino y cuenca alta del río Aconcagua:

Pasamos a describir brevemente las evidencias disponibles a partir de investigaciones históricas y arqueológicas referentes a la infraestructura asociada a la ruta incaica trasandina entre el área del noroeste de la provincia de Mendoza (centro-oeste argentino) en la vertiente oriental y el curso superior del río Aconcagua en la vertiente occidental (Figura 1).



Figura 1: Imagen satelital con la ruta incaica transandina y los vestigios materiales asociados. Las líneas rojas indican los trazados hipotéticos de caminos incaicos en la zona. La línea amarilla marca la frontera entre Chile y Argentina.

El arqueólogo argentino Roberto Bárcena describe de la siguiente manera los vestigios de la vertiente oriental:

“De esta forma, los tambos –o sitios incaicos con funciones próximas- reconocidos y relevados en la vía principal del camino incaico en la Subárea arqueológica centro-oeste argentino, partiendo del Barreal en el sudoeste de San Juan, pasando por la “Tambería del Leoncito”, continuando con los de “Ciénaga del Yalguaraz”, “Tambillos” y “Ranchillos” en el noroeste de Mendoza y siempre en el eje norte-sur del camino, y luego también con el de “Tambillitos” ya en el tramo del cajón cordillerano –recorrido del camino hacia el oeste-, podemos agregar los que faltan evidenciar y que los testimonios de viajeros permiten ubicar en las localidades actuales de Punta de Vacas, Penitentes/Puente del Inca y Las Cuevas” (Bárcena 1993-98:12).

Tal como señala el autor, los tres últimos asentamientos estarían reseñados a partir de fuentes documentales. Solo se ha identificado cerámica del período incaico en el sector de Punta de Vacas. Es posible que las alteraciones modernas de estos sectores, por

estar próximos a la actual carretera internacional, hayan afectado la visibilidad o integridad de estos asentamientos.

El sitio de Tambillitos está documentado etnohistóricamente y ha sido trabajado arqueológicamente (Schobinger y Bárcena 1971; Bárcena 1977). En el sitio se identifica el patrón arquitectónico R.P.C. (Rectángulo Perimetral Compuesto) y las excavaciones aportan bastante material cultural, permitiendo además identificar los pisos preparados de los recintos.

El sitio de Ranchillos no está documentado etnohistóricamente, sin embargo, los estudios arqueológicos realizados demuestran que constituye el conjunto arquitectónico planificado mejor estructurado y reúne la mayor superficie construida, en comparación a los otros sitios asociados a la vialidad incaica del área del noroeste de la provincia de Mendoza (Bárcena 1993-98:2). Se identifica en este sitio el patrón arquitectónico R.P.C., por su parte las excavaciones en los distintos recintos demostraron abundante material arqueológico.

El sitio de Tambillos ubicado unos 25 km más al norte exhibe similares características (Bárcena 1988; Bárcena y Román 1990). El sitio presenta un gran recinto definido como R.P.C. Las excavaciones de los recintos permitieron diferenciar áreas de actividad, así como de obtener abundante material arqueológico.

Los sitios de Ciénaga del Yalguaraz y Tambería del Leoncito llenan el vacío entre el sitio Tambillos y el sitio de Barreal ubicado más al norte en la provincia de San Juan. Sin embargo, no presentan características propias de Tambo, y más bien podrían cumplir funciones auxiliares al camino incaico, estando relacionados, el primero a un sitio de caza y el segundo a un sitio ceremonial secundario asociado al culto del cerro Mercedario (Bárcena 1977).

Es importante señalar que en el lado argentino se han identificado tramos del camino incaico, con dispersión de cerámica asignada a este periodo, entre el sitio Ciénaga del Yalguaraz y el sitio Ranchillos (Bárcena 1977).

Para la vertiente occidental de la cordillera, a comienzos de la década de los 80 Rivera y Hyslop (1984) realizan un intento por reconocer restos materiales del sistema

vial incaico entre Santiago y la ruta internacional. Sin embargo, su recorrido solo alcanza hasta el sector de Guardia Vieja debido a condiciones climáticas desfavorables, señalando que la ruta se encuentra demasiado intervenida como para que existan vestigios asociados al camino incaico. Lo valioso del estudio es el planteamiento hipotético sobre la entrada del Camino Longitudinal Andino desde el Norte Chico al valle del Aconcagua a través del río Putaendo, pasando por la localidad de El Tambo y continuando hacia el Mapocho a través de la cuesta de Chacabuco. A su vez, el Camino Transversal que cruzaba hacia el lado argentino seguiría la misma ruta internacional.

Rubén Stehberg confirma el trazado hipotético de una ruta longitudinal y otra transversal. Señala también que las alteraciones actuales del terreno hacen difícil para la arqueología abordar el tema (Stehberg 1995).

A finales de la década de los 90 se da a conocer el redescubrimiento del sitio TOA, y de otras evidencias (Coros y Coros 1999). Estos investigadores reúnen gran cantidad de antecedentes etnohistóricos sobre el Camino del Inca en la cordillera del Aconcagua y realizan repetidas exploraciones de la ruta internacional en busca de restos materiales de su existencia. Los investigadores dan a conocer los vestigios que lograron identificar a lo largo de la ruta que guardarían relación a la vialidad incaica transandina. El sitio Tambillos de la Calavera ubicado próximo al complejo aduanero Los Libertadores presenta recintos cuadrangulares con sólidos muros de doble hilera con relleno de gravilla y limo, construidos entre grandes rocas que sirven de protección. Si bien, no se ha detectado en superficie material diagnóstico, los antecedentes etnohistóricos describen ruinas incaicas con las mismas características respecto a la ubicación, emplazamiento y arquitectura que se logran identificar actualmente en este sitio (Ibid.). A esto se suma la toponimia del sector llamado Los Tambillos, que refuerza la asignación cultural de las ruinas. Por otra parte, es lógico pensar en el establecimiento de una estación de resguardo en este punto, antes de comenzar a subir más de 800 m a través de la última cuesta hasta el paso del Bermejo o La Cumbre que conduce finalmente a la vertiente oriental de la cordillera, o bien bajar más de 900 m por otra cuesta hacia el cajón del río Juncal donde se encuentra el sitio TOA.

En el cajón del río Juncal, a unos 2 km más arriba del sitio TOA, existía hace poco tiempo un conjunto arquitectónico denominado Tambillos de Juncal descrito por Coros y Coros (1999). Lamentablemente las ruinas fueron destruidas durante la construcción de la central hidroeléctrica Hornitos. Los investigadores interpretan el conjunto arquitectónico como un asentamiento incaico de menor envergadura. Su función habría estado relacionada con el pastoreo para el abastecimiento de ganado a los tambos cercanos, y otra función simultánea de vigilar el paso, ya que por el cajón del río Juncal existe una ruta alternativa para cruzar la cordillera hacia la vertiente oriental. El postulado de estos autores se basa principalmente en la presencia de una estructura en forma de “coma” ortográfica que se observa en otros sitios incaicos (Ibid.:50).

El sitio TOA ubicado más abajo ha demostrado fuertes similitudes materiales con los tambos de la vertiente oriental. En general, las evidencias materiales aportadas por este sitio se traducen en la manifestación física más contundente asociada a la ruta incaica trasandina por el lado chileno (Coros y Coros 1999; Stehberg et. al. 2004; Garceau et. al. 2006).

Unos 3,5 km al poniente del sitio TOA fue reconocido un segmento de camino de probable asignación Inca (mencionado más arriba) de unos 1,8 km de largo que corre sobre la actual carretera internacional en el sector de El Peñón. Se trata de un sendero aterrazado con un ancho promedio de 1,5 m (Garceau 2005).

A unos 25 Km al poniente del sitio TOA se encuentran las ruinas del Salto del Soldado. De acuerdo a fuentes etnohistóricas de comienzos de la conquista europea, habría existido un puente incaico que unía ambos lados del accidente geográfico del sector (Coros y Coros 1999). Las ruinas existentes en la base presentan el patrón R.P.C., presente en los tambos del lado argentino Tambillitos, Ranchillos y Tambillos. A pesar de la presencia de este patrón, las excavaciones arqueológicas realizadas evidencian solamente materiales culturales correspondientes a una ocupación histórica de finales de siglo XIX (vidrio, loza esmaltada, cueros, y una moneda chilena de 1891), sin presencia de evidencia prehispánica (Stehberg et. al. 1999). Ante estas evidencias, sumado a fuentes documentales asociadas a la construcción del tren Trasandino, se postula que las

ruinas corresponden a un campamento auxiliar para la construcción de túneles en el sector. A nuestro juicio, considerando el patrón arquitectónico de estas ruinas, a los antecedentes de un puente incaico y a la distancia de las ruinas con respecto al sitio TOA, estimamos que no es posible descartar la asignación incaica de tales ruinas en base a la ausencia de materiales diagnósticos obtenidos en las excavaciones. Es viable hipotetizar que este asentamiento haya sido reocupado por la instalación ferroviaria, y que la ausencia de materiales culturales incaicos se deba a una ocupación esporádica o eventual. Al respecto pensamos que es necesario profundizar las investigaciones en el sector.

A pesar de no estar incluido en la ruta trasandina, es importante hacer mención al sitio incaico Tambo El Tigre, ubicado en la cuenca superior del valle del Aconcagua. Todas las evidencias, sumado al emplazamiento del sitio en un portezuelo con acceso a una vertiente de agua dulce y excelente visibilidad hacia el valle de Putaendo y la cuenca de San Felipe-Los Andes, ha permitido hipotetizar sobre su funcionalidad de tambo asociado a la red vial incaica, específicamente al tramo longitudinal proveniente del Norte Chico (Troncoso 2006).

CAPÍTULO III:

EL SITIO TAMBO OJOS DE AGUA

El sitio Tambo Ojos de Agua se encuentra ubicado a 2.100 m.s.n.m., en el angosto cajón del río Juncal, inmediatamente al norte de este río y al costado sur de la carretera internacional (Figura 2). El sector se denomina Ojos de Agua por la presencia de manantiales que brotan con gran fuerza a los pies del cerro epónimo. El mismo nombre recibe un estero que proviene desde el norte para confluir en este mismo sector con el río Juncal. Al oriente de esta confluencia se encuentran la vega que se forma a partir de los manantiales, seguido por el sitio TOA ubicado entorno a un conjunto de lomas glaciares. A unos 2 km al oriente, la ruta internacional se desvía hacia el norte por el escarpado cajón del río Juncalillo, haciendo frente a una pesada cuesta que conduce al sector de la Laguna del Inca y el sitio Tambillos de la Calavera, y posteriormente al portezuelo que conduce a la vertiente oriente, no sin antes subir otra pesada cuesta.

La formación geomorfológica del sector del sitio se debe al paso de grandes glaciares que labraron el cajón en la típica forma de “U”, dejando altísimas paredes rocosas a ambos costados. En el sector existen morrenas relacionadas a esta misma acción glacial que sirvieron al tambo de protección de los fuertes vientos que soplan desde el poniente (Figura 2).

Según la clasificación vegetacional de Gajardo (1994), el sitio se encontraría en la región de la *Estepa Altoandina*, definida entre los 2000 y 4500 msnm. Esta flora ha evolucionado diferencialmente en las cuencas de los ríos, desarrollando altas tasas de endemismo debido a la separación biogeográfica producida por las altas cumbres. Específicamente el sitio se encuentra en la *Estepa arbustiva subandina*, situada entre los 2000- 2700 msnm. Las principales asociaciones vegetacionales son explícitas con respecto a la presencia de *Chuquiraga oppositifolia*, siendo variable la presencia de otras especies arbustivas, entre ellas *Ephedra andina*, *Mulinum spinosum*, *Viviana marifolia*, *Berberis empetrifolia*, *Senecio* sp., *Guindelia trinervis* etc. Las principales especies herbáceas pertenecen a las familias Amaryllidáceas, Portulacáceas, Poáceas y Asteráceas

entre otras (Hoffman et. al. 1997:23). Este ambiente limita en su cota más baja con el *timberline* o zona límite de la vegetación arbórea (2000 msnm), compuesta por especies esclerófilas. Importante es señalar la vegetación que crece en la vega que se forma cerca del sitio, la cual presenta plantas perennes hidrófilas, como son las Ciperáceas y Juncáceas, que sirven de forraje a la fauna herbívora.



Figura 2: Vista general del sitio y alrededores. Las lomas (morrenas), al fondo y a la izquierda, sirven de protección de los vientos que soplan desde el poniente. El sector con la mayor densidad de recintos del sitio se indica con flecha roja. Se aprecia la actual carretera, arriba a la derecha. En primer plano se encuentra el río Juncal. Al fondo y a la derecha, se interna el cajón del estero Ojos de Agua.

El sitio presenta un conjunto arquitectónico que se define, en primer lugar, por muros que cierran completamente el paso desde la base del cerro Ojos de Agua, hasta el río Juncal (Figura 3). La restricción originada por estos muros pudo servir para controlar el paso y al mismo tiempo imponer la presencia del Estado Inca en el paisaje. Si bien no se descarta que los referidos muros hayan sido construidos en épocas históricas, su asociación espacial al resto de las estructuras del sitio permite asignarlos hipotéticamente a la ocupación incaica de este yacimiento.

Paralelo a la actual ruta internacional, al norte del sitio, existe un sendero que corresponde probablemente al antiguo camino incaico que se reocupó durante el periodo histórico. Dicho sendero bordeaba la actual vega del sector para sortear el abundante caudal originado por los manantiales. Hoy en día la carretera pasa sobre las vegas gracias a la construcción de un terraplén que ha impactado fuertemente el ambiente natural del sector. Sumado a este sendero se registra otro que se encuentra en la ladera que se forma entre una pequeña terraza donde existe la mayor concentración de recintos del sitio y una gran explanada hacia el oriente del mismo (Figura 3).

La poca visibilidad de las estructuras del sitio producto de los sedimentos y vegetación que cubren el área, dificultan la definición de un determinado tipo de configuración. A pesar de esto, podemos apreciar una complejidad en la distribución de dichas estructuras que abarcan diversos sectores. En total se registran 24 recintos y otras estructuras indeterminadas (Figura 3). El sector que concentra la mayor parte de las estructuras del sitio, presenta 12 recintos dispuestos sin un orden aparente en una terraza a los pies de una morrena. De estos, solamente fueron excavados arqueológicamente los recintos 1 y 2.

Más abajo en una pequeña ladera se encuentra el sendero al que hicimos mención previamente, prolongándose al oriente la gran explanada señalada más arriba. En dicha explanada se ubica una estructura bastante particular que hemos denominado “acequia”. Presenta dos hileras de piedras con sus caras planas orientadas hacia el interior, dejando un espacio vacío en el interior que asemeja una acequia de regadío. Las hileras se ven reforzadas en algunos tramos por más piedras en el exterior. Aún no se conoce la funcionalidad de esta estructura, aunque nos inclinamos fuertemente en la posibilidad que haya sido usada con fines rituales o como marcador astronómico.

Al sur de la terraza donde se concentra la mayor densidad de recintos, existen dos recintos pareados (R3 y R18) de mayores dimensiones con respecto al resto de los recintos del sitio, ubicados cerca de un portezuelo que se forma entre dos morrenas, de los cuales el recinto 3 fue excavado arqueológicamente por nosotros. Muy cerca de este último se registra una estructura semisubterránea subcuadrangular pequeña de unos 80cm

de ancho (R23) cuya funcionalidad se desconoce. Siguiendo al poniente a través del portezuelo se llega a un sector donde se registran dos recintos subcirculares (R12 y R13) que podrían corresponder a *collicas* o estructuras de almacenaje. Volviendo más al oriente de los recintos pareados mencionados, existe un recinto y una estructura (R19 y E6) cercanos a una torre de alta tensión. Es evidente la alteración sufrida en este sector por la abundante cantidad de fragmentos de cerámica que fueron expuestos en superficie debido a la construcción de dicha torre. Cerca de este lugar, al otro lado de uno de los muros que cierran el paso, ya en un sector más plano, existen dos recintos (R10 y R21) cerca de dos grandes rocas. Si seguimos este mismo muro hacia el oriente, nos aproximamos a un gran desnivel hacia una terraza del río más abajo, lugar donde se encuentra otro recinto (R22). El muro a su vez continúa hacia el oriente para finalmente terminar próximo al río.

Por último, y volviendo al camino incaico paralelo a la ruta internacional, podemos apreciar que en el lugar donde se pierde de vista este camino hacia el oriente existen tres recintos y una estructura (R11, R20, R24 y E3). Estos se encuentran muy poco visibles desde la superficie.

Hemos descrito brevemente la dispersión de las estructuras que se han identificado dentro del sitio TOA. No se registra el típico patrón R.P.C. documentado en los tambos de la vertiente oriental. Sin embargo, no descartamos la presencia de este patrón, debido a que dichas estructuras se encuentran muy poco visibles desde la superficie. El modo en que se distribuyen en el espacio, da cuenta además de una complejidad y heterogeneidad que sugiere distintas funciones o áreas de actividad. Nuestro estudio, se enfoca en la materialidad exhibida por tres recintos excavados, debiendo reconocer la limitación en cuanto a los alcances de esta muestra que de ningún modo representa la complejidad funcional del sitio.



Figura 3: Plano del sitio TOA. Levantamiento topográfico a cargo de Hans Niemeyer, sobre el cual se integran las estructuras y rasgos arqueológicos que hemos registrado.

CAPÍTULO IV:

MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL

IV.1. El imperio Inca:

El imperio Inca constituye el mayor logro expansivo que se haya desarrollado en América en tiempos precolombinos. Abarcó un territorio desde el sur de Colombia a los fértiles valles del centro de Chile. Este inmenso dominio territorial estuvo constituido por un caleidoscopio de una enorme diversidad étnica. Los Incas, además, se vieron enfrentados al desafío de gobernar sociedades cuyos niveles de organización abarcaba una variedad de estadios de complejidad social (D`Altroy 2003:277). A esta diversidad podemos sumar una infinidad de distintos ambientes naturales, incluyendo climas tropicales, desiertos, zonas templadas y alturas extremas. Tal vez el éxito del dominio Inca fue su capacidad para coordinar eficientemente la gran diversidad. Las estrategias empleadas para gobernar variaban de acuerdo a cada región dependiendo de la organización sociopolítica existente, de su resistencia o asimilación al nuevo orden, o de los recursos disponibles de interés estatal (Covey 2000:119; D`Altroy et. al. 1994:74; D`Altroy y Bishop 1990:120; Hayashida 1999:337; Morris 1991:521; Williams y D`Altroy 1998:170). Ante tales variables, no se puede esperar un patrón de relaciones uniformes entre el Cuzco y las distintas etnias integradas al imperio.

Bajo este régimen existió una enorme movilización de personas en el mundo Andino, una reformulación de las relaciones sociales y un modo distinto de aprovechar los recursos. El Estado incaico combinó estrategias de control económico, político, militar e ideológico, que se aplicaron en distintos ámbitos de interacción y a diferentes niveles de intensidad. Como lo señalan D`Altroy y colaboradores:

“Las relaciones entre el estado y los grupos sujetos tuvieron que adaptarse a las organizaciones presentes y a los intereses tanto de los poderes centrales como de las sociedades provinciales” (D`Altroy et. al. 1994:76).

Los Inca desarrollaron un sistema social altamente jerarquizado, con distintas clases de dirigentes y con diversidad de funcionarios estatales con tareas específicas (Rostworowski 1991:387). Para consolidar su dominio, el Estado mantuvo un ejército poderoso, una extensa red de caminos (Hyslop 1984) y construyeron una extensa infraestructura de asentamientos ceremoniales y de administración (Morris 1982). La mantención de este sistema se logró gracias al desarrollo de una elaborada economía política, que manejaba recursos de distinto tipo y para distintos propósitos. Así como el ejército y la nueva infraestructura necesitaban abundantes recursos, las nuevas instituciones requirieron una inversión importante por parte del Estado, cuya función fue crear mecanismos para ejercer y legitimar el nuevo orden político, económico e ideológico (Earle 1994). A través de la economía política movilizaban recursos para mantener el funcionamiento de dichas instituciones, permitiendo la ejecución de actividades ceremoniales y de prestigio, cargando de sentido y validez a la nueva manera de configurar la vida en sociedad.

El enfoque clásico para entender la economía Inca se ha centrado en la organización de la mano obra y su manejo a través de un sistema tributario que regulaba el cumplimiento de trabajo por turnos (*mita*). Franklin Pease (1991:414) señala que una persona en el imperio incaico estuvo vinculada de forma permanente a muchas clases de *mita* de diferente calidad y duración. Un enfoque alternativo referente a la economía incaica y que se ha venido desarrollando en las últimas décadas guarda relación con las estrategias estatales por producir y distribuir bienes dentro del imperio (D'Altroy y Bishop 1990:122). Tanto la organización de la mano de obra, como de los recursos en el imperio se realizó manteniendo un detallado registro efectuado por los *quipucamayoc* o contadores del Estado. Almacenaban información referente a la cantidad de gente disponible y los turnos de trabajo, de los bienes almacenados y de su distribución. Existieron *kuracas* o dirigentes locales, pero por sobre todos estos funcionarios del Estado se imponía la autoridad máxima llamada *Tocricoc* (Cantarutti 2002:310). De acuerdo a varios cronistas este funcionario estuvo encargado de organizar el “tributo”, tanto de la *mita*, como de los bienes materiales captados y redistribuidos (Pärssinen

2003:241). Todo este sistema organizativo reguló también el manejo y movilización de colonos o mitimaes (*mitmakunas*) a distintas regiones. La instalación de la mano de obra extranjera en enclaves de administración y producción estatal, puede considerarse como uno de los principales mecanismos de control estatal (Williams 1991:76), con un rol tan preponderante como el sistema de caminos y asentamientos administrativos (Cantarutti 2002:316). Este enorme manejo de personas y recursos permite visualizar el horizonte Inca como un sistema que integró y articuló el mundo Andino más allá de las fronteras del Cuzco.

En el *Tawantinsuyu* se desplegó una extensa infraestructura que le dio la estructura física al imperio. Desarrollaron un gigantesco sistema de almacenamiento y una enorme red vial para asegurar la circulación amplia de bienes (Pease 1991:414). Establecieron importantes centros de administración imperial, que contaban con extensos enclaves de almacenamiento como Hatun Xauxa (D`Altroy y Bishop *op. cit.*) y Huanuco Pampa (Morris y Thompson 1985). Si bien existió una variabilidad en la construcción de dicha infraestructura, se distinguen patrones estándar que permite en muchos casos diagnosticar su origen incaico (Kendall 1976; Raffino 1981).

Los objetos muebles manejados dentro de la infraestructura imperial presentaron tal vez una estandarización aún mayor. Las evidencias materiales indican que existió una alta regularidad productiva de objetos bajo la supervisión estatal. La repetición de diseños y motivos sugieren una producción masiva de objetos, a su vez que la potencia y claridad de las manifestaciones visuales del estilo Inca, así como su recurrencia, puede ser entendido como el resultado de su naturaleza oficial (Morris 1991:521-522). Tal como señala Cantarutti:

En sociedades con mayor diferenciación social, es muy probable que el poder de un grupo sobre el cual descansa la organización y reproducción social, restrinja el rango de elecciones toleradas al interior de determinadas cadenas productivas con el propósito de que los objetos producidos evoquen significados vinculados a estrategias sociales específicas (Cantarutti *op. cit.*:16).

IV.2. Red vial y sistema de Tambos:

La administración estatal que el Inca ejerció en las provincias se realizó mediante una red de centros regionales y de instalaciones secundarias que se conectaban a través de un elaborado sistema de caminos (D`Altroy *op. cit.*:285). Muchas de estas instalaciones a menudo se llamaron *tampu* o tambo, aunque este término se refiere específicamente a un lugar de alojamiento y servicio. En un diccionario quechua-español este término aparece como “posada mesón” (Guardia Mayorga 1980); por su parte, en un diccionario aymara-español se define como “hospedaje o lugar de descanso” (Mamani 2002). Genéricamente un tambo se relaciona a una posada, lugar de descanso y avituallamiento de viajeros utilizando el *Qhapaq Ñan* o “camino real del Inca”. Si bien esta pudo ser la función principal de un tambo, las evidencias indican que tales asentamientos cumplen además múltiples otras funciones. John Hyslop señala que: “no es común que los *tampu* sean entidades discretas cuyas funciones principales de almacenamiento y hospedaje estén separadas de otras actividades locales o imperiales” (Hyslop 1992:142). Son asentamientos instalados por la administración Inca, y como tal, participaron activamente de los distintos aspectos del manejo político-ideológico que efectúa el *Tawantinuyu* a lo largo de su imperio.

Un tambo se encuentra inherentemente asociado a la red vial incaica. Efectivamente, son parte de un solo sistema que aseguró la articulación e integración del imperio Inca en todos sus ámbitos. Los caminos ofrecían una vía para facilitar la rapidez de comunicaciones, el movimiento de personas y el apoyo logístico. Aseguraron la interconectividad de los tambos, estos últimos actuando, a su vez, como nódulos de acción e interacción donde convergen personas, ideas, creencias, y un sin fin de aspectos que se enmarcan dentro del fenómeno del surgimiento del *Tawantinsuyu*.

Los caminos incaicos variaban enormemente en escala, técnicas constructivas y apariencia. En general un camino incaico puede ser definido como “...cualquier ruta que exhiba o no elementos formales de construcción, que fue usada en tiempos del Imperio y que estuviera relacionada a edificios y/o asentamientos cuyas funciones estuvieran vinculadas al manejo del Estado Inka” (Hyslop 1992:32). Algunos caminos fueron

construidos sobre vías preincaicas, sin embargo durante el periodo Inca el uso de esta red vial está privado solo a viajeros en asuntos oficiales del Estado. Circulaban los mensajeros del imperio o *chasqui*, los contadores o *quipucamayoc*, el ejército incaico, comitivas reales y a veces hasta poblaciones enteras o *mitmakunas* que eran conducidos a regiones distintas a la de origen para poblar territorios de acuerdo a distintos intereses productivos del Estado.

A parte de la presencia de tambos en esta red vial que aseguraron el descanso y abastecimiento de los viajeros, también existieron estaciones de mensajeros o *chasquihuasi*, apachetas para marcar los pasos importantes, sitios de control, sitios de cacería y estructuras relacionadas al culto (Hyslop 1992). La red vial, sumada a la diversa infraestructura asociada, nos permite hablar de un verdadero sistema vial incaico, más que una simple red de caminos. Es un sistema que permitió el acceso a recursos diversos y sitios productivos, pero muy especialmente para comunicar poblaciones y acceder a la mano de obra, que constituyó el recurso máspreciado para el Inca.

El sistema vial es un fenómeno prácticamente “panandino”, referido tanto al territorio que cubre, como al sustrato cultural, rico y diverso que integró. Es producto de una filosofía y estrategia expansiva, que va mucho más allá de sus componentes físicos (Castro 2004: 40). A través de este sistema el imperio incaico se expande y consolida su soberanía, apropiándose de un paisaje natural y cultural diverso, dándole un nuevo significado al espacio, y constituyendo uno de los mayores exponentes materiales de la omnipresencia Inca.

Ni la alta cordillera ni el desierto más árido fue impedimento para la instalación de este sistema vial (Nimeyer y Rivera 1983; Stehberg 1995). Existió una lógica de instalación de tambos siguiendo un criterio que optimizaba los esfuerzos para movilizarse por el imperio. Sabemos que existía una distancia relativamente regular entre cada tambo que fluctuaba entre 15 a 25 km. La distancia y ubicación dependía de varios factores, uno de los principales se relacionaba al recorrido que podía cumplir una caravana de llamas en una jornada diaria. Así también dependía de la geografía y dificultades para transitar

por el terreno, de la disponibilidad de mano de obra, de la cercanía a terrenos agrícolas productivos y requisitos específicos de las comitivas reales (Hyslop 1992:182-186).

El mantenimiento y abastecimiento de los tambos, así como la limpieza de los caminos fue deber de las poblaciones locales (Hyslop 1992:185), probablemente a través del sistema de *mita* o turnos de trabajo. Por su parte el abastecimiento de alimento, vajilla y abrigo pudo proporcionarse a través del sistema redistributivo que ejerció el Inca de los recursos.

Si bien los aspectos funcionales probablemente rigen en gran medida la elección de la instalación de un tambo, el simbolismo presente en el paisaje también juega un papel importante. Sabemos que inseparable de los aspectos cotidianos en el *Tawantinsuyu*, como parte del sustrato cultural andino, se integra la ritualidad, y una profunda actitud religiosa que rige la vida diaria de estas poblaciones (Bravo 1991:422). Los Inca veneraban atributos sobresalientes de la naturaleza, conocidos genéricamente con el nombre de *waka*. Atributos simbólicamente valorados bajo esta concepción religiosa podían ser: manantiales, cerros, altas cumbres, lagunas, cuevas, entre otros (Pease 1982:128). Estos atributos pudieron determinar en cierta medida la elección de la ubicación de un tambo. Del mismo modo, su ubicación pudo estar determinada por el acceso a algún santuario de altura. De esta manera, los tambos pudieron jugar un importante papel en la integración del ritual de la *Capacocha* que se ejercía a nivel imperial. Este ritual fue una compleja celebración religiosa que implicaba la visita de las principales *waka* del imperio, desplegando gran cantidad de recursos y sacrificios. Consistía en la reunión en el Cuzco de ofrendas provenientes de distintas regiones, para luego ser enviadas a través de comitivas siguiendo las líneas de los *ceques*, realizándose numerosos sacrificios hasta llegar a todos los rincones del imperio (Duviols 1976). Destacan los importantes ofrecimientos a las divinidades en hitos sagrados, como lo fueron las altas cumbres o “santuarios de altura”. La movilización de recursos y personas durante estos rituales fue posible gracias al sistema de tambos y la red vial; rituales que por lo demás permitieron el afianzamiento y legitimación de la presencia incaica en las regiones conquistadas.

Los tambos, como asentamientos instaurados por el Estado incaico, probablemente cumplieron un importante papel en la difusión de la ideología cuzqueña, tanto a un nivel cotidiano, como a un nivel ritual y ceremonial. Representan un sistema bien organizado que permite al viajero movilizarse con seguridad y descansar apropiadamente. Es posible abastecerse de pertrechos para el viaje y ser servido con alimentos y bebida a través de una vajilla que representa la ostentación del imperio. Fueron un espacio propicio para la puesta en escena de la generosidad del Estado y la legitimidad de su presencia. Tal como señala DeMarrais y colaboradores: *“The uniform design of many state centers probably carried over to the practices associated with Inca feasts so that these elements contributed to a common experience of Inca ritual throughout the empire”* (1996:30). En este sentido, el control de la producción de bienes en el imperio fue de especial interés estatal, especialmente para abastecer a enclaves estatales como son los tambos. Los bienes de subsistencia fueron destinados para el funcionamiento de los asentamientos estatales y para afianzar los lazos de reciprocidad con la población local a través de los mecanismos de redistribución. Los bienes suntuarios, por su parte, fueron verdaderos emblemas que representaron el poder del Estado y permitieron establecer diferencias sociales en cuanto al status y rol de ciertos funcionarios y personajes.

IV.3. Producción de bienes estatales:

A partir de las fuentes históricas sabemos que existieron artesanos que elaboraron bienes como parte del tributo de trabajo exigido por el Estado (Hayashida 1999:337). Rostworowski (1991:388) señala que: “Los artesanos gozaban en el incario de una situación particular y, si bien trabajaban para el Estado, solo lo hacían en sus oficios, sin tomar parte en los ejércitos o en las faenas agrarias”. Esto demuestra la importancia y demanda que tuvo para el Estado la fabricación de objetos artesanales que requerían conocimientos específicos en su elaboración. Existió una movilización de artesanos hacia el Cuzco y hacia los principales centros administrativos con el objeto de satisfacer las demandas estatales. Es probable que esta modalidad en la producción se repitiera a una

menor escala en las provincias más alejadas del imperio. Existió un “...desarrollo de una economía política estatal que organiza y controla los artesanos como sus propios obreros” (D’Altroy et. al. 1994:78). Earle (1994) señala que esta economía política se traduce en 2 formas de financiamiento político: (a) El financiamiento de bienes de subsistencia (*staple finance*), que se utilizó para el mantenimiento del personal asociado al Estado que opera el imperio, y que se concentraban en centros administrativos para su ulterior redistribución. (b) Por otro lado existió el financiamiento de bienes suntuarios (*wealth finance*), que corresponde a la distribución de objetos que refuerzan la jerarquía social, que indican quien es quien y los distintos roles asignados a distintos funcionarios. Pudieron corresponder a objetos exóticos que presentan un valor asociado a un conocimiento mágico o esotérico, o bien su escasez resalta su valor como bien de intercambio o de prestigio. El Estado utilizó estos objetos para resaltar el status de sus subalternos, y de paso exigir obligaciones dentro de las instituciones a través de las cuales las élites gobiernan. La distribución de estos bienes de prestigio generalmente se efectuaba en ocasiones de alta visibilidad, representando actos de pago que solidificaron la jerarquía política (Ibid.:444-445). Especial importancia en este ámbito tuvieron los textiles como marcadores de status, utilizados en la vida ceremonial, como regalos de prestigio y como diferenciadores de funciones asignadas por el Estado (Murra 1962 en D’Altroy y Bishop *op. cit.*:122). Se crearon enclaves de producción estatal como en el caso del sitio Potrero Payogasta en el valle Calchaquí del noroeste argentino, donde se postula que existió un centro de producción de objetos exóticos de prestigio (Earle *op. cit.*). Tales objetos servían para sustentar el sistema de financiamiento de bienes suntuarios para los súbditos leales al imperio, que distinguían su posición a través de símbolos incaicos de autoridad. Su liderazgo derivado del Estado y legitimado por los rituales del Estado requería de una compleja parafernalia (Costin y Earle 1989). A través del control de la producción y distribución de bienes suntuarios, el Estado incaico fue capaz de controlar el sistema de prestigio de la población local, además de controlar las ceremonias que involucraban necesariamente a este tipo de bienes (Earle *op. cit.*:446).

IV.4. Simbolismo y reciprocidad en el *Tawantinsuyu*:

Los objetos de “estilo Inca” participaron activamente de la puesta en escena del *Tawantinsuyu* en todas las actividades que tuvieran relación con el nuevo orden sociopolítico, especialmente en aquellos enclaves controlados por el Estado como son los tambos.

En este sentido, la cultura material puede ser vista como un medio a través del cual se pueden transmitir identidades y reforzar relaciones sociales (Hodder 1982; Shanks y Tilley 1987). En sociedades con una mayor jerarquía es común que los objetos tengan importancia en la comunicación de información, y que una gran variedad de mensajes puedan ser convenidos estilísticamente (Nietzel 1995 en Cantarutti 2002:17). La materialidad asociada a la etnia incaica fue un instrumento eficaz para darle legitimidad al dominio y a la nueva ideología impuesta sobre tan vasto territorio. El dominio y expansión de esta nueva ideología solo fue posible gracias a la materialización de la misma (DeMarrais et. al. *op. cit.* 1996: 16). La materialización de la ideología incaica se representó a través de objetos simbólicos, construcciones y monumentos que sirvieron de material propagandístico del nuevo orden social. Existió una intencionalidad del Inca por estampar su ideología en los objetos a través de símbolos claros y fuertes, que permitiesen identificarse fácilmente con ellos (Morris 1991:522). Existió una alta estandarización técnica en el arte representado. Sus diseños policromos y geométricos eran limpios, que a pesar de limitados en variedad, eran vibrantes y llamativos (Idem.:523). La claridad y fácil identificación de la arquitectura incaica también tuvo importancia simbólica. Las construcciones permitieron dar un sello de identidad a poblaciones completas. En palabras del mismo Morris: “*The way some Inka towns and cities were laid out mirrored certain principles of imperial organization*” (Idem.:526). La arquitectura fue un telón de fondo representativo del imperio en donde se realizaron ceremonias y actos públicos que otorgaron legitimidad al *Tawantinsuyu*.

Así como la arquitectura era capaz de conferirle identidad a un pueblo entero, los textiles fueron los objetos más valorados y más explícitos sobre la posición social, el status, la función social y origen étnico. Fueron importantes regalos que realizaban el

Sapa Inca a sus altos dignatarios, y estos a su vez a sus súbditos, con el objeto de agasajarlos y obtener favores a cambio. Los objetos cerámicos muchas veces constituyeron bienes de prestigio (D`Altroy y Bishop *op. cit.*:134), especialmente aquellos de origen alóctono (Uribe *op. cit.*:16; Cantarutti *op. cit.*:315). La cerámica tuvo especial importancia en la representación simbólica del Estado incaico durante las distintas actividades de servicio y hospitalidad, y en las actividades cotidianas relacionadas a la preparación y consumo de alimentos en los asentamientos controlados por el sistema imperial (Bray 2003). Entre otros elementos materiales asociados simbólicamente al Estado incaico existieron objetos de metal, de madera, fibra vegetal, etc, que junto a la cerámica, la textilería y la arquitectura jugaron distintos roles sociales y con distinta intensidad.

Los objetos de prestigio y aquellos evocando la presencia incaica estuvieron integrados en los actos de generosidad y reciprocidad que el Estado ofrecía a los miembros del imperio. Cuanto más generoso se mostraba un jefe, este era mejor considerado y así se reforzaba los lazos de reciprocidad con sus subalternos (Rostworowski 1976:350). Especial importancia representó la organización de celebraciones en que se ofrecían grandes festines, donde se servían alimentos y bebida, y se mostraba la generosidad del *Tawantinsuyu*. La generosidad, la hospitalidad y los festines en el contexto Andino fue un componente clave en el aparato estatal incaico (Bray *op. cit.*:4). El caso del centro administrativo de Huanuco Pampa es emblemático en lo que respecta a la presencia de evidencias de un alto grado de consumo asociado a tales festines. Se registraron inmensas cantidades de fragmentos de vasijas asociados al consumo de chicha y alimento (Morris y Thompson 1985 en Bray *Ibid.*). Situación similar se observa en el valle del Mantaro en la sierra central peruana, donde la amplia distribución de vasijas de estilo incaico sugiere que estas asumieron un importante rol en el auspicio de la hospitalidad estatal (D`Altroy y Bishop *op. cit.*:134). Es evidente que el Estado intentaba estampar su imagen en los objetos involucrados en la hospitalidad y abundancia (Morris 1991:522). En este sentido, la cerámica tuvo una especial relevancia

como un equipo integrado en diversos ámbitos de la interacción social del imperio tanto en el ámbito político, ritual y ceremonial, como el ámbito culinario de servicio cotidiano.

En la presente memoria nos enfocaremos de manera especial en el tema de la alfarería. No porque corresponda a una categoría material de mayor importancia, sino porque su ubicuidad en el sitio TOA es mayor, presentando además un gran potencial de ser analizado en términos simbólicos, de su rol social y discutir sobre la manera en que se distribuye y produce. A continuación presentamos algunas líneas útiles de tener a la mano en lo que respecta a la cerámica en el *Tawantinsuyu* referido a su importancia, el modo en que se produce y distribuye, además de su uso, función y rol en el contexto social.

IV.5. La cerámica en el *Tawantinsuyu*:

El uso y producción de la cerámica en el mundo Andino presenta una larga historia a través de diversas tradiciones alfareras previas al surgimiento del imperio incaico. La alfarería en el *Tawantinsuyu* se proyecta a diversos aspectos de la vida social. Presenta un rol tanto utilitario como suntuoso, su uso se vuelve extensivo en múltiples actividades del Estado. Si a todo esto sumamos su buena conservación, nos encontramos frente a un material importantísimo en el estudio de la producción y distribución de bienes Inca (D'Altroy y Bishop *op. cit.*:122). En este sentido no concordamos con la idea de Morris (1991: 523) sobre un rol estatal de baja importancia de la cerámica y limitado a un ámbito doméstico. El equipo cerámico fue un componente integral de las estrategias estatales de control y legitimación (Bray *op. cit.*:5).

El imperio Inca desarrolla una “alfarería de estilo Inca” que define los límites de la expansión del imperio, sin embargo, existe una permanencia y continuidad de las tradiciones alfareras locales que se mantienen y reproducen en distintas intensidades y en ocasiones se mezclan con el estilo incaico. De esta manera, al enfrentarnos al estudio de la cerámica del periodo Inca, nos encontramos ante una manifestación material compleja que debe ser entendida tanto en términos de la influencia del “fenómeno Inca” sobre las tradiciones alfareras locales, así como de los desarrollos previos que establecen una

determinada manera de asimilar el nuevo sistema de producción, dando origen a nuevos contextos alfareros. Es importante destacar que los productores de cerámica en el periodo de ocupación Inca:

“...están plasmando transformaciones en sus elecciones formales y decorativas, a partir del manejo de categorizaciones socializadas dentro de nuevos contextos de producción, categorizaciones que, a su vez, tienen demanda dentro de nuevos contextos sociales de consumo (Cantarutti *op. cit.*:326).

Calderari y Williams (1991) desarrollan una categorización para las vasijas del periodo incaico del noroeste argentino. Distinguen 4 clases alfareras: Inca Cuzqueño, Inca Provincial, Inca Mixta y de la Fase Inca. Las primeras corresponden a piezas producidas y trasladadas desde el área del Cuzco. La cerámica Inca Provincial corresponde a imitaciones tanto morfológicas como decorativas de la cerámica del Cuzco pero fabricadas en otras regiones y con materias primas locales. La cerámica Inca Mixta imita rasgos estilísticos de la cerámica del Cuzco pero integra atributos de las tradiciones locales. La cerámica de la Fase Inca presenta una continuidad con las tradiciones alfareras locales, sin embargo sufren transformaciones estilísticas producto de la influencia incaica. En general esta nueva influencia se traduce en un nuevo agente que introduce nuevas opciones en el sistema productivo y además transforma el modo en que se genera la demanda.

Lorandi (1984:305-306) señala cuatro razones por las que el Estado incaico pudo interesarse en producir cerámica. La primera se refiere a la producción destinada a abastecer de cerámica de uso doméstico en los asentamientos estatales. La segunda corresponde a la producción de vasijas para el almacenamiento y transporte de productos. La tercera razón fue la de contar con vasijas destinadas a un uso funerario y ceremonial. La cuarta razón se refiere a la producción de vasijas para ser utilizadas como bienes de alto valor al interior de mecanismos de dones político-rituales, que son ejercidos por el

Inca o sus gobernantes, para consolidar los lazos de amistad con los *kuracas* vasallos de la región.

Pudieron existir diversos métodos de producción de cerámica bajo la demanda estatal incaica. Sin embargo, D`Altroy y Bishop (*op. cit.*:122) distinguen 2 formas de producción cerámica: (a) el Estado pudo exigir el trabajo de artesanos locales en su comunidad de origen, o (b) el Estado pudo crear comunidades de artesanos especializados que eran trasladados fuera de su localidad de origen (como colonos o *mitimaes*). Más adelante D`Altroy y colaboradores (*op. cit.*:79) señalan que pudo existir una serie de relaciones entre el Estado y súbditos referentes a la producción cerámica, entre las cuales: (a) el Estado pudo exigir entrega de productos de los artesanos pero sin la capacidad de regular el tipo y calidad del estilo, (b) pudo existir un control de las materias primas para la elaboración cerámica, entregándolas y exigiendo el producto terminado, o (c) pudo existir un control completo de la producción por parte del Estado, incluyendo la extracción de materias primas, la producción de la cerámica y su distribución. Los autores señalan que esta última opción pudo generar un mejor producto pero con un mayor costo. La alta inversión en el manejo de la producción y distribución de la cerámica se justificaría en centros provinciales claves como Hatun Xauxa, coherente con un modelo de producción especializado para el consumo estatal (D`Altroy y Bishop *op. cit.*:133). Otro ejemplo de centro de producción de alfarería de estilo imperial lo constituye Huanuco Pampa (Morris y Thompson 1985:73-74). Existen evidencias documentales antiguas que sugieren que en la mayoría de los centros de producción de alfarería estatal los especialistas eran permanentemente reubicados en instalaciones estatales (Hayashida *op. cit.*:338). De este modo se crean comunidades de alfareros en centros imperiales conformados por *mitmakunas* (D`Altroy et. al. *op. cit.*:78). Esto parece haber sido el caso de la región central del Cuzco y en las regiones con un control estatal intensivo, en las fases tardías del desarrollo imperial y en situaciones donde fue importante imponer un control estatal fuerte (Idem.:99).

Costin y Hagstrum (1995) señalan que en contextos de producción de alfarería “dependiente” (*Attached*) de un grupo de elite, como puede ser en el caso incaico, las

vasijas serían portadoras de mayor información social. Estas circulan principalmente dentro de la economía política, sirviendo para mantener el poder político y reforzar las distinciones sociales. Las vasijas en este contexto requieren de decoración, y por tanto mayor inversión de trabajo. Esta inversión adicional de trabajo es posible en contextos de productores dependientes de una elite porque se encuentran libres de un sistema de competencia de mercado. Para el Estado incaico, la producción de vasijas con elementos decorativos alusivos a su presencia fue de especial relevancia. A pesar de esta mayor inversión en la producción y de la ejecución de elementos decorativos en este tipo de contexto, también es posible encontrar una recurrencia de estos factores en contextos de producción independientes de una elite o un poder central, en grupos donde las normas culturales le confieren importancia a la recurrencia de un estilo decorativo y una mayor inversión en la producción. Lo interesante del planteamiento de estos autores es considerar la estandarización de un estilo decorativo particular, en este caso Inca, que surge por la demanda de una elite que busca expandir un mensaje visual como estrategia de expansión y control.

El hecho que exista cerámica provincial de uso regional, apoya la idea sobre la existencia de centros de producción regional de cerámica de estilo incaico (Inca Provincial) ligados al Estado (D`Altroy y Bishop *op. cit.*; D`Altroy et. al. *op. cit.*). Sin embargo, esta cerámica parece estar más relacionada a asentamientos estatales importantes, mientras que en asentamientos de los Andes meridionales (Chile y Argentina) presentan porcentajes más bajos, al parecer expresado a través de un uso más ceremonial y político (Cantarutti *op. cit.*:312). La “alfarería de estilo Inca” controlada por el Estado debió presentar un alto valor, presentando carácter de bien suntuario. De acuerdo a D`Altroy y Bishop (*op. cit.*:134) estos tipos de bienes pudieron llegar a manos de grupos de elite a través de regalos o pagos por servicios y por apoyar actividades estatales en comunidades locales, distribuyéndose por vías de status y regulado por el poder central. Estos autores manejan el supuesto que la cerámica tratada como bien suntuario pudo ser transportada a larga distancia debido a que tienen una alta relación valor-peso y porque proveían de un significado estandarizado de legitimación,

estableciendo relaciones entre el núcleo del Estado y la población subordinada. Este supuesto se cumple para regiones relativamente cercanas al núcleo, como el valle del Mantaro Superior y del Titicaca, donde se registraron platos provenientes del Cuzco. El reducido tamaño de estos bienes de prestigio permitiría su transporte hacia centros de importancia imperial. Si bien esto se cumple para regiones más cercanas al área nuclear, diversos bienes exóticos de prestigio, incluyendo cerámica foránea o proveniente de centros de producción provincial de alfarería de alto rango, pudieron ser distribuidos en distintas regiones para incrementar el prestigio de jefes leales al imperio.

En las provincias la cerámica de imitación cuzqueña pudo ser portadora de un importante valor, probablemente debido al significado que tuvo en relación al vínculo con el *Tawantinsuyu*, y cuyos poseedores interactuaban en un ámbito de mayor prestigio. A la ostentación de esta cerámica debemos agregar su importancia dentro del sistema de hospitalidad que el Estado incaico ejerció para establecer lazos de reciprocidad. En este sentido, vital importancia cobra la “vajilla imperial”, utilizada en los actos de generosidad y cargada de los símbolos alusivos al *Tawantinsuyu*. Destacamos al respecto el trabajo de Tamara Bray (*op. cit.*) sobre el uso y función de esta vajilla imperial en un ámbito culinario, además de su significado político y social. La alfarería de estilo Inca utilizada en los asentamientos del imperio, como en el caso del sitio TOA, cobra vital importancia en reforzar la figura del Estado como una entidad generosa y legítima. Además, la autora señala que a partir de esta vajilla imperial, los Inca elaboraron un ámbito culinario específico de élite como una estrategia consciente dirigida a crear diferencias visibles entre clases sociales (Idem.:5-6). A partir del estilo alfarero desarrollado en el Cuzco, cuyo repertorio de piezas presenta una cierta variabilidad en al menos 14 clases de vasijas definidas por Meyers (1975), solo cobran importancia ciertos tipos de piezas que se expanden hacia las provincias. Nos referimos principalmente a *makas* (aríbalos), ollas de pie y *chuas* (platos planos u ornitomorfos). El primer tipo de pieza es la mejor conocida y más emblemática de la cultura Inca, cuya función se relaciona recurrentemente a contenedor de chicha. Esta interpretación es apoyada por los atributos morfológicos de esta vasija, con un cuello alto y angosto, cuerpo abultado y

borde muy evertido, que la hacen apropiada para contener y servir líquidos. Por otro lado las asas laterales facilitarían el transporte. La olla de pie, al igual que el aríbalo, es altamente diagnóstico para el Inca. Es considerada una pieza para cocinar, y su alta distribución podría sugerir que un determinado tipo de alimento se preparaba en ella y que su consumo era considerado de un prestigio elevado. La *chua* es uno de los componentes de la vajilla imperial que se da con mayor frecuencia. Su forma abierta la hacen inapropiada para contener líquido, siendo útil para el servicio individual de alimentos sólidos o semi-sólidos.

Todo parece indicar que la distribución de alfarería de estilo Inca en las provincias tuvo un rol de difusión política que se justificó de acuerdo a diversos factores y de acuerdo a las distintas estrategias empleadas por el imperio. Esto se ve reflejado en la heterogénea distribución de cerámica de estilo imperial, donde en algunos centros provinciales los porcentajes son altos, mientras que en otros son bajos. Hayashida (*op. cit.:337*) señala que las razones de estas variaciones son complejas ya que pueden depender entre otros factores de la duración del dominio incaico, de los alcances de la reorganización administrativa y de las respuestas locales al nuevo régimen. Señala que la escasa difusión del estilo incaico en el valle de Leche (costa norte de Perú) se debe a una diferencia en las políticas de propagación de los símbolos imperiales, y no necesariamente una baja influencia administrativa del Incario. Es probable que las tradiciones alfareras locales y sus transformaciones hayan adquirido posiciones variables en la escala de prestigio dentro del sistema de producción y distribución durante el periodo del régimen Inca. Tal como señala D'Altroy y colaboradores: "Muchos bienes del estado eran provistos parcialmente en cerámicas de estilos locales... Por esta razón, creemos que limitar el análisis a las cerámicas de estilo inka restringe innecesariamente nuestro conocimiento de la economía" (*op. cit.:74*). Es probable que la cerámica de estilo local (o con aportes de los estilos locales) se integrara a un sistema de jerarquía donde las tradiciones locales adquirieran legitimidad e importancia dentro del régimen incaico, respondiendo a un determinado tipo de relaciones políticas entre el Estado Inca y los cacicazgos, señoríos o estados conquistados.

CAPÍTULO V: METODOLOGÍA

La metodología empleada para resolver los objetivos propuestos consiste básicamente en el manejo integrado de varias fuentes de información. Nos referimos a tres fuentes principales que describiremos a continuación.

V.1. Terreno:

Se realizan repetidos reconocimientos del sitio TOA y de su entorno para precisar la ubicación de recintos y estructuras asociadas al yacimiento arqueológico. Se toman las dimensiones de cada uno de estos rasgos arquitectónicos y se elabora una serie de croquis consignando aquello que pudo ser reconocido en superficie. Se realiza un levantamiento planimétrico de los tres recintos excavados, ubicando las unidades de excavación efectuadas. Toda la información recopilada de este modo se utiliza para ser integrada al levantamiento topográfico realizado por el ingeniero y arqueólogo Hans Niemeyer el año 1999 (Figura 3).

Los recintos excavados en el sitio corresponden a una pequeña parte de los recintos detectados, que de ninguna manera pretende abarcar la comprensión de la complejidad del asentamiento. La elección de la excavación de los recintos 1 y 2 se efectúa para obtener una representación significativa del sector donde se reúne la mayor densidad de estructuras del sitio, pudiendo, a su vez, ser el sector donde se efectuó con mayor frecuencia las actividades que fueron propias de este asentamiento. Por otra parte, la excavación del recinto 3 se escoge para obtener una representación de un recinto con características distintas, de dimensiones mayores, muros más gruesos y apartado del sector de alta densidad de estructuras del sitio, lo que sugirió en primera instancia que se trataba de un recinto que posiblemente acogió una función diferente.

La excavación de los recintos se efectúa distinguiendo capas depositacionales y rasgos, separando simultáneamente en niveles artificiales de 10cm. El año 2005 se retomaron las tres unidades respectivas del interior de los tres recintos excavados el año

previo. Esta vez, se subdividen las unidades en 4 unidades más pequeñas. En el recinto 1 se incluye una unidad para el vano, mientras que en el recinto 2 se incluye una unidad para el vano y una pequeña unidad en el exterior del recinto, frente al vano. Al terminar cada nivel se fotografía la planta de cada nivel, así como de los cambios de capas y rasgos que fueron apareciendo. Adicionalmente se realizan dibujos de planta y de perfil en los casos en que se estimó necesario.

Finalmente la tierra excavada se volvió a su lugar de origen, no sin antes cubrir el área de excavación con malla de polietileno (malla raschel) para diferenciar la matriz de tierra removida del depósito arqueológico original.

V.2. Recopilación de antecedentes:

Se efectúa una búsqueda de información bibliográfica, tanto de textos publicados como de manuscritos inéditos. A partir de esto se recopilan antecedentes de la investigación del periodo Inca en Chile Central y zonas vecinas, prestando especial énfasis en vestigios asociados a la vialidad. Del mismo modo se recaba información para la elaboración del marco teórico que entregó sustento a la investigación en lo que se refiere al surgimiento general del imperio Inca, del sistema vial y de tambos, de la producción de bienes, los aspectos simbólicos en la materialidad y la cerámica en el periodo Inca.

En busca de sustento y marco referencial para los análisis se recaba información de publicaciones e informes inéditos de otros análisis.

Se efectuó una búsqueda de antecedentes a partir de la revisión de algunas colecciones del Museo Arqueológico de Los Andes, del Museo Nacional de Historia Natural y Museo de Historia Natural de Valparaíso, con el objeto de complementar la estrategia comparativa de los materiales del sitio TOA con otros sitios incaicos de la zona.

V.3. Laboratorio:

Se refiere a la obtención de información a partir del análisis de las distintas categorías de materiales recuperados durante las excavaciones. A continuación damos a conocer la metodología empleada en el análisis de los materiales recobrados en el sitio TOA.

V.3.1. Material Cerámico

El análisis de cerámica estuvo a cargo de Charles Garceau. Todo el material cerámico fue lavado prestando cuidado de no alterar concreciones o sustancias adheridas. Cada fragmento es rotulado con un código de referencia, indicando su unidad mínima de procedencia: sitio, recinto, unidad de excavación, capa y/o rasgo, y nivel.

El análisis de la cerámica se orientó principalmente a resolver interrogantes referentes al contexto del conjunto, de la caracterización general de las materias primas empleadas en la producción alfarera, de buscar información relacionada a la forma y la decoración, y de la funcionalidad que pudieron cumplir las vasijas.

Como unidades mínimas de registro, se analiza por una parte cada fragmento como unidad individual, y por otra parte agrupaciones de fragmentos constituyendo familias de fragmentos (Orton et. al. 1993). Los fragmentos individuales son clasificados llenando una tabla excel a través de las distintas categorías que serán detalladas más adelante. Luego de este registro individual se agrupan formando familias de fragmentos, es decir, fragmentos que pertenecen a una misma pieza y a las cuales se les asigna un número de vasija.

Los fragmentos individuales son clasificados, tomando como guía de apoyo, la ficha de registro desarrollada por Varela y colaboradores (1993), tomando en cuenta los siguientes atributos:

1. Tratamiento de superficie:

Se registró el tratamiento de superficie interno y externo de cada fragmento, considerando las categorías: alisado, pulido y bruñido, además de cepillado.

2. Medición de fragmentos:

Se consideró el grosor de las paredes de cada fragmento, de acuerdo a los siguientes rangos: < de 4 mm pared delgada, de 4 a 6,9 mm pared media, de 7 a 9,9 mm pared gruesa y > de 10 mm se considera como de pared muy gruesa. A su vez se tomó la medida del largo máximo de cada fragmento para considerar el tamaño de fragmentación, lo cual puede aportar en información sobre el proceso de formación depositacional y actividades efectuadas dentro de los recintos (Adán 1996).

3. Forma:

Se especificó en lo posible si se trata de una vasija de forma abierta o restringida a partir de cada fragmento.

Se identificó el sector de la vasija que representa cada fragmento, considerando los siguientes sectores generales: asa, unión, borde, base, cuello y cuerpo. Además se consideraron como formas múltiples los fragmentos que exhibían dos o más sectores de una vasija.

Se registraron los diámetros de borde, base y cuello a partir de fragmentos de estos sectores usando una carta de diámetros para los dos primeros y “circulímetros” (moldes de diámetro) para el último. A su vez, se registró el porcentaje de integridad de estas partes representadas a partir de los fragmentos medidos.

En ciertos fragmentos se determinó la forma diagnóstica de la vasija a la que perteneció. Esto de acuerdo a las formas conocidas a partir de piezas completas pertenecientes a tradiciones alfareras de distintos grupos culturales que pudieron ser identificadas en la muestra. En el caso del estilo Inca se toma como referencia las categorías de vasijas definidas por Meyers (1975) para el área del Cuzco. En el caso de la cerámica de estilo Diaguita se usan como referencia publicaciones de registros de vasijas de importantes colecciones museográficas del Norte Chico (González 1995; Cantarutti 2002).

4. Decoración:

Se procedió a realizar una descripción de la decoración, identificando patrones iconográficos previamente definidos para la cerámica prehispánica de periodos tardíos en

la región, precisando el origen cultural de dichos patrones (Cantarutti 2002; González 1995; González 2001; González 2004a; González 2004b).

Complementariamente se utilizan términos derivados de los análisis de simetría de los diseños (Washburn 1977). Este tipo de análisis ha sido desarrollado en nuestro país por P. González (1995; 2001; 2004a; 2004b) para cerámica Diaguita del Norte Chico, cuyos trabajos han sido usados como referencia. El análisis de simetría se enfoca en la estructura del diseño en términos del movimiento de sus componentes. De esta manera se segregan los elementos básicos o unidades mínimas y se describe su articulación por medio de principios simétricos que se repiten (reflexión en espejo, rotación, reflexión desplazada y translación).

5. Huellas de uso:

Se describe la presencia de huellas de uso en el interior o exterior de los fragmentos para los casos en que sean evidentes, tomando en consideración e intentando distinguir aquellas huellas presentes producto de procesos postdeposicionales. Se distinguen huellas de uso provocadas por adherencias y erosión (Skybo 1992). Dentro de las primeras se consideran huellas asociadas a acumulación de carbón, tanto a causa de la exposición al fuego, como de alguna sustancia adherida durante la cocción o almacenaje. Con respecto a las huellas de erosión se registran marcas aisladas (rayas, estrías, saltaduras, cavidades, extrusión de granos) y zonas alteradas (abrasión, descascaramiento, cavidad, pérdida o aumento de brillo).

6. Pasta:

El análisis de pasta se realiza considerando las inclusiones visibles a través de una lupa binocular de entre 10X y 40X de aumento. Siguiendo este procedimiento se pretende definir patrones de pasta agrupados en familias o subfamilias de acuerdo al tipo, forma y tamaño de las inclusiones. El tipo de inclusiones se definió sobre la base del color, forma y brillo de los áridos. La forma de las inclusiones se clasificó de acuerdo a si son: redondeadas, angulosas, subangulosas, tubulares o laminares. Los rangos de tamaños de las inclusiones o granulometría van desde: 0 a 0.25 mm como “fino”, 0.26 a 0.5 mm como “mediano”, 0.51 mm a 1 mm como “grosso” y más de 1 mm como “muy

grueso”. A su vez, se considera la homogeneidad o heterogeneidad del tamaño de las inclusiones. Por último, se considera también la densidad con que se presentan las inclusiones en referencia al porcentaje que ocupan con respecto a la matriz arcillosa de la pasta.

Una vez clasificados los fragmentos individualmente, se agrupan en familias de fragmentos tal como se señaló anteriormente. Los criterios para efectuar tal agrupación se basan en el manejo cruzado de ciertos atributos identificados, tales como tratamiento de superficie, engobe, motivos y estructuras de la decoración, espesor, cocción, pasta, etc. Esta labor es facilitada sobre todo en el caso de los fragmentos que presentan decoración. En este sentido debemos reconocer un sesgo puesto que para los fragmentos monocromos y/o sin engobe fue más difícil reconocer familias de fragmentos. En el caso de los fragmentos con decoración, en ocasiones bastó solo un fragmento para crear una familia dada las particularidades que exhibían y que permitieron la distinción correspondiente. Debido a que es muy difícil determinar el número exacto de vasijas presentes en un contexto cerámico como el que hemos estudiado, acuñamos el término “estimado de vasijas representadas” o evrep (“*estimate of vessels represented*”), del cual se desprende el “mínimo número de vasijas” (MNV) como medida de cuantificación que podemos aplicar en nuestro caso (Orton et. al. *op. cit.*:172). Siguiendo esta línea, podemos obtener una estimación del número de vasijas presentes en cada recinto. Un siguiente paso fue asignarle un número de vasija a cada familia de fragmento y luego se procedió a ensamblar aquellos fragmentos de una misma vasija que presentaban uniones positivas.

A partir de la clasificación efectuada por cada fragmento individual, se reúnen los datos ingresado previamente con el objeto de caracterizar cada vasija o familia de fragmento de acuerdo al conjunto de fragmentos que exhibían. A esto se suma la información adicional que se obtuvo a partir del ensamblaje, principalmente en lo que se refiere a la forma, la decoración y a las huellas de uso. Tanto la forma de las vasijas como las huellas de uso registradas, aportan información referida a la función que pudo

cumplir cada pieza. La forma y la decoración permiten referirnos a la adscripción cultural y a la variabilidad estilística presente en la muestra. En función de estos atributos morfológicos y decorativos, se clasifican las vasijas siguiendo las distinciones propuestas por Calderari y Williams (*op. cit.*) para vasijas del periodo Inca del Noroeste Argentino (NOA). Las 4 clases alfareras que distinguen estas autoras son: *Inca Cuzqueño*, *Inca Provincial*, *Inca Mixta* y *de la Fase Inca*, cuya distinción se expuso en el marco teórico de la presente memoria. Además, se aplican términos utilizados por Cantarutti y Mera (2002), quienes siguen esta misma línea para describir vasijas de la cuenca de Santiago del mismo periodo.

V.3.2. Material lítico:

El análisis del material lítico estuvo a cargo de Francisco Rivera, quien estudió la muestra sobre la base de una clasificación morfo-funcional (Bate 1971). Se discrimina inicialmente subproductos del proceso de talla que incluían derivados de núcleo y desechos de retoque, estos últimos como resultado de la elaboración de instrumentos o reactivado de bordes desgastados. Entendemos por desechos a los fragmentos de materia prima que no muestran potencialidad alguna para haber sido usados como instrumentos, así como a los pequeños desperdicios obtenidos al lascar la materia prima, que aunque pueden presentar filos vivos, son inadecuados para su utilización. Consideramos a los derivados o desechos de talla como aquellos productos líticos, de cualquier dimensión, que no han alcanzado el objetivo final de un proceso de confección de artefactos y que no presentan ningún rastro de uso. Sin embargo, es posible que algunos de ellos hayan sido utilizados y no presenten huellas macroscópicas de uso. Pero el término “desechos” simplifica denominaciones quizás más específicas como “derivados de núcleo sin modificaciones intencionales” (De Souza 2003).

Los tipos de derivados quedaron clasificados como lascas, láminas, desechos de retoque (o microlascas), y fragmentos aberrantes. Para todas estas subcategorías se cuantifica la presencia de corteza (ausencia total, presencia baja, presencia alta y

presencia total), como también las características de los talones, clasificados como naturales, planos, puntiformes, facetados, pseudofacetados, fracturados e indeterminados.

Las materias primas se discriminan según su granulometría en grueso, medio y fino, así como también su color e identificación formal en obsidiana, cuarzo, cristal de roca, sílices, basalto, andesita (gruesa y fina) y granito. La distinción de andesita fina y gruesa se hace considerando su grano y textura. Asimismo se consideran otras variables (aristas, negativo bisagra en reverso, bulbo de percusión, corte bisagra en anverso, estado de conservación y tratamiento térmico) cuya integración en el análisis, aunque no se describen, permite detallar las características del conjunto lítico.

Por último, los instrumentos son clasificados y descritos de manera separada, incluyendo, categorías morfo-funcionales al igual que en los derivados de núcleo. Las tablas de análisis de instrumentos incluyen, también, la distinción de materias primas.

V.3.3. Material óseo:

El análisis del material óseo estuvo a cargo de Rafael Labarca. Para la identificación taxonómica y anatómica de este material, se consultaron las colecciones de referencia del Laboratorio de Arqueología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, manuales de osteología (Pacheco 1987; Benavente et. al. 1993) y publicaciones afines (Cartajena 2002). Se pone especial énfasis en la determinación específica de los restos de camélidos con el objeto de ponderar la posibilidad de un manejo de animales domésticos. Para tales efectos se tomaron en consideración rasgos diagnósticos en la topografía de los restos de camélidos definidos previamente en la literatura (Benavente et. al. *op. cit.*; Cartajena *op. cit.*), así como distinciones métricas tomando como referencia los datos de Cartajena (*op. cit.*). Paralelamente, se siguieron criterios de tamaño cualitativos para segregar entre camélidos grandes (guanaco y llama) y camélidos pequeños (alpaca y vicuña). Las unidades óseas fueron medidas siguiendo los criterios y nomenclatura de Von den Driesch (1999).

La cuantificación de los materiales faunísticos, es expresada como unidad básica por medio del número total de especímenes/elementos óseos identificados (NISP). Una

segunda unidad de análisis corresponde al mínimo número de elementos (MNE). El mínimo número de individuos (MNI), se obtuvo a partir de la abundancia de elementos óseos por taxón, lateralidad, perfiles de edad, y datos osteométricos. Por último, se aplicaron porcentajes de unidades anatómicas de acuerdo a las partes esqueletarias identificadas (MAU e índices de supervivencia). Todos los índices se aplicaron por separado en cada recinto de acuerdo a las asignaciones taxonómicas previamente descritas. El uso de estas unidades y estimaciones de abundancia se basan en los criterios de Binford (1981) y Lyman (1994). El análisis de densidad ósea se realizó también utilizando el criterio general de clasificación (*Lama* sp.) tomados de Elkin (1995) modificado por Miotti y colaboradores (1999) analogando los datos existentes para *Lama guanicoe*. Los índices de utilidad (%MGUI) se basan en los criterios de Borrero (en Miotti et al. 1999), medidos también sobre *Lama guanicoe*.

La meteorización es analizada utilizando la escala propuesta por de Behrensmeyer (1978). Las modificaciones naturales contempladas incluyen marcas de abrasión producidas por partículas sedimentarias (Behrensmeyer *op cit.*; Shipman 1981:113-115), la identificación de marcas por pisoteo y arrastre (Behrensmeyer 1982; Behrensmeyer et al. 1986). La descripción de las marcas producidas por carnívoros, se basa en los criterios de Binford (*op. cit.*), Borrero y Martin (1996) y Haynes (1983a, 1983b). Se incluyen además la acción de roedores (Lyman *op. cit.*) y radículas (Binford *op. cit.*; Lyman *op. cit.*).

Por último, las huellas culturales incluyen marcas de corte, raspado (Binford *op. cit.*; Mengoni 1988, 1999), fracturas traumáticas por percusión (Johnson 1989) y huellas de exposición al fuego (Lyman *op. cit.*).

V.3.4. Material Arqueobotánico:

El material arqueobotánico fue analizado por Virginia McRostie. Los sedimentos recuperados fueron procesados a través del método de “flotación”, el que permite separar los restos livianos (restos vegetales y carbones) de los pesados (lítico, cerámica, restos óseos y malacológicos).

Se escogió este método debido a la alta presencia de material vegetal “enmarañado” y adherido a la tierra de la matriz, postulando que la flotación “reduce el grado de maltrato de los materiales más frágiles que pueden ser destruidos a través de los métodos más convencionales de obtención de restos arqueológicos, como el harneo en seco”. (Watson, 1976, citado en Belmar y Quiroz 1999).

La técnica consiste en mantener un flujo constante de agua en un recipiente que posee un sistema de desagüe en la parte superior por donde rebasa el agua con el material liviano, fluyendo por un tubo para ser atrapado por una tela muy fina.

Así mismo, el receptáculo presenta una malla metálica de 2mm en la parte inferior, en la cual son decantados y recuperados los restos más pesados. La flotación se da por finalizada cuando el agua se torna transparente o bien ya no flota material, indicando que los restos ya han sido recuperados en sus respectivos tamices.

Una vez flotadas las fracciones livianas se analizaron en un 100% bajo lupa binocular, separando según los niveles de preservación de los restos, en frutos, semillas y fragmentos no identificables.

Posteriormente se procedió a caracterizar botánicamente estos restos a partir de bibliografía pertinente.

Dentro del análisis de macro restos, se realizó el intento por establecer distintas variedades de recursos domésticos (e.i. razas de *Zea mays*, variedad de *Phaseolus* sp. etc), problemática que depende del acceso a bibliografía pertinente y a expertos en el tema.

Por último, con el fin de relacionar vasijas e instrumentos de moler con determinados recursos vegetales, se intentó obtener evidencia de microfósiles a partir de seis manos de moler recuperadas, y de fragmentos de vasijas con evidencia de sustancia adherida. Se aplicó la técnica de extracción orientada al análisis del conjunto completo de microfósiles (Babot 2004: 113; Korstanje y Babot 2006). En función de esto se rasparon los residuos adheridos a los artefactos en zonas donde la pieza cerámica o lítica presenta fisuras, orificios o recovecos, ya que es ahí donde hay más posibilidades que los microfósiles se acumulen y preserven a través del tiempo. Las muestras se montaron en

un portaobjeto con dos gotas de *Immersion oil* (Zeiss), tapándolos con un cubreobjeto sellado con esmalte de uñas. Posteriormente se analizaron en un microscopio petrográfico marca *Olympus* disponible en la Facultad de Geología de la Universidad de Chile. La observación se realizó escaneando el total de la muestra a 100x y aumentando el objetivo a 50x al encontrar posibles microfósiles, los que serían fotografiados y descritos según la pauta de Babot (*op. cit.*:115) para granos de almidón, Pearsall 2000 y Korstanje (2005) para silicofitolitos, y Korstanje y Babot (*op. cit.*) para el resto de los microfósiles.

V.3.5. Malacología:

El material malacológico fue analizado por Sergio Letelier del Laboratorio de Malacología del Área de Invertebrados del Museo Nacional de Historia Natural, quien realiza la clasificación taxonómica de los ejemplares recuperados del sitio TOA a partir de colección de referencia de esta institución. El diagnóstico taxonómico de los ejemplares es apoyado con el uso de una lupa binocular.

V.3.6. Metalurgia:

El análisis del único elemento metálico registrado en el sitio se limita al ámbito descriptivo macroscópico y la identificación de las técnicas empleadas en su elaboración, lo cual fue realizado por Elvira Latorre.

CAPÍTULO VI: RESULTADOS

VI. 1. Excavación:

A finales de los años 90 Stehberg, Coros y Niemeyer realizan trabajos de forma conjunta en el marco del proyecto FONDECYT N° 1970668, que incluye el levantamiento topográfico del sitio TOA y dos pozos de sondeo de 50 x 50 cm para obtener muestras de materiales arqueológicos, en especial de cerámica para realizar fechados por Termoluminiscencia (TL). Uno de estos pozos se realiza en el recinto 1 y el otro en el recinto 3. Los pozos revelaron una gran potencia en cuanto a la densidad de restos materiales en los depósitos excavados. Por su parte, las muestras de cerámica analizadas por TL arrojaron 4 fechas que van desde el 1435 d.C. hasta el 1500 d.C., lo que coincide con la cronología manejada actualmente para la ocupación del Inca en la zona (Tabla 1).

<i>Muestra</i>	<i>Descripción</i>	<i>P(Gy)</i>	<i>D (Gy/Año)</i>	<i>Edad (años AP)</i>	<i>Fecha TL</i>
UCTL 1224	Rojo engobado ext/pardo escobillado int.	1.46±0,11	2,90.10-3	495±50	1.500
UCTL 1225	Rojo engobado ambas caras	1.64±-0,08	3,14.10-3	525±30	1.470
UCTL 1226	Gris oscuro alisado ambas caras(quemado)	1,31±-0,13	2,40.10-3	545±55	1.450
UCTL 1227	Negro pulido ext./negro alisado int.	1,12±0,11	2,00.10-3	560±60	1.435

Tabla 1: Muestra los cuatro fechados por Termoluminiscencia obtenidos a partir de muestras recobradas el año 1999 (Stehberg et. al. 2004).

El año 2004 se excavan los recintos 1, 2 y 3. En los dos primeros se excava toda la superficie interna, mientras que para el tercero se excava un 40% del interior.

El año 2005 se retoma la excavación del año anterior, para cuyos efectos se subdividen en 4 cuadrículas las unidades de excavación comenzadas previamente en los recintos 1 y 2 (figura 4). Para el primero, se incluye una cuadrícula para el vano de entrada (C 2a). Por su parte, en el recinto 2 se incluye una cuadrícula en el vano de entrada (C 1a) y una cuadrícula en el exterior del vano y adyacente al muro E (C 1b). La subdivisión en cuadrículas tuvo como finalidad mantener un mayor control de la distribución de materiales arqueológicos excavados dentro de los recintos. De manera similar, en el recinto 3 se subdivide la unidad de excavación del año previo en 4 cuadrículas internas (Figura 5).

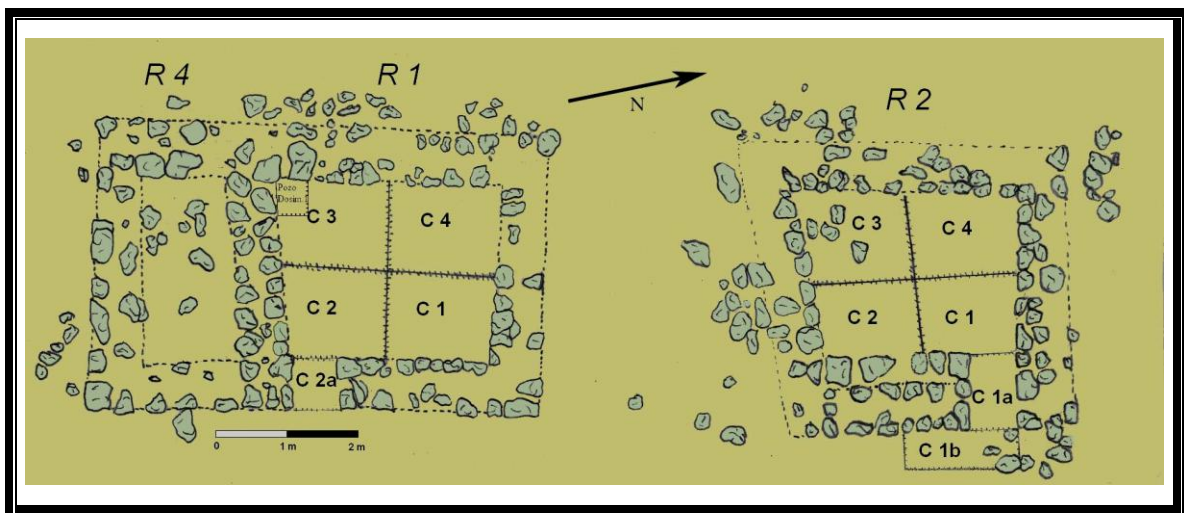


Figura 4: Muestra dibujo planimétrico de los recintos 1 y 2 con sus respectivas unidades de excavación.

Los depósitos excavados en los recintos en general presentan una potencia aproximada de unos 40cm de espesor. Durante las excavaciones se logra distinguir una complejidad de distintos rasgos, lentes y capas, que corresponden a distintos eventos depositacionales. Se recupera abundante material cultural, incluyendo entre los materiales más recurrentes: fragmentos de recipientes de cerámica, huesos de animal, semillas carbonizadas, puntas de proyectil, restos de concha y cuentas de collar.

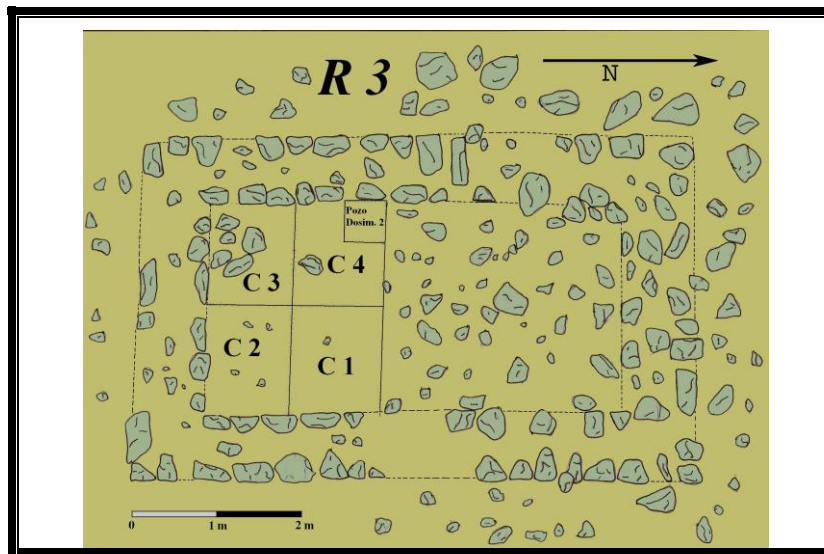


Figura 5: Muestra dibujo planimétrico del recinto 3 con sus respectivas unidades de excavación.

A continuación se describen las excavaciones efectuadas en los recintos 1, 2 y 3, que incluye las distintas campañas de terreno realizadas durante los años 1999, 2004 y 2005.

Recinto 1:

El año 1999 se efectúa en el vértice SW del interior de este recinto un pozo de sondeo de 50 x 50 cm mencionado anteriormente (“pozo dosímetro 1”).

El año 2004 se comienza la excavación completa del interior del recinto. La superficie interna excavada es de 8,5 m² aproximadamente. Presenta una acumulación de tierra hacia el lado W probablemente generado por el arrastre de sedimentos por la pendiente natural del terreno y por la acción del viento, dejando un declive hacia el E. Luego de los primeros 25 cm (a partir del nivel 0) se logra emparejar de manera horizontal la superficie del recinto. Los niveles previos presentan baja concentración de material cultural y corresponden probablemente a sedimentos acumulados con posterioridad a la ocupación. La matriz a partir de este punto se vuelve más orgánica café oscuro con mayor concentración de material cultural. Se registran algunas piedras que probablemente se desprendieron de los muros. Hacia los 30 cm de profundidad

comienzan a aparecer restos de fogón hacia el sector W, que probablemente corresponde a los niveles más tardíos de ocupación del recinto. Dicho fogón se va ampliando bastante y abarca ya a los 40 cm de profundidad prácticamente toda la mitad SW del recinto. A los 45 cm de profundidad queda inconclusa la excavación.

Al siguiente año se reanuda la excavación del recinto, subdividiendo la superficie interna en 4 cuadrículas, incluyendo una unidad para el vano (Figura 6). Tal subdivisión permitió tener un mayor control en la distribución de los materiales culturales en cada cuadrante del interior del recinto. Se pudo constatar que existe una significativa mayor concentración de material cerámico y óseo en la cuadrícula 2 y la cuadrícula 2a, frente al vano y en el vano respectivamente. Dicha concentración podría estar relacionada a actividades de limpieza, desplazando los desechos hacia la entrada del recinto. Lamentablemente no se realizó una unidad de excavación en el exterior del recinto para corroborar el desplazamiento de materiales hacia fuera (situación que sí se pudo corroborar en el recinto 2).



Figura 6: Vista desde el sureste, muestra excavación realizada en el recinto 1. Se deja un testigo de la estratigrafía.

El gran fogón detectado en la campaña anterior se prolonga hasta los 50 cm, cubriendo prácticamente toda la cuadrícula 3, buena parte de las cuadrículas 2 y 4 y parte de la cuadrícula 1. Denominado fogón 1, corresponde a una gruesa capa de ceniza con manchones de tierra quemada (salmón) y espículas de carbón. Entre los 50 y 52 cm de profundidad existe una interfase correspondiente a un lente de tierra rojiza quemada que marca el fin de este fogón y el comienzo del fogón 2. Este último es de dimensiones más reducidas y se prolonga hasta los 60 cm que coincide con la matriz culturalmente estéril. Al igual que el fogón anterior, se concentra en la cuadrícula 3, prolongándose en forma de semicírculo hacia la cuadrícula 2. Entre estas dos cuadrículas se deja un testigo estratigráfico de 6 cm de ancho donde se aprecia esta compleja depositación (Figura 6), realizándose un dibujo de perfil (Figura 7).

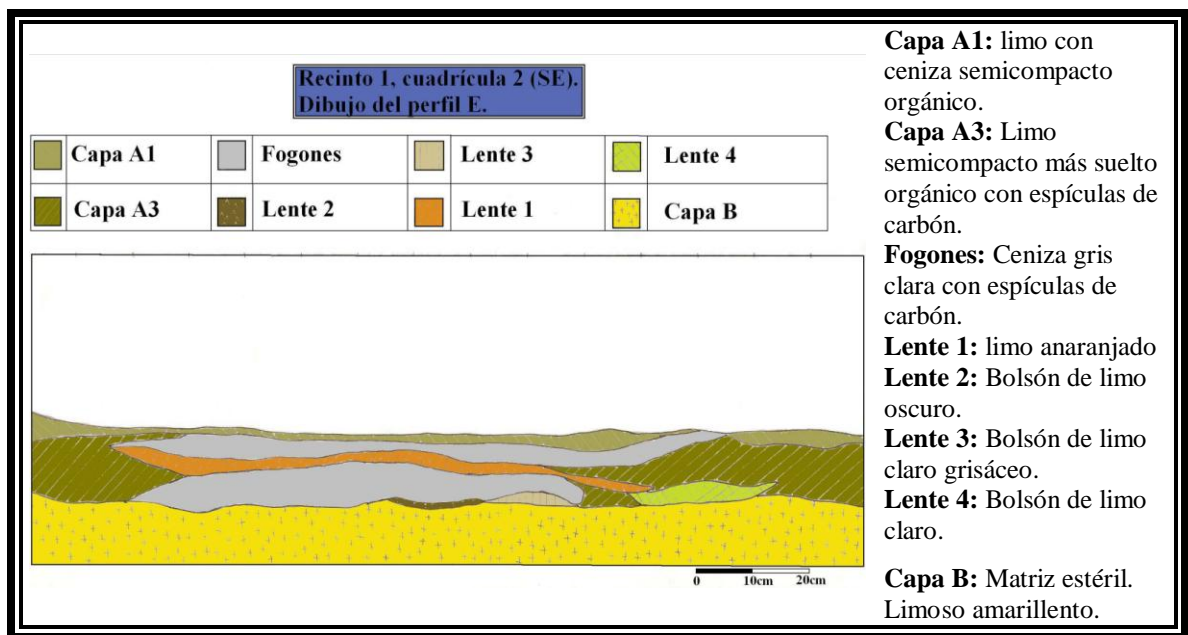


Figura 7: Dibujo del perfil W de cuadrícula 2 (SE) del recinto 1 durante las excavaciones del año 2005. Se aprecia una compleja depositación, con la presencia de dos fogones (Fogón 1 y Fogón 2) separados por una interfase de tierra quemada. Las capas A1 y A3 presentan abundante material cultural.

Es de destacar que en las cuadrículas 1 y 4, entre los 50 y 60 cm de profundidad pegado al muro N del recinto se registran restos de una gran vasija de almacenaje (vasija

14) (Lámina 21 a). Se recupera la base de 13,5 cm de diámetro, fragmentos de cuerpo y de borde. Este último de 42 cm de diámetro y 22,5 % de completitud.

Llegando a la matriz culturalmente estéril hacia los 59 cm de profundidad, en la cuadrícula 2 y cercano al vano de entrada, se registran 2 rasgos que se prolongan hasta los 70 cm de profundidad. Uno de ellos (Rasgo 5) presenta una matriz orgánica con restos óseos de animal. El otro (Rasgo 4) corresponde a una impronta que ha originado una huella circular de tierra orgánica. Por su parte, en la cuadrícula 3, a 58 cm de profundidad, se registra un rasgo circular (Rasgo 2) que se introduce en la capa estéril hasta los 64 cm (Figura 8). Se encuentra relleno de un sedimento limoso orgánico. Su forma bastante regular sugiere ser la impronta de un elemento orgánico descompuesto (posiblemente madera).

Es de notar que adosado a los muros del recinto y uniendo las piedras usadas en su construcción se registra restos de argamasa de barro claramente diferenciado del resto de la matriz excavada. Presenta una textura arcillosa de color gris violáceo (Figura 8).



Figura 8: Muestra rasgo 2 de cuadrícula 3 inserto en la matriz culturalmente estéril. Arriba se aprecia muro con argamasa de barro adosado de color gris violáceo.

La alta densidad de cenizas hacia el SW del recinto evidencia una fuerte actividad de combustión. La ubicación de estos fogones pegados al muro W, opuesto y frente al

vano de entrada, posiblemente se ideó como una manera de aumentar la oxigenación durante la combustión. La presencia de estos fogones, sumado al gran número de restos de semillas carbonizadas identificadas en el recinto, sugieren que este espacio se usó como un lugar para cocinar, sin perjuicio que haya tenido otras funciones como la de refugio.

Recinto 2:

El año 2004 se comienza la excavación completa del interior de este recinto, abarcando una superficie de 8,2 m² aproximadamente. Al igual que el recinto anterior, la superficie interna presenta una acumulación de tierra hacia el lado W dejando un declive hacia el E. De los primeros 45 cm se recupera escaso material cultural, probablemente debido a que corresponde a sedimentos acumulados con posterioridad a la ocupación del recinto. A esta profundidad se empareja la superficie de excavación del recinto de manera horizontal. A partir de los 50 cm (con respecto al nivel 0) comienza a aumentar considerablemente la densidad de material cultural. A los 60 cm aparecen dos fogones contiguos, uno pegado al muro W del recinto (fogón 1) y el otro hacia el centro del mismo (fogón 2), momento en el cual se interrumpe la excavación.

Al año siguiente se retoma la excavación del recinto, subdividiendo la superficie interna en 4 cuadrículas, sumado a una cuadrícula para el vano y una cuadrícula en el exterior del mismo. Estas unidades de excavación permitieron notar una distribución desigual de los materiales en el recinto. Por ejemplo, el material cerámico se concentra significativamente en las cuadrículas 1, 1a y 1b, es decir, dentro del recinto (inmediatamente frente al vano), en el vano mismo y fuera del vano respectivamente. La concentración de fragmentos de cerámica alrededor del área de acceso del recinto indicaría una manipulación de estos desechos hacia fuera y probablemente a través de una acción de limpieza. El material óseo se concentra significativamente en la cuadrícula 4 asociado a una concentración de ceniza y carbón. Sin embargo, si consideramos de manera proporcional el volumen excavado en las unidades del recinto, la cuadrícula 1b presenta la mayor densidad de material óseo. La concentración en la cuadrícula 4 sugiere

que se descartaron desechos óseos entorno a los mismos fogones donde se preparó el alimento, a su vez la acumulación fuera del vano estaría indicando un descarte hacia el exterior del recinto.

En el recinto existe una compleja depositación, que en ocasiones combina restos de tierra quemada, ceniza, carbón y tierra orgánica. A pesar de esto, se distinguen claramente tres fogones concentrados hacia el sector NW. Su cercanía al vano de entrada probablemente permitió una mejor combustión. Los fogones 1 y 2, ubicados entre los 60 y 65 cm de profundidad, son contiguos y podría pensarse que son relativamente contemporáneos, mientras que el fogón 3 se encuentra más profundo, entre los 63 y los 76 cm, en partes bajo el fogón 2 y separados por una interfase de tierra orgánica (Figura 9). Esta superposición indica que hubo una sucesión de actividades de quema. Es de notar que aunque abundante las evidencias de combustión en el recinto, los fogones no alcanzan a ser tan densos como los registrados en el recinto 1.

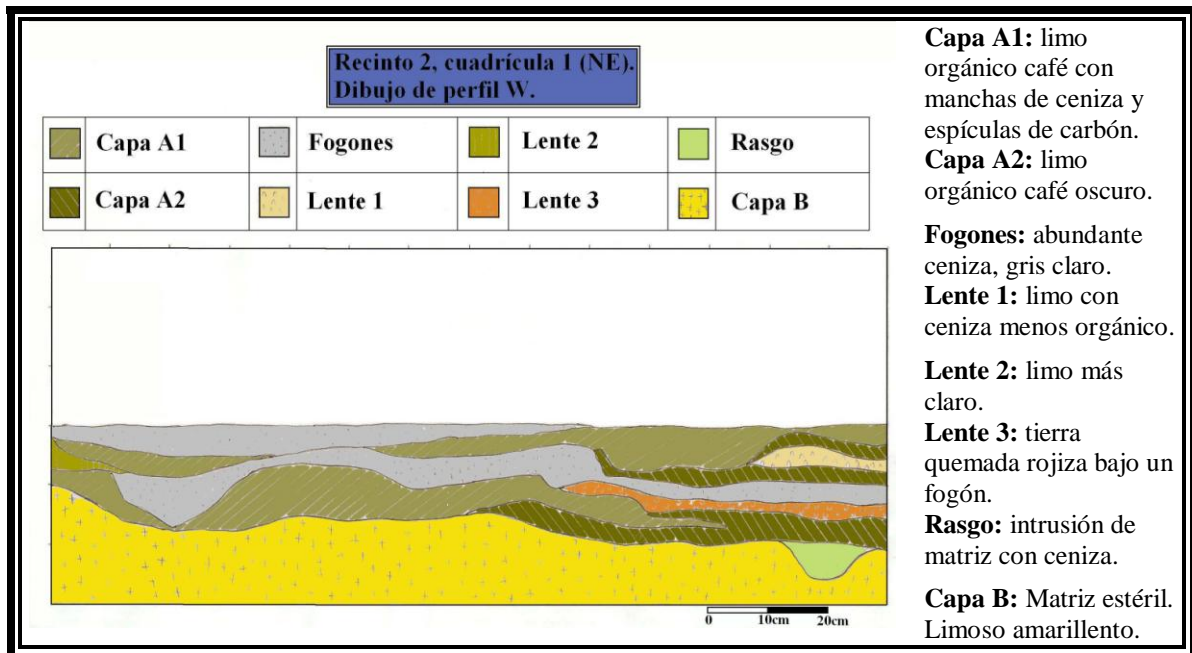


Figura 9: Dibujo del perfil W de cuadrícula 1 (NE) del recinto 2 durante las excavaciones del año 2005. Se aprecia una compleja depositación. Destacan dos fogones superpuestos (Fogón 2 y Fogón 3). Las capas A1 y A2 presentan abundante material cultural.

En la cuadrícula 2, cerca del muro S se recupera una agrupación de 22 fragmentos de una vasija globular (vasija 60) de paredes delgadas, muy tiznada y con hollín en el exterior. Los fragmentos se encontraban insertos en la matriz estéril entre los 78 y 82 cm de profundidad, en una pequeña oquedad y mezclado con espículas de carbón. Al parecer esta pieza fue enterrada intencionalmente en el lugar, posiblemente con fines rituales. De manera similar se registran rasgos de tierra orgánica insertos en la matriz estéril en las cuadrículas 2, 3 y 4 (Figura 10). A través de la técnica de flotación, se recuperan restos carbonizados de madera en el rasgo de la primera cuadrícula, semillas carbonizadas no identificadas incluyendo una de algarrobo en dos rasgos de la segunda y 10 semillas de maíz sumado a otras no definibles en un rasgo de la tercera. Estas intrusiones de tierra orgánica en la matriz estéril podría deberse a pequeñas excavaciones donde se introdujo algún elemento orgánico que posteriormente se descompuso. Su distribución irregular no permite suponer que se trate de postes, aunque no descartamos tal posibilidad en alguno de los casos. Pensamos que probablemente estén vinculados a prácticas rituales, ofrendas a modo de “pagos” cuyo contenido se descompuso dejando una impronta orgánica en la tierra y restos carbonizados. La presencia de restos de semillas carbonizadas sugiere que se depositó alimento en estas oquedades.



Figura 10: Las imágenes a), b) y c) muestran rasgos de matriz orgánica insertos en el estrato estéril del recinto 2.

Es interesante notar que en la cuadrícula 4, inmediatamente sobre la matriz estéril a 80 cm de profundidad, se recupera un fragmento de borde de una chua incaica (vasija 86). Es decir, marca el comienzo de la depositación en el recinto, reforzando el carácter monocomponente del sitio sin ocupación previa a la llegada Inca.

Este recinto, al igual que el anterior, presenta restos de argamasa de barro adosado a los muros y uniendo las piedras usadas en su construcción.

La abundancia de fogones en el recinto, sumado al gran número de restos carbonizados de semillas comestibles, sugiere que este recinto pudo tener función de cocina. Es interesante notar que adosado al muro E al interior del recinto, existen 5 piedras de superficie plana que pudieron ser usadas como asientos durante el consumo de alimentos, o bien para guarecerse en un espacio abrigado junto al fuego. Las piedras son dejadas in-situ, sin excavar la matriz bajo ellas (Figura 11).



Figura 11: Vista desde el noreste, muestra excavación del recinto 2. Se aprecian las piedras adosadas al muro E (a la izquierda), usadas probablemente como asiento.

Recinto 3:

El año 1999 se efectúa en este recinto un pozo de sondeo de 50 x 50 cm pegado al muro W (Pozo dosímetro 2). En esta oportunidad se recupera abundante material arqueológico, sumado a muestras de cerámica para efectuar dataciones por TL. Es de notar que en los niveles más profundos se recupera una vasija restringida globular con engobe rojo en el exterior (vasija 228). Fue encontrada en posición invertida faltando solo la porción superior correspondiente al cuello (Figura 12). La integridad, posición y ubicación de la vasija sugiere que fue parte de una ofrenda, posiblemente relacionado a un rito fundacional del recinto.

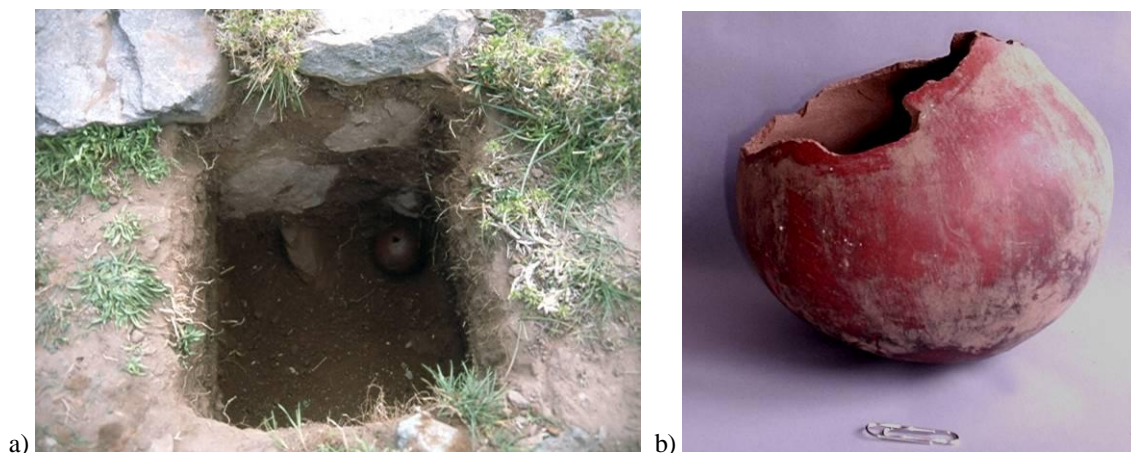


Figura 12: La imagen a) muestra el pozo de sondeo realizado en el recinto 3 con la vasija 228 hallada en la matriz estéril, la cual se aprecia *in-situ*. La imagen b) muestra la misma vasija en mayor detalle.

El año 2004 se amplía la excavación del pozo de sondeo, abarcando un 40% de la superficie interna del recinto, que corresponde a 4,8 m² (Figura 13). Primero se empareja la superficie de excavación a los 35 cm a partir del “nivel 0”. Hasta los 40 cm se recupera escaso material cultural, sugiriendo que corresponde a una acumulación de sedimentos con posterioridad a la ocupación del recinto. Desde este nivel hasta los 60 cm aumenta la densidad de material cultural. La matriz hasta esta profundidad se caracteriza por ser limosa semi-compacta, identificándose capas efímeras con espículas de carbón. Es de notar que desde los 60 cm la matriz se vuelve mucho más blanda y orgánica con un incremento abrupto del material cultural. Se recupera gran número de

fragmentos de cerámica, junto con restos líticos y algunos ejemplares óseos de camélido. La matriz presenta restos de carbón pero sin un fogón definido, excepto en el perfil N donde se registra parte de un pequeño fogón de 5 cm de espesor que se extiende hacia el resto del recinto sin excavar. La excavación queda inconclusa hacia los 70 cm de profundidad.

Al año siguiente se retoma la excavación del recinto bajando solo 10 cm adicionales antes del comienzo de la matriz estéril. Al igual que en los dos recintos anteriores, la superficie interna de la unidad de excavación del año anterior se subdivide en cuatro cuadrículas (Figura 13).



Figura 13: Vista desde el norte, muestra excavación realizada el año 2005 en el recinto 3. Corresponde a la porción S de este recinto. Los muros son más anchos en comparación a los recintos 1 y 2.

En la cuadrícula 1 se registran dos rasgos con carbón a 78 cm de profundidad sobre la matriz estéril, uno de ellos presentaba 2 semillas de quínoa. Por su parte, en la cuadrícula 4 se registran 2 rasgos similares, a la misma profundidad y sobre la matriz estéril. En uno de ellos se identifican 9 semillas de maíz y en el otro 1 semilla de ají.

Al igual que los otros recintos, los muros presentan restos de argamasa de barro uniendo las piedras que claramente se diferencia de la matriz de tierra excavada del depósito.

En contraste con los recintos 1 y 2, el recinto 3 presenta menos evidencia de fogones o eventos de quema. Solo se registra un pequeño fogón (mencionado más arriba) ubicado hacia el centro del recinto. Es posible que este haya sido usado para proveer de calor dentro del recinto, aunque no se descarta que haya sido usado para la preparación de alimentos. Es posible, también, que esta última actividad se encuentre representada en sectores no excavados del recinto. Evidencias que podrían avalar la existencia de actividades de cocina dentro de este recinto son el registro de restos carbonizados de semillas cultivadas, sumado a la presencia de numerosas espículas de carbón entre los 60 y 70 cm de profundidad. A esto podríamos agregar un fragmento de olla tiznada, correspondiente a la vasija 221 (Lámina 20 b).

Un aspecto importante de destacar de este recinto es su mayor dimensión con respecto a los dos anteriores. Esta condición permitiría albergar a varias personas dentro del recinto para pernoctar.

VI. 2. Análisis de materiales:

VI. 2. 1. La alfarería del sitio TOA:

VI. 2. 1. 1. Descripción general:

Se registró un total de 2309 fragmentos de cerámica proveniente de las excavaciones del sitio TOA. De estos fragmentos, 1406 fueron agrupados formando familias de fragmentos, es decir, aquellos que pertenecen a una misma vasija. Importante es señalar que en varios casos se constituyen familias de fragmentos solo a partir de un fragmento, tal como se mencionó más arriba. Esto se logra a partir de las distinciones de los atributos que exhibían y que permitió segregarlos del resto de la muestra. Estas

familias en total suman 147 piezas, lo que está referido a un estimado mínimo de vasijas representadas.

El resto de los fragmentos no agrupados en familias de fragmentos corresponden a 903 unidades. Estos no lograron ser segregados como vasijas en particular, debido a que, a nuestro juicio, no exhibían peculiaridades que permitiesen distinciones respecto del resto de la muestra, lo que podría haber introducido el riesgo de sobrestimar el número real de vasijas, o de agrupar fragmentos de distintas vasijas dentro del conjunto de una sola pieza.

Podemos decir, en general, que las vasijas distinguidas a partir de las respectivas familias de fragmentos se encuentran escasamente representadas a partir de la fragmentería. Esto sugiere en parte que el estimado mínimo de vasijas podría resultar bajo en cuanto a la representación real de vasijas usadas y descartadas en cada recinto. Siguiendo esta misma línea, podemos decir que existe un bajo nivel de restaurabilidad de las piezas, lo que sugiere que al quebrarse, los fragmentos fueron desplazados hacia el exterior del recinto (posiblemente un basural). A pesar de esto, los fragmentos presentan un predominio de tamaños de fragmentos, referido al largo máximo, de un rango entre 20 y 50 mm, con un 69 % del total de fragmentos analizados. Esto muestra una relativa estabilidad de los depósitos al existir mayor cantidad de fragmentos de tamaño medio¹.

Es interesante notar que una gran proporción de fragmentos presentan algún tipo de decoración en su superficie² (Tabla 2). Tomando en cuenta las superficies exteriores de los fragmentos registrados, existe un 44% con decoración, lo que resulta una proporción elevada en comparación a otros sitios de Chile Central para este periodo. Existen diferencias notables entre cada recinto respecto de la proporción de fragmentos decorados: el recinto 1 exhibe un 52,5% de cerámica decorada, el recinto 2 un 28,3% y el recinto 3 un 53%. Existe una diferencia clara del recinto 2 con respecto a los otros dos

¹ Al contrario si existiese un predominio de tamaños pequeños, podría sugerir mayor pisoteo dentro de los recintos, inestabilidad del depósito y desplazamiento de los fragmentos.

² Los fragmentos con aplicación de engobe entran dentro de la categoría de “decorados”, independiente que no presenten elementos iconográficos.

recintos. Esta diferencia coincide con aquellos fragmentos con superficie exterior pulida. Mientras que en los recintos 1 y 3 la proporción de superficies pulidas es mayor a las superficies alisadas, en el recinto 2 la proporción es inversa. El alto porcentaje de cerámica decorada en general para el sitio es similar a los sitios de la vertiente oriental de la cordillera (Tambillitos, Ranchillos y Tambillos). Los fragmentos no decorados, por su parte, tienden a presentar superficies alisadas (referido a la superficie externa).

		Tratamiento de superficie exterior					Total Gral.	%
		alisado	bruñido	cepillado	erosionado	pulido		
Recinto 1	Decorados	13	45		6	451	515	22,3%
	Sin decoración	336	4	3	8	116	467	20,2%
Total Recinto 1		349	49	3	14	567	982	42,5%
Recinto 2	Decorados	4	13	1	2	221	241	10,4%
	Sin decoración	522	4	12	10	64	612	26,5%
Total Recinto 2		526	17	13	12	285	853	36,9%
Recinto 3	Decorados	6	1			242	249	10,8%
	Sin decoración	208		2	4	11	225	9,7%
Total Recinto 3		214	1	2	4	253	474	20,5%
Total Gral.		1089	67	18	30	1105	2309	100%

Tabla 2: Muestra el número de fragmentos de la muestra analizada, separada por recinto, y en referencia al tratamiento de superficie y aplicación de engobe o decoración de la superficie exterior de los fragmentos.

VI. 2. 1. 2. Análisis de Pasta:

Dentro de este análisis se incluyen todos los fragmentos de la muestra. De las pastas observadas se definen distintas familias de pasta de acuerdo al tipo de litos registrados macroscópicamente a través de una lupa binocular. A partir de estas familias derivan las respectivas subfamilias que varían de acuerdo al tamaño y la densidad con que se presentan los litos (Tabla 3).

Familia A

La familia A es evidentemente la más abundante, alcanzando un 88,2% del total de fragmentos. Los litos de esta familia provienen principalmente de arenas de origen andesítico y granodioríticos usadas como antiplástico. Los colores de litos en orden de

importancia son: café opaco, blanquecinos semitranslúcidos jaspeados con granos negros, litos verdosos, grises y amarillentos. Presenta algunos litos rojos aislados, además de pequeños litos de menos de 1/8 mm, subangulosos negros ásperos que pueden ser inclusiones contenidas en la arcilla utilizada.

La subfamilia A1 presenta un tamaño homogéneo de litos redondeados de arena andesítica de tamaño entre 1 y 1/5 mm. Presenta una densidad media que ronda el 30% de inclusiones que ocupan la matriz arcillosa.

La subfamilia A2 presenta los mismos tipos de litos que el patrón anterior pero con un tamaño más heterogéneo y con una densidad alta que supera el 30%.

La subfamilia A3 presenta los mismos tipos de litos que el primer patrón aunque de tamaño pequeño homogéneo de menos de 1/4 de mm y con alta densidad (> a 30%). Presenta algunos litos aislados de 1 mm de tamaño.

La subfamilia A4 corresponde a un patrón de litos de alta densidad de tamaño levemente mayor que el patrón anterior, homogéneo con un predominio entre los 1/2 y 1/4 mm. En este patrón se incluyen litos de color blanquecinos semitranslúcidos y translúcidos (posiblemente cuarzo).

La subfamilia A5 corresponde a un patrón muy similar al patrón A3 en cuanto a tipo y densidad, pero con un tamaño heterogéneo que va entre los 1 a 1/16 mm.

La subfamilia A6 presenta los mismos tipos de litos que el patrón A4 pero con una densidad media que ronda el 30%.

La subfamilia A7 presenta los mismos tipos de litos que el patrón A3 pero con una densidad media.

Por último, la subfamilia A8 es similar al patrón A1 pero con muy baja densidad de litos.

Familia B:

Esta familia presenta litos vidriosos blanquecinos semitranslucidos y translúcidos de forma alargada y astillosa. En menor proporción presenta litos amarillentos y grises semitranslúcidos (posiblemente cuarzo). Presenta una baja densidad (< de 30%) de litos

de tamaño pequeño de menos de 1/4 de mm, aunque los litos vidriosos son de tamaño variable, alcanzando mayores dimensiones. No se registran litos negros pequeños y ásperos presentes en la familia A. Por sus características este patrón es similar al patrón J descrito por Mario Vásquez (1994) para sitios de la cuenca del Maipo-Mapocho y definido como cerámica de producción extra-areal.

Familia	Subfamilia	Recinto			Total general	Porcentajes
		1	2	3		
A	A1	107	3	27	137	5,9%
	A2	78	24	4	106	4,6%
	A3	261	159	103	523	22,6%
	A4	172	213	138	523	22,6%
	A5	118	293	88	499	21,6%
	A6	24	11	30	65	2,8%
	A7	38	20	4	62	2,7%
	A8	67	22	34	123	5,3%
Total A		865	745	428	2038	88,2%
B	B	42	15	18	75	3,2%
Total B		42	15	18	75	3,2%
C	C	23	26		49	2,1%
Total C		23	26		49	2,1%
D	D	3	18	8	29	1,3%
Total D		3	18	8	29	1,3%
E	E1	14	38	8	60	2,6%
	E2	32	9	11	52	2,3%
Total E		46	47	19	112	4,9%
G	G		1		1	0,04%
Total G			1		1	0,04%
H	H	1			1	0,04%
Total H		1			1	0,04%
Indeterminados		2	1	1	4	0,2%
Total general		982	853	474	2309	100%

Tabla 3: Muestra la proporción de los distintos patrones de pasta registrados a partir de la muestra de fragmentos estudiada del sitio TOA.

Familia C:

Presenta litos subangulosos color ocre, algunos amarillentos y otros más rosados que se camuflan en la matriz arcillosa. También presenta de manera aislada litos angulosos blanquecinos y grises semitranslúcidos, que corresponden posiblemente a

cuarzo. A su vez, presenta litos aislados muy pequeños. El tamaño de los litos es homogéneo de menos de 1/4 mm. Los litos de posible cuarzo son de mayor tamaño, entre 1/2 y 3/4 de mm. Este patrón presenta una densidad media (30%). Es de notar que la pasta presenta pequeñas oquedades o poros de menos de 1/4 mm.

Familia D:

Esta familia presenta abundante mica a modo de inclusiones tornasoladas de forma laminar, que corresponden al parecer a mica. Además presenta litos angulosos blanquecinos semitranslúcidos y translúcidos (posiblemente cuarzo). El tamaño de los litos es heterogéneo, entre 1 mm y menos. Presenta una densidad media (30%). Las inclusiones de mica visibles en la superficie de estos fragmentos dan la impresión de pequeños espejos que otorgan un brillo particular a este tipo de cerámica. Mario Vásquez (1994:5) registra un patrón de pasta (M-2) con abundante mica para sitios incaicos de la cuenca de Santiago.

Familia E:

Esta familia presenta inclusiones que pueden ser definidas como de origen granítico. Corresponden a litos angulosos y subangulosos blanquecinos semitranslúcidos y translúcidos, algunos con incrustaciones de litos pequeños (posiblemente cuarzo con piritita), litos verdosos y grises semitranslúcidos.

La subfamilia E 1 presenta una alta densidad (> a 30%) y tamaño de litos heterogéneo de 2 mm y menos.

La subfamilia E 2 presenta los mismos tipos de litos y características que el patrón anterior, siendo la única diferencia que los litos son de tamaño más pequeño, de 1/2 mm y menos.

Familia G:

El único representante de esta familia corresponde a un trozo de tortero o adorno discoidal elaborado a partir de un fragmento de cerámica. La pasta es de color rosado

anaranjado. Presenta litos subangulosos blancos, algunos semitranslúcidos. También presenta pequeños litos negros angulosos. El tamaño de los litos en general es homogéneo y pequeño (de 1/4 mm y menos), con una densidad media.

Familia H:

El único exponente de esta familia es un fragmento de plato con decoración Casa Morada Polícromo o Inca-La Paya. Se trata de una pasta muy colada color salmón claro. Presenta escasos litos negros y blanquecinos muy pequeños y aislados de menos de 1/8 mm, con una bajísima densidad (< 30%) y prácticamente invisibles a simple vista. Presenta pequeñas oquedades o poros en la pasta parecido a la familia C.

En general podemos notar que existe una homogeneidad de una familia de pasta con representación mayoritaria (Familia A), en contraste con una diversidad de patrones de otras familias de pasta con una muy baja proporción representativa. Esta situación es similar a lo que registra Mario Vásquez (*op. cit.*) para la cuenca del Mapocho.

VI. 2. 1. 3. Estilos alfareros:

En esta sección se describen los estilos alfareros presentes en la muestra. Se identifican las distintas identidades culturales, en lo referente a la forma y decoración de las vasijas. Este análisis se centra exclusivamente en la muestra compuesta por las 147 familias de fragmentos segregadas como vasijas. La escasa representación de algunas de estas vasijas a partir de la fragmentería dificultó en cierta medida la definición de su estilo. El resto de fragmentos que no componen las familias de fragmentos son dejados fuera de esta parte del análisis por ser poco diagnósticos en cuanto a la asignación cultural de su estilo.

VI. 2. 1. 3. 1. Asignación formas de vasijas:

Existe una alta proporción de formas identificadas como de origen cuzqueño, alcanzando un 40,1% del total de vasijas (Tabla 4). Se puede apreciar que existe en

general un mayor número de chuas³. Llama la atención la significativa concentración de estas vasijas en el recinto 2 (Gráfico 1). En alta proporción, aunque levemente inferior a las chuas, existen piezas identificadas como aríbalos. Siguen en importancia aquellas piezas que no pudieron diferenciarse de botellas y aríbalos, y luego dos piezas identificadas como aysanas (botellas).

Las formas Diaguita corresponden al 3,4% del total de vasijas. De estas se registra un jarro pato, dos platos de paredes altas y un plato campanuliforme (Tabla 4).

Respecto a las formas Aconcagua, solo se registra una vasija que al parecer corresponde a una escudilla (V28).

Asignación	Forma Diagnóstica	Recintos			Total General	%
		1	2	3		
Aconcagua	escudilla?	1			1	0,7%
Total Aconcagua		1			1	0,7%
Cuzqueño	aríbalo	7	3	7	17	11,6%
	aríbalo?		1	2	3	2,0%
	aysana (botella)	1		1	2	1,4%
	botella o aríbalo	3	4	2	9	6,1%
	botella?	1			1	0,7%
	jarro?	1			1	0,7%
	chua	7	11	3	21	14,3%
	chua?	1	4		5	3,4%
Total Cuzqueño		21	23	15	59	40,1%
Diaguita	jarro pato	1			1	0,7%
	plato campanuliforme			1	1	0,7%
	plato campanuliforme o de pared alta		1		1	0,7%
	plato de paredes altas	1	1		2	1,4%
Total Diaguita		2	2	1	5	3,4%
Indeterminados		34	30	18	82	55,8%
Total General		58	55	34	147	100,0%

Tabla 4: Muestra las vasijas cuya asignación cultural respecto de la forma pudo ser identificada. Se detalla la forma diagnóstica y las unidades presentes por recinto.

³ La denominación “chua” se refiere tanto a platos planos como platos ornitomorfos. La diferenciación entre ambos está referida solo al tipo de asa, por lo que preferimos el término genérico para señalar indistintamente a una categoría o la otra.

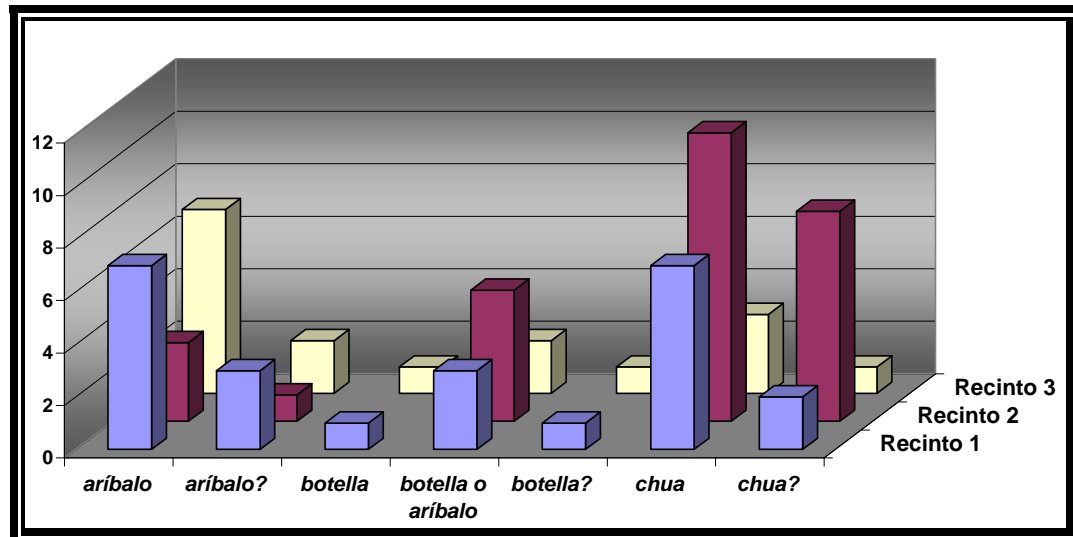


Gráfico 1: Muestra piezas distribuidas por recinto cuya forma se asigna al estilo cuzqueño.

VI. 2. 1. 3. 2. Asignación cultural de la decoración:

De las 147 vasijas registradas, 82 presentaban elementos decorativos y de estas solo 53 pudieron asignarse con alguna seguridad a una determinada identidad cultural (Tabla 5).

Asignación Decoración	Recinto 1	Recinto 2	Recinto 3	Total general	Porcentaje
Aconcagua	2			2	3,8%
Cuzqueño	14	13	10	37	69,8%
Cuzqueño y Copiapó		1		1	1,9%
Cuzqueño y Diaguita	3	1		4	7,5%
Diaguita	2	5	1	8	15,1%
Casa Morada o Inca-La Paya	1			1	1,9%
Total general	22	20	11	53	100%

Tabla 5: Muestra las vasijas cuya decoración pudo ser asignada a una determinada identidad cultural.

a) Patrones Cuzqueños:

Se lograron identificar patrones Cuzqueños en 42 vasijas (Tabla 5), alcanzando un 79,2% de las vasijas con decoración identificable.

- “Reticulado oblicuo”: Consiste en un motivo que se genera por la translación de líneas oblicuas paralelas que se superponen a otro grupo de líneas oblicuas paralelas en translación orientadas en sentido opuesto (Lámina 7 c). Fue descrito por González (1995) en la decoración de piezas diaguíta-inca y por Fernández Baca (1971), en la figura 553 de su obra. Este motivo se registra en 5 aríbalos (V1, V21, V57, V 112, V214) y 3 chuas (V81, V86, V217).
- “Rombos en hilera”: Este motivo se manifiesta en distintas variantes (Lámina 1). La unidad mínima es un rombo que se desplaza horizontal o verticalmente siguiendo el principio de translación. Este motivo fue descrito por González (1995) y Fernández Baca (1971) en la figura 391 y 424 de su obra. En la muestra se identifica una variante de rombos en hilera con puntos interiores, registrado en la vasija 35 correspondiente a una chua (Lámina 1 a) y una vasija abierta indeterminada (V218). Otra variante corresponde a rombos en hilera con cruz interior, registrado en la vasija 9 correspondiente a una chua (Lámina 1 b). Luego una variante presenta una pequeña línea horizontal dentro del rombo (Lámina 1 c) que se registra en dos chuas (V87, V109). Por último, se registra el patrón en su expresión simple sin relleno, registrándose en una chua (V78) y dos formas abiertas indeterminadas (V19, V54).
- “Zigzag cuzqueño”: Descrito por Fernández Baca (1971) en la figura 232 de su publicación. Se registra una variante de este patrón en tres vasijas. Consiste en una banda negra con una línea roja en zigzag interior. Esta, a su vez, va dejando campos negros triangulares en cuyo interior presenta campos subrectangulares rojos con una línea horizontal negra en el interior. Este motivo se registra en la vasija 13 correspondiente a una chua (Lámina 2 a) y dos formas abiertas (V103, V223). Este motivo es muy similar al patrón F2 descrito por González (2001) para la cuenca del Choapa (Lámina 2 b).
- “Voluta”: Descrito como “embrión de quínoa” por Fernández Baca (1971). Este motivo (Lámina 5 d) se registra en un jarro pato (V17), dos chuas (V201, V216) y una forma abierta (V107). Es registrado por González (2004b) en cerámica del sitio Huana.

- “Clepsidra en traslación vertical separadas por líneas horizontales paralelas”: El patrón es descrito de esta manera por González (2004a). En las tres vasijas del sitio TOA, donde se registra este patrón, la decoración es negro y rojo sobre blanco, y la clepsidra está conformada por un triángulo rojo y uno negro opuestos por el vértice. Esta como unidad mínima, se desplaza verticalmente, separados por líneas horizontales paralelas que se alternan entre rojo y negro (Lámina 9). Este motivo se registra en un asa (V20) y dos Aysanas (V110, V211).
- “Ajedrezado”: En la muestra se presenta este patrón en dos variantes (Lámina 15). La primera consiste en rombos ajedrezados que se desplazan en sentido horizontal y vertical siguiendo el principio de traslación en que el color blanco se alterna con rombos rojos, negros o blancos de manera aleatoria. Este motivo se registra en la vasija 17, correspondiente a un jarro pato (Lámina 15 a). La otra variante de este patrón consiste en cuadrados rojos y blancos enmarcados con líneas negras gruesas, que a su vez, se alternan desplazándose en sentido horizontal y vertical siguiendo el principio de traslación. Este se registra en la vasija 227, correspondiente a un posible aríbalo (Lámina 15b). Fernández Vaca (1971) describe patrones similares para la decoración cuzqueña.

b) Patrones Diaguita:

Se lograron identificar patrones Diaguita en 12 vasijas, alcanzando un 22,6 % de las vasijas con decoración identificable (Tabla 5). Los patrones decorativos identificados se señalan a continuación:

- “Zigzag C”: Definido de esta manera por González (2001, 2004a) para cerámica del valle del río Illapel. Definido por Cornejo (1989: 66) como "diseño unidireccional en que reproduce un elemento por medio de una cantidad de movimientos de reflexión lateral en 45° grados. Entre ellos, y siguiendo los planos de reflexión, se encuentra una línea a veces doble o triple y con agregados en forma de puntos". Las unidades reflejadas se repiten siguiendo el principio de traslación hasta completar la

banda (Lámina 15 d). En la muestra se registra en la vasija 17, correspondiente a un jarro pato con este patrón en su banda lateral (Lámina 15 a).

- “Doble Zigzag”: Definido así por Cornejo (1989). Corresponde a dos hileras del motivo anterior reflejadas horizontalmente. En la vasija 208, correspondiente a un plato de paredes altas (Lámina 14 a), se registra una variante de este patrón definido por González (2004a) como “Doble Zigzag E2”. La unidad mínima es una greca escalerada que se refleja desplazadamente en el sector central de la banda y se vuelve a reflejar desplazadamente en los sectores inferior y superior variando su color de negro a rojo (Lámina 14 b y c).
- “Zigzag B”: Registrado por Cornely (1962) en el valle del Elqui. González (2001, 2004a), define un motivo similar como “zigzag B2” para cerámica de la cuenca del río Illapel. La unidad mínima es un triángulo en cuyo interior se dibujaron una serie de líneas paralelas oblicuas coincidentes con uno de sus bordes laterales. Entre las uniones quedan campos triangulares que se desplazan en translación horizontal y se reflejan horizontalmente de manera desplazada (Lámina 13 c). En la muestra se registra en tres formas abiertas (V36, V80 y V103) (Lámina 13 a y b).
- “Zigzag múltiple”: definido de esta manera por Sanhueza (2001), corresponde al motivo N° 7 que identifica en aríbalos de Chile Central. Es similar al patrón zigzag B2, pero su diferencia está en que las líneas paralelas oblicuas que van en un sentido no se ven interrumpidas por las líneas oblicuas que vienen en el sentido contrario y, a su vez, los triángulos que se forman en las uniones de estas líneas son de mayor tamaño. De acuerdo a Cantarutti y Mera (2002:162) este patrón es común en la cuenca de Santiago, pudiendo corresponder a una variante local de Chile Central puesto que no se hace presente en el área nuclear Diaguita, sin embargo está influenciado por decoración Diaguita. Este patrón (Lámina 17 f) se registra en tres formas abiertas (V54, V70 y V83) y un posible jarro (V152).
- “Ondas”: En la muestra se registra la variante Ondas F1 descrito por González (2004a). La unidad mínima se compone de un punto unido a una línea horizontal oblicua. En nuestro caso el punto corresponde más bien a un rectángulo aplanado.

Esta unidad, se traslada en sentido horizontal y vertical (Lámina 12 b). Se registra en la vasija 65, correspondiente a un plato de paredes altas (Lámina 12 a)

- “Cuarto Estilo”: denominado de este modo por Mostny (1942) o “Estilo Nuevo” por Cornely (1951, en Niemeyer 1970). De manera genérica se caracteriza por dibujos escalerados negros contorneados de líneas blancas sobre engobe rojo (Niemeyer 1970:42). Es considerado por González (2004a) como de origen Diaguita. En la muestra se registra en la vasija 12 (Lámina 16 c). Esta corresponde a una pieza restringida con un patrón que se ajusta a esta descripción. En la colección del sitio El Triunfo del Museo Nacional de Historia Natural existe un jarro con una decoración muy similar (Lámina 16 d). Por otra parte, en la muestra del sitio TOA existen dos posibles aríbalos (vasijas 203 y 210) con motivos que recrean la combinación cromática del patrón “Cuarto Estilo”, sin presentar un motivo escalerado (Lámina 16 a y b).

c) Patrones de origen Aconcagua:

En solo 2 vasijas fue posible identificar influencias iconográficas Aconcagua en la decoración, correspondiente al 3,8% de las vasijas con decoración identificable (Tabla 5). Los patrones decorativos identificados se señalan a continuación:

- “Banda doble de líneas quebradas paralelas en translación horizontal”: Se compone de líneas negras y rojas quebradas paralelas alternadas en translación horizontal, enmarcadas por líneas negras horizontales, lo cual se refleja verticalmente formando dos bandas. Esta decoración se registra en la vasija 18, correspondiente a un cuenco (Lámina 18 a). Este patrón se registra en alfarería de la cultura Aconcagua. En la colección del cementerio Bellavista del museo Arqueológico de Los Andes existe un jarro con esta decoración en el cuello (Lámina 18 c).
- “Líneas alternadas negras y blancas paralelas verticales y oblicuas”. En este patrón, al igual que en el patrón anterior, se alternan líneas paralelas de dos colores. Este patrón se registra en la vasija 28, correspondiente a una escudilla (Lámina 19 a). Se

trata de un patrón común a la cuenca de Santiago para el periodo Inca y similar al “estrellado” registrado en la cuenca del Aconcagua para el Periodo Intermedio Tardío (Cantarutti y Mera 2002:161). Se registra en dos escudillas del cementerio Estación Quinta Normal (Lámina 19 b y c).

d) Patrones con influencia Copiapó:

En solo una vasija fue posible identificar influencias iconográficas Copiapó en la decoración. El patrón decorativo identificado se señala a continuación:

- “Antropomorfo estilizado con ojos de volutas”: descrito de esta manera por Cantarutti (2002:208). Conocido también como “cabezas de tigre” (Mostny 1947:32). Se trata de un motivo triangular con una figura antropomorfa estilizada con ojos de volutas que nacen de los bordes laterales del triángulo. A juicio de Cantarutti (Ibid.), los ojos de volutas en esta estilización antropomorfa son un rasgo característico de la cultura Copiapó preincaica. Para el periodo Inca en la región de Coquimbo sería un motivo poco común, en cambio en Chile Central es frecuente en chuas del periodo Inca. En la muestra se registra en la vasija 55, correspondiente a una chua (Lámina 3 a). En la colección del sitio El Triunfo se registra una chua con la misma decoración (Lámina 3 b).

e) Casa Morada Polícromo o Inca La Paya:

Denominado de este modo por Bennet (1948) e Inca La Paya por Serrano (1976), se registra en una vasija. El patrón se señala a continuación:

- “Monstruo de la Paya”: denominado de esta manera por Calderari (1991). El motivo se compone por un campo triangular enmarcado por líneas paralelas en el exterior, en el interior a su vez presenta triángulos pequeños pegados cuyas bases constituyen los márgenes del mismo campo triangular. Al interior de este campo triangular existen elementos de "E" mayúscula invertidos y una o más figuras ornitomorfas

(Lámina 20 e). Este motivo se registra en la vasija 104, correspondiente a una forma abierta (Lámina 20 c).

VI. 2. 1. 3. 3. Tipos alfareros:

Para esta sección se realiza un ensayo para clasificar parte de la alfarería de acuerdo a tipos alfareros, en donde se integra tanto la forma como la decoración. Intentamos agrupar la cerámica usando términos de clasificación propuestos por Calderari y Williams (1991) para alfarería Inca del NOA, así como de Cantarutti (2002) para el Norte Chico chileno y Cantarutti y Mera (2002) para Chile Central.

a) Alfarería de forma y decoración cuzqueña (presumiblemente Inca-Provincial):

Para esta alfarería solo es posible presumir que corresponde al tipo Inca-Provincial, ya que solo contamos con vasijas incompletas que en varios casos no supera un fragmento. De este modo, existe la posibilidad que estas vasijas hayan combinado elementos decorativos no cuzqueños que debido a la fragmentación se encuentran ausentes.

Chuas:

La vasija 9, representada por 8 fragmentos, de pasta A6, presenta engobe rojo en el exterior con un pequeño campo de engobe blanco de forma indeterminada bajo el labio en asociación a una leve prominencia que podría corresponder a una protuberancia adherida característico de estas piezas o bien el asa. En el interior presenta una banda negra bajo el labio con rombos blancos en hilera y cruz negra interior, que corresponde a la variante con cruz interior del patrón “rombos en hilera” descrito más arriba (Lámina 1 b). Un plato plano con este mismo patrón decorativo se registra en la colección del sitio El Castillo del Museo Arqueológico de Los Andes (Lámina 1 d).

La vasija 13, de pasta E2, se encuentra representada por 29 fragmentos. Presenta engobe rojo tanto en la superficie externa como interna. En esta última presenta decoración compuesta por una banda negra bajo el borde con una línea roja en zigzag,

en la cual se alternan campos subrectangulares rojos con línea negra en el interior, correspondiente al patrón “zigzag cuzqueño”, similar a la variante F2 descrita más arriba (Lámina 2 a). En el labio presenta una prominencia que parece ser el inicio de la inserción del asa. Una chua con el mismo motivo se registra en el cementerio Las Tinajas de Quilicura (Baudet 2002).

La vasija 35, representada por 8 fragmentos, de pasta A4, con engobe rojo exterior y decoración negro y rojo sobre engobe blanco interior. Esta consiste en una banda negra bajo el borde interno con un rombo blanco con puntos negros en el interior y campos triangulares negro y rojo opuestos por el vértice a ambos lados del rombo formando clepsidras (Lámina 1 a). Corresponde al “patrón rombos en hilera”, cuya variante con puntos, se registra en 3 chuas del cementerio Las Tinajas de Quilicura en bandas bajo el borde interno (Baudet 2002). También se registra este patrón en bandas exteriores de una olla, un puco y una botella de la colección del sitio El Triunfo del Museo de Historia Natural. Además se registra en el cuello de un jarro pato del cementerio Estación Quinta Normal (Cantarutti y Mera 2002).

La vasija 53, representada por 5 fragmentos, de pasta A3, con engobe rojo en ambas superficies, presenta una protuberancia adherida al labio característico de estas piezas. En el interior presenta decoración compuesta por una línea negra horizontal bajo el borde (Lámina 4 c). Paola González (1995) identifica este patrón como un motivo común en platos planos y platos ornitomorfos del Museo Arqueológico de La Serena.

La vasija 78, representada por un fragmento, de pasta A4, presenta engobe rojo en ambas superficies, con una protuberancia adherida al labio característico de estas piezas. En el interior presenta una banda negra con un rombo rojo sin relleno que corresponde al patrón “rombos en hilera”. De manera muy similar se describen dos platos planos pareados para el sitio Parcela 24 Quilicura con engobe rojo en ambas superficies y una banda negra con rombos rojos sin relleno en el interior (González y Rodríguez 1993).

La vasija 81, representada por 8 fragmentos, de pasta A4, presenta engobe rojo en ambas superficies. En la interior presenta decoración compuesta por una línea gruesa

negra paralela horizontal y bajo el borde, con reticulado oblicuo negro desprendido hacia la parte inferior del plato. El asa en arco de sección subcircular presenta reticulado oblicuo negro enmarcado de líneas negras (Lámina 4 a).

La vasija 86, de pasta A7, se encuentra representada por un fragmento, presenta engobe rojo en ambas superficies. En el interior presenta decoración compuesta por una línea negra gruesa horizontal pegada al labio interno de la cual se desprende perpendicularmente una línea negra gruesa con reticulado oblicuo adosado, lo que al parecer corresponde a una banda diametral al interior del plato con reticulado oblicuo en su interior. Esto desprendido del labio entre dos protúberos (solo uno se encuentra presente) y posiblemente un asa opuesta u otro par de protúberos (Lámina 4 b). Este tipo de decoración con una banda diametral con reticulado oblicuo se registra en una chua de la colección del cementerio El Triunfo del Museo Nacional de Historia Natural (Lámina 4 d), en una chua de la colección del cementerio Santa Rosa del museo Arqueológico de Los Andes y otra se registra para el cementerio Estación Quinta Normal (Cantarutti y Mera 2002).

La vasija 201, con 6 fragmentos, de pasta E2, presenta engobe rojo exterior y decoración negro y rojo sobre blanco interior (Lámina 5 a). Esta se compone de una línea negra paralela bajo el borde, de la cual se desprende una voluta negra invertida que podría ser asimilado con el patrón “embrión de quínoa”. En el labio presenta el típico protúbero para esta clase de piezas.

La vasija 216, con 13 fragmentos, de pasta A6, presenta engobe rojo en ambas superficies y un protúbero en el labio típico para esta clase de piezas. Presenta decoración negro sobre rojo en la superficie interna de la vasija. Esta se compone de una línea negra horizontal bajo el labio de la cual se desprende triángulo negro invertido con voluta negra. Al parecer corresponde a una banda donde se repite lo mismo opuestamente (Lámina 5 b), pudiendo corresponder a lo que González (2004b) denomina “triángulo unido a voluta en rotación” (registrado en el sitio Huana) o lo que Fernández Baca (1971) definió como “figuras dentadas terminadas en volutas”.

La vasija 16, representada por 4 fragmentos, con pata A4, corresponde a un asa cinta vertical decorada con bandas negras paralelas horizontales sobre engobe rojo (Lámina 6 a). González (1995:96) describe un plato plano con un asa de este tipo y con la misma decoración para el Museo Arqueológico de La Serena.

La vasija 40, de pasta A4, corresponde a un asa de plato ornitomorfo cuya particularidad es su modelado con un espacio hueco en forma de cascabel (lámina 6 b). Se distingue decoración negro sobre rojo, posiblemente una o más bandas en el asa. El mismo rasgo del modelado se registra en un plato ornitomorfo de imitación cuzqueña del sitio Estación Quinta Normal (Cantarutti y Mera 2002:154) (Lamina 6 c) y se describe para otros platos ornitomorfos del cementerio de la Reina (Mostny 1947:32).

Aríbalos:

La vasija 57, de pasta A2, representada por 18 fragmentos, presenta borde muy evertido típico de este tipo de piezas. Presenta engobe blanco en el exterior y en la parte interna del borde y del cuello. Presenta decoración en el cuerpo con reticulado oblicuo sobre blanco (Lámina 7 b). La vasija 112, con 9 fragmentos, de pasta E1, también presenta el patrón reticulado oblicuo negro sobre engobe blanco en el cuerpo, pero hacia la parte inferior de la vasija, separado por un cambio de ángulo del perfil del cuerpo, presenta aplicación de engobe rojo.

Botellas:

Se registran 2 botellas o Aysanas con decoración cuzqueña. La vasija 110, representada por 5 fragmentos y pasta A3, posee un asa tipo arco de correa de posición vertical, común para este tipo de piezas. La decoración negro y rojo sobre engobe blanco presenta el patrón “Clepsidra en traslación vertical separadas por líneas horizontales paralelas” aplicado a lo largo del asa y en el cuerpo (Lámina 9 a).

La vasija 211, A6 representada por un fragmento de cuerpo que presenta dos inserciones de un asa vertical, probablemente tipo arco de correa, como es típico para

este tipo de vasija. A un costado de la inserción inferior se distingue el mismo patrón de la vasija anterior (Lámina 9 b).

Botellas o Aysanas con el patrón de clepsidras en traslación vertical se han registrado en distintas variantes en los cementerios Las Tinajas de Quilicura (Baudet 2002), Estación Quinta Norma (Cantarutti y Mera 2002) (Lámina 9 d) y en la colección del sitio El Triunfo del Museo Arqueológico de Los Andes (Lámina 9 e).

b) Alfarería Inca mixta:

Se trata de piezas cuya morfología sigue los cánones de las vasijas cuzqueñas, pero donde se integran innovaciones en cuanto a la decoración que las diferencian de los modos en que se decora la alfarería cuzqueña.

Dentro de esta clase de alfarería se registra “alfarería Inca Mixta con influencia Diaguita”, que se refiere a cerámica de forma incaica que integra elementos visuales Diaguita en la decoración. La vasija 1 corresponde a un aríbalo, de pasta A1, que se encuentra representado por 110 fragmentos. Presenta engobe rojo en la superficie exterior de la parte inferior del cuerpo, mientras que en la parte superior presenta aplicación de engobe blanco en donde se ha ejecutado la decoración. En este último sector de la vasija se distinguen los patrones “reticulado oblicuo” y “banda vertical con líneas paralelas oblicuas” ejecutados en pintura negra. A su vez, presenta una variante de zigzag Diaguita aplicado en negro y rojo, compuesto por triángulos rectángulos con grecas desprendidas. (Lámina 7 a).

Existen 2 vasijas identificadas como probables aríbalos, que presentan decoración que recrea claramente la combinación cromática del “cuarto estilo”, lo que permite atribuirles un origen Diaguita en el diseño. Nos referimos a la vasija 203, con 13 fragmentos y pasta A6, y a la vasija 210, con 4 fragmentos y pasta B. Ambas vasijas presentan decoración negro y blanco sobre engobe rojo en el exterior del cuerpo. Esta consiste en una banda con un diseño en zigzag. La banda del primero está dispuesta de manera casi vertical, con un diseño que a pesar de la simpleza recuerda el patrón zigzag cuzqueño. Consiste en una línea blanca con triángulos adosados que se refleja

verticalmente de manera desplazada, formando una línea roja en zigzag, que a su vez presenta una línea blanca más delgada en su interior (Lámina 16 a). La banda de la segunda vasija presenta dos líneas negras paralelas, en cuyo interior presenta una línea negra en zigzag contorneada de líneas blancas por ambos lados (Lámina 16 b).

Dentro de esta clase de alfarería “Inca Mixta con influencia Diaguíta”, podríamos incluir la vasija 12, a pesar de que solo podemos asegurar que corresponde a una vasija restringida en cuanto a su forma. Presenta pasta A6 y está representada por 6 fragmentos, con decoración en el exterior negro y blanco sobre engobe rojo, mientras que el interior presenta cepillado como tratamiento de superficie. La decoración consiste en líneas blancas escaleradas en traslación horizontal. Alternadamente la línea blanca se presenta con uno de sus costados relleno de un campo negro (Lámina 16 c). Es de notar que un jarro de cuerpo globular, cuello hiperboloide y asa adherida al labio-cuerpo, con un diseño similar se registra en la colección del cementerio El Triunfo del MNHN (Lámina 16 d).

En la muestra también se identifica “alfarería Inca mixta con influencia Copiapó”, que se refiere a cerámica de forma incaica pero con elementos Copiapó en la decoración. Para esta clase de alfarería existe una chua (V55) descrita más arriba. Presenta pasta A3 y se encuentra representada por 5 fragmentos. Presenta engobe rojo en el exterior, mientras que en el interior exhibe decoración negro sobre engobe blanco. Esta presenta el patrón “antropomorfo estilizado con ojos de volutas”. Se compone de una línea negra horizontal bajo el labio interno de la cual se desprende un triángulo negro con este motivo. Presenta una protuberancia adherida al labio característico de estas piezas (Lámina 3 a). Se describen platos planos con este motivo para el cementerio de La Reina (Mostny 1947:32). Existen antecedentes de dos platos planos con este motivo en el sitio Parcela 24 Quilicura (González y Rodríguez 1993). Además pudimos registrar el motivo, en dos platos ornitomorfos, un plato plano y un puco de la colección del sitio El Triunfo del Museo Arqueológico de Los Andes (Lámina 3 b). Para el mismo sitio pero de la colección del MNHN existen dos platos planos y un plato ornitomorfo. Todos presentan este motivo en pares opuestos bajo el labio interior. En el sitio Las

Tinajas de Quilicura se registra una aysana con el motivo en pares opuestos bajo el asa (Baudet 2002).

Por último, se registra alfarería Inca Mixta sin una influencia determinada, pero con variaciones locales o regionales que no corresponden a la modalidad de la alfarería cuzqueña. La vasija 21, representada por 9 fragmentos y de pasta A4, presenta decoración exterior negro sobre engobe blanco, mientras que el interior se encuentra cepillado. La decoración está compuesta por el patrón “reticulado oblicuo” y una “banda vertical con líneas paralelas oblicuas” (Lámina 8 a). Ambos patrones son definidos por P. González (1995) como de origen cuzqueño, sin embargo el segundo corresponde al parecer a un diseño con disposición en arco o banda vertical, ambas innovaciones no son propias de la decoración de aríbalos cuzqueños, en cambio aparecen en Chile Central (Sanhueza 2001). Cantarutti y Mera (2002:159) agregan que el motivo en arco es común en aríbalos del área nuclear Diaguita, lo que podría ser interpretado como una influencia proveniente de esta región.

La vasija 96 corresponde a una chua, de pasta A4, se encuentra representada solo por un fragmento de borde. Presenta engobe rojo en el exterior y decoración negro sobre engobe blanco interior. Esta se compone de una línea negra bajo el borde interno y una banda oblicua negra con líneas oblicuas en su interior. Al parecer corresponde a un diseño en “V” descrito como un motivo común que no se encuentra en vasijas cuzqueñas, en cambio sería recurrente en platos planos y platos ornitomorfos de Chile Central (Cantarutti y Mera 2002:160). A juicio de estos autores este motivo presenta estrecha similitud con aquella de los diseños en arco de los aríbalos.

c) Alfarería Diaguita mixta:

En primer lugar se identifica “alfarería Diaguita mixta con influencia Cuzqueña”. Esta clase de alfarería se refiere a aquellas formas de origen Diaguita que presentan influencia estilística cuzqueña en su decoración. La vasija 17, representada por 46 fragmentos de cerámica corresponde a un jarro pato de pasta A3. Se recuperan fragmentos del cuerpo y de la base. En el cuerpo presenta decoración negro y rojo sobre

engobe blanco, mientras que la base presenta engobe rojo sin decoración (Lámina 15 a). La vasija se encuentra muy tiznada, lo que ha alterado la apariencia de la decoración (el negro y el blanco se encuentran invertidos). De acuerdo a la nomenclatura de P. González (1995:111) para diferenciar jarros patos del periodo Inca del Museo Arqueológico de la Serena, la vasija 17 correspondería al “tipo A”. Por lo general presentan una cabeza antropomorfa o zoomorfa, un gollete y un asa puente uniendo ambos; un cuerpo globular o subglobular, con una base cóncava o plana que se diferencia del cuerpo en cuanto a su curvatura (Idem.) (Lámina 15 c). Como es común en este tipo de piezas, la vasija 17 presenta un diseño central (o frontal) que puede ser asimilado con el tronco y extremidades superiores del personaje representado. Presenta un diseño que es común para este tipo de jarro, conformado por líneas negras en forma de triángulo invertido sin base del cual nacen pequeños trazos oblicuos, a su vez, con trazos perpendiculares a ellos. El vértice inferior de este triángulo se une al vértice de un campo triangular ajedrezado, compuesto por rombos que alternan los colores rojo, blanco y negro. Debajo de este motivo presenta un diseño en forma de U invertida. El patrón ajedrezado es común para la decoración que se ubica bajo el diseño triangular invertido descrito más arriba, sin embargo, casi siempre se trata de un campo rectangular o trapezoidal, no triangular. De cualquier forma, el diseño frontal en estas piezas, ha sido interpretado como un cuello de *unku* o camisa incaica que presenta refuerzos, que a su vez, presenta una franja inferior como elemento propio de estas camisas (Cantarutti 2002: 222). En uno de los costados de la reconstrucción del frente de la vasija 17 se distingue una línea gruesa negra vertical que corresponde a parte de uno de los brazos que se dispone típicamente en los costados del diseño central. Este tipo de jarro pato comúnmente presenta bandas laterales (González 1995), algunas con la presencia del “zigzag C” Diaguita (Lámina 15 d) (Cornejo 1989), al menos para el “tipo A” de jarros patos del Limarí (Cantarutti 2002). Por esta razón, dos fragmentos de la vasija 17 con este diseño son atribuidos a la banda lateral. De la misma pieza existe un fragmento que presenta una voluta, sin encontrar antecedentes al respecto para este tipo de piezas.

En segundo lugar se identifica “alfarería Diaguita mixta con influencia Aconcagua”. Esta clase de alfarería se refiere a aquellas formas de origen Diaguita que presentan influencia estilística de la cerámica Aconcagua en su decoración. La vasija 18, corresponde a un cuenco de pasta A4, encontrándose representado por 2 fragmentos (Lámina 18 a). Presenta labio redondeado, borde invertido, superficie externa pulida e interna alisada. Se encuentra muy tiznada lo que ha provocado que la decoración exterior se encuentre alterada. Presenta decoración negro y rojo sobre blanco, que en el caso del negro y el blanco se encuentran invertidos. La decoración corresponde al patrón “Banda doble de líneas quebradas paralelas en translación horizontal” descrito más arriba. La pasta de este cuenco corresponde al patrón A4 definido como local. En la colección del cementerio de túmulos de Bellavista del Museo Arqueológico de Los Andes se registra una botella con decoración en el cuello muy similar (Lámina 18 c). La forma de esta pieza parece corresponder a un cuenco similar a aquellos elaborados durante la fase Diaguita II, similar a un cuenco de la colección del sitio Loma El Arenal de Museo de Historia Natural de Valparaíso, proveniente del valle de Chalinga, cuenca del Choapa (Lámina 18 b).

e) Alfarería Diaguita de la Fase Inca:

Esta clase de alfarería se refiere a piezas de forma y decoración Diaguita que han mantenido parte de su estilo propio, pero que han sufrido transformaciones durante el proceso de asimilación con el régimen incaico.

La vasija 65, representado solo por un fragmento, corresponde a un plato de paredes altas, con borde prácticamente recto. La superficie interior se encuentra cubierta por una capa de engobe blanco, al igual que la superficie exterior, solo que esta última presenta decoración negro y rojo sobre blanco. Exhibe el patrón ondas descrito más arriba (Lámina 12 a). Presenta pasta A7 aunque muy compacta.

Por otra parte, se registra la vasija 208 con 14 fragmentos y de pasta A3. Corresponde a un plato de paredes altas, diferenciándose del plato anterior por presentar los bordes levemente evertidos. Presenta engobe blanco en su interior, mientras que la

superficie externa presenta engobe rojo y decoración negro y rojo sobre engobe blanco. Esta se compone del patrón “doble zigzag” descrito más arriba, que se representa sobre campos rectangulares de engobe blanco que a su vez se separan por campos rectangulares de engobe rojo (Lámina 14 a). Un plato muy parecido, con la misma forma y decoración se registra en la colección del cementerio El Triunfo del Museo Arqueológico de Los Andes (Lámina 14 b). Una pieza muy similar, también, se registra en el cementerio Las Tinajas de Quilicura (Baudet 2002). Por último, en el cementerio Estación Quinta Normal se registra un plato con la misma morfología pero con un patrón zigzag Diaguita simple (de una hilera) y sin las separaciones de campos de engobe rojo (Correa et. al. 2008).

f) Alfarería Aconcagua de la fase Inca.

Corresponde a una clase de alfarería que mantiene ciertas tradiciones locales de Chile Central preincaicas, pero que resulta modificada producto del nuevo orden político y social (Cantarutti y Mera 2002). A pesar que estos autores aplican esta denominación a la cuenca del Maipo-Mapocho, creemos que es aplicable a la cuenca del Aconcagua.

La vasija 28 se encuentra dentro de este tipo de alfarería. Corresponde a una escudilla representada por 11 fragmentos y con el patrón de pasta B. Presenta labio levemente aplanado, superficies pulidas con engobe rojo en ambas caras, solo que en la interna se registra decoración negro y blanco sobre rojo. Esta se compone de líneas paralelas negras y blancas que se desprenden del labio en forma vertical y en forma oblicua (Lámina 19 a). Para el cementerio Las Tinajas de Quilicura se registran dos fragmentos de puco con líneas oblicuas alternadas negras y blancas sobre rojo (Baudet 2002). La descripción que se hace del espesor de las paredes, el labio subplano y el color desgastado de las líneas negras, es muy similar a la vasija 28. En el cementerio Estación Quinta Normal, se registran dos escudillas pero con pares de líneas negras y blancas sobre engobe rojo (Cantarutti y Mera 2002) (Lámina 19 b y c). Estos autores señalan que este patrón es común en la cuenca de Santiago para el periodo Inca y agregan que es un patrón similar al “estrellado” registrado en la cuenca del Aconcagua para el Periodo

Intermedio Tardío (Ibid.:161). En la colección del cementerio El Triunfo del Museo Arqueológico de Los Andes se registra una escudilla con pares de líneas alternadas negras y blancas, similar a una de las escudillas del cementerio Estación Quinta Normal (pieza 3 de la tumba 3). Es importante señalar que el labio recto o plano es una elección técnica preincaica de la cultura Aconcagua y que perdura en escudillas de la fase Inca en Chile Central (Cantarutti y Mera 2002:161).

Dentro de la clase alfarera “Aconcagua de la fase Inca” podríamos incluir a ollas que parecen tener una continuidad con las ollas “pardo alisadas” del PIT. La vasija 11 se encuentra representada por 139 fragmentos y presenta pasta A3. Ambas superficies están alisadas, presenta borde evertido, cuello recto, base plana y asa tipo arco de correa (Tabla 21 a). De superficies alisadas, el exterior presenta abundante hollín. La vasija 221, de pasta A3 y representada por un fragmento de superficies alisadas y asa inserta en el labio-cuello, presenta abundante hollín en la superficie externa (Lámina 21 b). De acuerdo a Cantarutti y Mera (2002:162) este tipo de olla con cuello evertido y asa en arco de correa, labio-adheridas, son muy comunes en tiempos incaicos de la zona central de Chile y se las encuentra frecuentemente en contextos funerarios (Lámina 21 c).

Dentro de la muestra existe alfarería que posiblemente corresponde a lo que Cantarutti y Mera (2002) denominan “Aconcagua de la fase Inca con influencia Diaguita”. Estas son las vasijas 70 y 83 (Lámina 17 b), de pasta E2 y B respectivamente, posiblemente corresponden a escudillas o pucos. Presentan un patrón zigzag de influencia Diaguita pero una variante local descrita más arriba como “zigzag múltiple”. Estas piezas presentan engobe rojo en la superficie exterior e interior, solo que en esta última se registra decoración negro sobre rojo. Presentan una banda con el referido patrón zigzag bajo el borde interior, de manera similar a las escudillas descritas por Cantarutti y Mera (Ibíd.) para esta clase de alfarería del cementerio Estación Quinta Normal. Los autores describen un jarro con este patrón decorativo cercano al cuello, cuya forma atribuyen posiblemente a una influencia preincaica proveniente del valle del Aconcagua (Lámina 17 e). La vasija 152 del sitio TOA, de pasta A4, corresponde a una vasija restringida con cuello, y de manera similar, presenta esta decoración cercana al

cuello (Lámina 17 c). El problema radica en lo difícil de diferenciar la pieza entre un jarro o un aríbalo pequeño a partir de los fragmentos disponibles. En caso de corresponder a un aríbalo tendría que ser agrupado en la clase Inca Mixto.

g) Alfarería indeterminada con influencia Inca y Diaguita.

Corresponde a piezas cuya forma no se logra asignar a una identidad cultural determinada, pero que presenta decoración cuzqueña y Diaguita. Dentro de esta categoría está la vasija 103, representada por 6 fragmentos y con pasta A4. Corresponde a una forma abierta (posiblemente una escudilla por la curvatura de sus paredes) que presenta engobe rojo en el exterior y en el interior decoración negro sobre rojo. Esta última superficie presenta el patrón “zigzag cuzqueño” y el patrón “zigzag B2”.

f) Alfarería de producción foránea.

Son piezas que por sus atributos, tanto del estilo (decoración y forma) como de su pasta, nos hacen presumir que su elaboración no es local.

La vasija 104, representada solo por un fragmento, corresponde a una forma abierta, con claros indicadores de su carácter “foráneo”, y donde se ha podido determinar su origen del noroeste argentino. Lo primero principalmente por las características de su pasta, mientras que lo segundo por su decoración, que corresponde al estilo Casa Morada Polícromo o Inca-La Paya, con el motivo conocido como “Monstruo de la Paya”, descrito más arriba (Lámina 20 e). Este último es plasmado recurrentemente en formas abiertas sobre un fondo anaranjado del color de la pasta (Raffino 1981:169), lo que es coincidente con las características del fragmento de la vasija 104 (Lámina 20 c). El patrón de pasta corresponde a la familia H, que como vimos más arriba se trata de una pasta muy colada prácticamente sin inclusiones visibles y con la presencia de pequeños poros. Una botella con el mismo motivo decorativo y con las mismas características de pasta se registra en el sitio Estadio Fiscal de Ovalle (Cantarutti 2002) (Lámina 20 d).

La vasija 156 corresponde más bien a un tortero o adorno elaborado a partir de un fragmento de cerámica. Presenta una forma discoidal representado solo por una cuarta parte del original. Exhibe los bordes desgastados y pulidos, sumado a una perforación en el centro (Lámina 20 a). En el interior presenta superficie alisada mientras que el exterior presenta decoración compuesta por un campo negro de un tono violáceo de forma indeterminada sobre una delgada capa de engobe rojo. Las particularidades técnicas de la aplicación de esta decoración no son comunes al resto de la muestra del sitio TOA. Si a esto sumamos el carácter único del patrón de pasta de este adorno (Familia G), podemos decir que se trata de un elemento de origen foráneo, cuya procedencia no hemos podido precisar. Su reducido tamaño pudo permitir que se transportara a larga distancia.

Por otro lado se registra la vasija 45, representada por tres fragmentos. Corresponde a una vasija restringida cuyo interior se encuentra alisado, mientras que el exterior presenta decoración de líneas negras sobre una superficie pulida con aplicación de un pigmento rojo (pintura o engobe muy diluido). La decoración se compone de líneas negras oblicuas paralelas enmarcadas en un campo rectangular negro, además de líneas oblicuas negras paralelas sobre línea negra con posible reflexión vertical (Lámina 20 b). El tipo de decoración es desconocido, tanto por el estilo como por la técnica empleada en su ejecución. Su pasta corresponde al patrón C, con un origen foráneo o extra-areal.

La vasija 77, representada por dos fragmentos, presenta el mismo patrón de pasta que la vasija anterior, aunque más compacta. La superficie interna se encuentra alisada, mientras que la externa muy pulida. Es de destacar que Niemeyer (1970:49) describe para el sitio Huana un fragmento que define como cerámica intrusiva de la siguiente manera: "...pasta de textura muy fina y cocida, sonora al golpe, espesor delgado, color naranja. Superficie externa bruñida del color de la pasta. Superficie interna alisada. Perteneció a un ceramio globular". Esta descripción es coincidente con las características observadas de los dos fragmentos de la vasija 77.

Por último, las vasijas 56 y 204, representadas por 13 y 8 fragmentos respectivamente, corresponden a formas restringidas, de superficies alisadas. La segunda exhibe restos de pintura roja en la superficie externa. Presentan el patrón de pasta D cuya particularidad es la presencia de abundante mica como inclusiones. Esto da la apariencia de pequeños espejos presentes en la superficie de la cerámica. Mario Vásquez (1994: 5) registra un patrón con estas características para sitios incaicos de la cuenca de Santiago. Su baja representatividad en el conjunto analizado podría suponer que corresponde a alfarería de producción foránea o extra-areal.

VI. 2. 1. 3. Uso y función de las vasijas:

A partir la identificación de huellas de uso, de los atributos morfológicos y sobre información del uso conocido de ciertas formas diagnósticas incaicas, se plantean determinadas funciones y/o usos de algunas vasijas del conjunto (Tabla 6). Esta información puede aportar en la definición de ciertas funciones o actividades llevadas a cabo en cada uno de los recintos estudiados.

Función vasija	Recintos			Total general
	1	2	3	
<i>Almacenaje</i>	2			2
<i>Almacenaje?</i>			1	1
<i>Contenedor chicha</i>	7	5	10	22
<i>Contenedor líquido</i>	10	3	4	17
<i>Contenedor indet.</i>	7			7
<i>Cocina</i>	4	8	2	14
<i>Servicio alimento</i>	6	7	5	18
<i>Servicio individual</i>	9	19	4	32
Función indet.	13	13	8	34
Total general	58	55	34	147

Tabla 6: Muestra la función y/o uso asignado de manera tentativa a las vasijas de la muestra analizada correspondientes a las distintas familias de fragmentos.

Fue recurrente la identificación de huellas de uso en los fragmentos de la muestra. Las formas abiertas presentaban erosión de la superficie y/o engobe, especialmente en los bordes, en las bases y en la parte interna de las bases. Algunas

vasijas restringidas, presentaban erosión en las bases, y algunas con acumulación de alguna sustancia en el interior. A estas se incluyen fragmentos que presentaban acumulación de hollín en el exterior, indicando que fueron sometidas al fuego, probablemente para cocinar. Estas se diferenciaron de aquellos fragmentos que acumularon hollín luego de ser descartadas. Fue interesante notar que fragmentos de una misma vasija que fueron ensamblados presentaban distinto grado de acumulación de carbón, indicando que luego de su quiebre algunos fragmentos fueron expuestos al fuego, lo que por una parte implicó acumular carbón adicional, como también pudieron oxidarse y perder carbón acumulado. Lo último se pudo apreciar en la vasija 11 (Lámina 21 a).

La función general de las vasijas puede deducirse a través de su forma. La morfología de la vasija determinaría un uso más apropiado de acuerdo a sus características que facilitarían la ejecución de ciertas tareas. De este modo, las vasijas restringidas son más apropiadas para contener líquido, especialmente aquellas con cuello angosto que limitan la posibilidad de derramar el líquido al ser transportado. Por el contrario las formas no restringidas, como los platos, son más apropiados para los contenidos sólidos, o para el fácil acceso a los alimentos servidos en estos.

A partir de información etnográfica y etnohistórica se ha podido precisar la funcionalidad de ciertas piezas incaicas (Bray 2003). Al respecto, y recordando lo expuesto en el marco teórico sobre la vajilla imperial, los aríbalos se han asociado a vasijas para contener y transportar líquido, específicamente el almacenaje de chicha. De las 22 piezas asociadas a este uso, 10 presentan patrón de pasta A4 (Tabla 7). Notable es la alta representación de aríbalos en el recinto 3, considerando el reducido tamaño de la muestra cerámica para este recinto. Esto podría sugerir que en este recinto fue recurrente el almacenaje o consumo de algún líquido, posiblemente de chicha.

Las chuas se asocian al servicio individual de alimentos sólidos o semisólidos. Los patrones de pasta A3, A4 y E2 son los más recurrentes para este tipo de vasija (Tabla 7). Es de notar que a pesar que el patrón E2 se encuentra escasamente representado en la muestra, en este tipo de piezas su presencia es recurrente.

Pasta	Función vasija							Total Gral.
	<i>Alma cenaje</i>	<i>Cocina</i>	<i>Contenedor chicha</i>	<i>Contenedor Indet.</i>	<i>Contenedor líquido</i>	<i>Servicio alimento</i>	<i>Servicio individual</i>	
A1			2					2
A2	2	1	2	1				6
A3		3	1		4	6	8	22
A4		1	10	2	5	5	9	32
A5		6	3	1		1		11
A6			1		4		2	7
A7						1	3	4
A8		1	1					2
B			1	1	2	5	2	11
C				2	1			3
D		1						1
E1		1	1				1	3
E2					1		7	8
Total Gral.	2	14	22	7	17	18	32	112

Tabla 7: Se refiere a las vasijas con función asignada, en referencia a sus respectivos patrones de pasta identificados.

Es notable la alta concentración en el recinto 2 de chuas y otras formas abiertas (asociadas al servicio de alimento). Esto podría sugerir mayor consumo de alimentos por parte de personas que hacen uso de esta vajilla dentro de este recinto.

Las Aysanas o botellas, por su morfología, serían apropiadas para contener líquidos, probablemente para servirlos o dispensarlos de manera más fácil que directamente de los aríbalos u otras vasijas más grandes. La misma función pudo cumplir el jarro pato registrado (V17).

Se registran 14 vasijas restringidas con presencia de tizne solo en el exterior, lo que indica que fueron sometidas al fuego durante su contexto de uso antes de ser descartadas⁴. Interesante es notar que 6 de estas vasijas presentan el patrón de pasta A5 y 3 vasijas el patrón A3. Estos patrones se caracterizan por presentar alta densidad de inclusiones, siendo posible que tal condición favoreciera la conducción del calor al ser sometidas al fuego, y por ende, facilitar la cocción de alimentos. Dentro de este conjunto

⁴ Al contrario, los fragmentos que presentan acumulación de hollín en ambas superficies y secciones pudieron ser piezas o partes de piezas que lo acumularon luego de su descarte y ya en estado de fragmentación.

existen dos ollas, la vasija 11 (Lámina 21 a) y la vasija 221 (Lámina 21 b). Estas presentan gran cantidad de hollín en el exterior. Destacamos la vasija 102, de pasta A3, que presenta acumulación de hollín en el exterior, con un asa muy particular en forma de gancho de la cual no tenemos antecedentes (Lámina 23 a). Importante es señalar que en el recinto 2 se concentra más de la mitad de las vasijas para cocinar, sugiriendo que la cocina en este recinto pudo ser una actividad recurrente. En general, para los tres recintos excavados, llama la atención el reducido número de vasijas con función asignada para cocinar. Esto considerando que las vasijas que se someten al fuego tienden a romperse más fácil, y por tanto, se esperaría un mayor descarte de las mismas. La alta concentración de fogones en los recintos 1 y 2 con abundantes restos de alimento carbonizado (como veremos más adelante, sería contradictoria con esta baja proporción de vasijas destinadas a la cocción. Es posible que tales vasijas hayan recibido un tratamiento diferencial en su descarte.

Por último, en la muestra se registra la vasija 14 y la vasija 50, correspondientes a dos vasijas de gran volumen que probablemente fueron usadas para almacenar alguna sustancia alimenticia o agua. Ambas vasijas provienen del recinto 1, pudiendo existir una orientación preferente de almacenaje en este lugar. Las dos vasijas presentan patrón de pasta A2, caracterizado por una alta densidad de inclusiones y de gran tamaño. Esta condición otorga mayor resistencia mecánica a la vasija. De la primera vasija se recupera dos fragmentos grandes de borde y una gran porción de la parte inferior, incluyendo la base (Lámina 22 a). A partir de los fragmentos de borde se deduce un diámetro de 42cm, con un 22,5% de integridad de la pieza original. De esta vasija se recolecta una muestra para recuperar posibles microfósiles vegetales, cuyo análisis, como veremos adelante, no arroja resultados positivos. Una pieza muy similar a esta vasija existe en el Museo Arqueológico de Los Andes de la colección del cementerio El Triunfo (Lámina 22 b).

VI. 2. 2. Material lítico del sitio TOA:

El material lítico del sitio se compone tanto de material asociado al proceso de tallado, como a otras actividades incluyendo molienda y ornamentación.

VI. 2. 2. 1. Tallado lítico:

Del material asociado al proceso de talla tenemos un total de 107 piezas analizadas. El 82,2% corresponde a derivados de núcleo, tanto primarios como secundarios. El 17,8% restante corresponde a instrumentos o piezas formatizadas. La distribución de los derivados e instrumentos muestran significativas diferencias entre los recintos excavados (Gráfico 2). Se puede ver que el recinto 2 presenta la mayor cantidad de piezas (52,3%), mientras el Recinto 3 cuenta solo con el 12,1% del total.

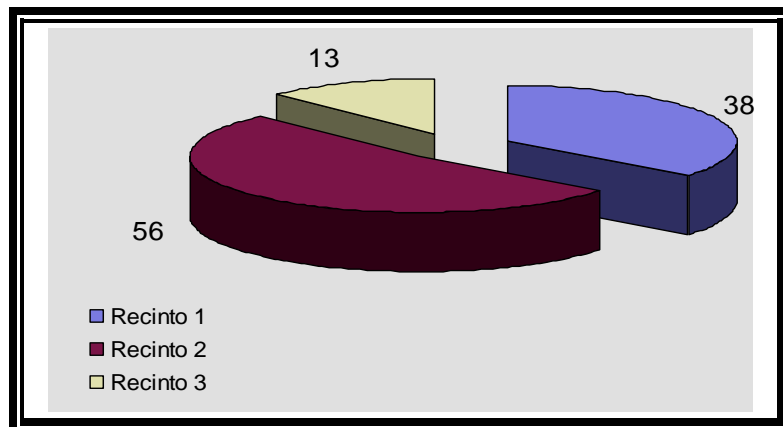


Gráfico 2: Distribución de derivados e instrumentos por recintos

VI. 2. 2. 1. 1. Derivados de núcleo:

Acerca de la frecuencia de los tipos de derivados por materia prima, podemos ver que las lascas se encuentran presentes en todas las categorías identificadas (Gráfico 3). Aunque su número sea reducido en algunos casos, como en la obsidiana, cuarzo y granito, su presencia da cuenta de la alta variabilidad en el uso de las distintas materias primas. Por otro lado, observamos una alta frecuencia de los desechos de retoque en sílice, lo que es coherente en cuanto a que los retoques o reactivado de bordes tiende a realizarse en piezas elaboradas en materias primas de grano fino, y en menor medida, de

grano medio. Es por ello que los desechos de retoque o microlascas analizadas, salvo uno, corresponden a materias primas de grano fino (obsidiana y sílice). Por otro lado, las láminas, aunque pocas, se presentan en materias primas de grano grueso como la andesita. Éstas podrían estar siendo utilizadas sólo como piezas de filos vivos, de manera expeditiva.

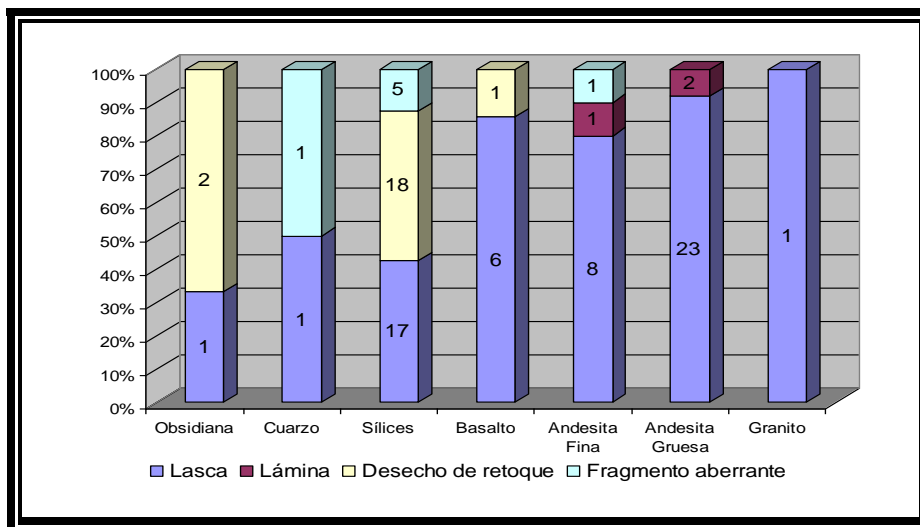


Gráfico 3: Frecuencia de tipo de derivado por materia prima

Para los talones, observamos una alta presencia de talones planos en casi todas las materias primas, salvo en la obsidiana y el cuarzo (Gráfico 4). Estas últimas materias primas se presentan en desechos de retoque o microlascas, y en un fragmento aberrante en el caso del cuarzo; es decir, en tipos de derivados cuyos talones son difíciles de identificar o se encuentran fracturados. Por otro lado, el sílice (materia prima de grano fino) presenta la mayor variabilidad de tipos de talón, destacando un buen número de planos y puntiformes, éstos últimos diagnósticos de los desechos de retoque. Finalmente, el único talón natural identificado, corresponde a una lasca de andesita gruesa, lo que da cuenta de la alta frecuencia de piezas con ausencia total de corteza.

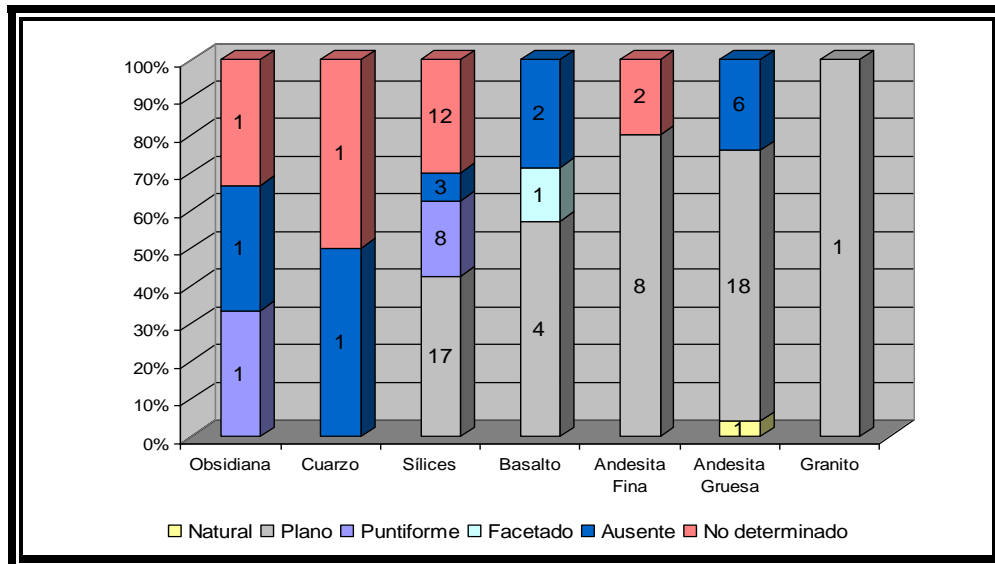


Gráfico 4: Frecuencia de tipo de talón por materia prima

Otra variable analizada guarda relación con el porcentaje de corteza en el anverso. Esta variable está relacionada a las fases del proceso de talla, debido a que las primeras fases reductivas, tanto sobre nódulos como sobre matrices, tienden a producir piezas con mayor conservación de corteza que las fases posteriores. En nuestro conjunto lítico existe una alta frecuencia de elementos con ausencia total de corteza en casi todas las materias primas, salvo en el cuarzo que presenta dos casos en que se registra esta variable en presencia baja. Esto sugiere que se trajeron al sitio piezas ya reducidas en forma de lascas o matrices sin corteza que luego fueron trabajadas. La andesita tanto fina como gruesa presenta los únicos casos de presencia alta y total de corteza, lo que permite suponer que al tratarse de materias primas locales, son usadas de forma expeditiva para casos circunstanciales.

En relación con lo anterior, existe una significativa diferencia de rangos de tamaños para cada materia prima. Para el largo, ancho y espesor, son las materias primas de grano fino como la obsidiana, cuarzo y sílices, los que presentan rangos menos amplios y tamaños más pequeños. Esto es coherente con el registro si se relacionan estos tamaños con el porcentaje de conservación de corteza en el anverso y el tipo de derivado al cual corresponde cada materia prima. En el caso del sílice, por ejemplo, presenta una

alta frecuencia de desechos de retoque o microlascas, una ausencia total de corteza y tamaños relativamente pequeños. No así con las andesitas o basalto, que muestra rangos mucho más amplios y tamaños también más grandes, en lascas o láminas, con ejemplares que presentan mayor representación de corteza en el anverso.

Además de las variables arriba detalladas a partir de los derivados, se analizaron otras que complementan la información acerca de la tecnología lítica del conjunto. Por un lado, vemos una casi nula presencia de tratamiento térmico en los derivados, y poca frecuencia de bulbos de percusión y aristas. Como indicadores de técnicas de talla, estas dos últimas variables permiten sugerir que la inversión de trabajo en la elaboración de piezas formales no es importante. Es decir, la alta ausencia de bulbos de percusión y aristas dan cuenta de una tecnología expeditiva; la presencia de bulbos de percusión son indicadores de buenos golpes para reducir al máximo las superficies de los derivados, mientras que las aristas son indicadores de ejes tecnológicos, y por lo tanto de técnicas específicas de talla en la elaboración de determinados artefactos. Así también, existen 6 casos que presentan modificaciones; 2 son de tipo marginal simple, y 4 marginal doble, correspondiendo al 6,8% del total de los derivados.

Finalmente, el estado de conservación de los derivados muestra un 79% de piezas completas, siendo predominantes dentro del conjunto. Esto se entiende debido al relativo aislamiento y poco tránsito o intervención del sitio, lo que permite conservar mejor el material cultural. El 13% de los derivados analizados muestra fracturas que dejan sólo la parte distal de la pieza (sin talón), mientras el 3% presenta su parte proximal (con talón). El 5% restante pertenece a piezas incompletas en las cuales no es posible identificar a qué sector del derivado corresponde.

VI. 2. 2. 1. 2. Instrumentos:

La totalidad de instrumentos detectados en el sitio corresponden a puntas de proyectil (Figura 14).



Figura 14: Puntas de proyectil triangulares pequeñas de base escotada recuperadas en el sitio TOA.

En el recinto 1 se registraron 9 puntas triangulares pequeñas de base escotada, de las cuales 7 estaban completas y dos fracturadas; una de ellas en la punta y la otra en la base. Todas fueron elaboradas en materia prima silíceas, de grano fino. Del total, 6 presentan retoque bifacial, bilateral y continuo, 1 presenta retoque unifacial, bilateral y continuo, y 2 presentan retoque marginal doble, bilateral y continuo. Sus rangos de tamaño varían, para el largo, desde los 13 a los 25 mm.

En el recinto 2 se registraron 7 puntas triangulares de base escotada. Tres estaban completas, mientras las otras 4 se presentan incompletas. Todas fueron elaboradas en materias primas de grano fino; 6 en sílice y 1 en cuarzo. Asimismo, todas presentan retoque bifacial, bilateral y continuo en los lados. Sus rangos de tamaño varían, para el largo, desde 7,2 mm a los 27,8 mm.

En el recinto 3 se recuperaron 3 puntas triangulares de base escotada, todas del nivel 8, y elaboradas en materias primas de grano fino; una de ellas elaborada en obsidiana negra. Todas presentan retoque bifacial, bilateral y continuo en los lados. El rango de tamaños, para el largo, varía desde los 16,3 mm a los 27,7 mm.

VI. 2. 2. 1. 3. Consideraciones finales talla lítica:

En general el sitio TOA se presenta con una presencia efímera de material lítico de talla. Podemos sugerir que la tecnología presente se caracteriza por ser expeditiva,

con un predominio del sílice, seguido por materias primas locales como la andesita y el basalto.

Las materias primas llegaron al sitio en momentos secundarios del proceso de talla. Esto puede deducirse por la escasa presencia de derivados con corteza y la baja o nula presencia de lascas primarias, nódulos o núcleos en la muestra. Las tareas iniciales de desbaste se estarían produciendo fuera del sitio, posiblemente en las mismas fuentes de dónde se extrae la materia prima. La poca presencia en los derivados de materias primas no locales de grano fino como la obsidiana, permite suponer que éstas llegan al sitio en forma de piezas, artefactos o instrumentos completos, que no son descartadas, y en la cual su presencia como desechos es escasa, destacando que ésta sea en forma de microlascas o desechos de retoque.

Para los instrumentos encontrados, todas corresponden a puntas triangulares de tamaños relativamente pequeños. La morfología y características tecnológicas de estas puntas de proyectil son recurrentes tanto en el Periodo Intermedio Tardío como el periodo de ocupación Inca en Chile Central⁵. El 37% de estas puntas se encuentran incompletas, por lo que la tasa de descarte de estos instrumentos es recurrente en el sitio.

Creemos que en el sitio se utilizó tipos de derivados como lascas, de tamaño medio a grande, elaborados en materias primas de grano medio a grueso, para fines expeditivos. Por otro lado también, es recurrente el retocado o reavivado de filos de preformas o instrumentos que dejan desechos de menor tamaño, en materias primas de grano fino. A excepción de las puntas de proyectil, estos artefactos no se encuentran en la muestra analizada.

⁵ Este tipo de punta de proyectil es común en ambos periodos, sin embargo, las puntas triangulares pequeñas con pedúnculo y aletas son propias del periodo Inca en Chile Central. Este último tipo de puntas no se registra en el sitio.

TIPO LITICOS SITIO			TIPO LITICOS POR RECINTO			
	F	F. Rel		R1	R2	R3
Lasca	57	53,3	Lasca	16	34	7
Lámina	3	2,8	Lámina	1	1	1
Desecho de retoque o microlasca	21	19,6	Desecho de retoque o microlasca	11	9	1
Fragmento Aberrante	7	6,5	F. Aberrante	1	5	1
Instrumento	19	17,8	Instrumento	9	7	3
TOTAL	107	100	TOTAL	38	56	13
MATERIA PRIMA						
	R1		R2		R3	
Obsidiana	1		2		1	
Cuarzo	1		2		0	
Sílices	25		27		5	
Basalto	1		4		2	
Andesita Fina	2		5		3	
Andesita Gruesa	7		16		2	
Granito	1		0		0	
TOTAL	38		56		13	

Tabla 8: Cuadro Resumen del material lítico asociado al proceso de talla.

VI. 2. 2. 2. Otros materiales líticos:

Se registran restos de 6 manos de moler durante las excavaciones de los recintos del sitio TOA, dando cuenta de actividades de molienda. Además de esto se registra una piedra rodada con restos de pigmento rojo, lo que coincide con la descripción de piedras para moler con pigmento rojo descrito para Tambillitos (Bárcena 1977). En una piedra plana rugosa registrada en el recinto 1, también se advierte la presencia de pigmento rojo. Además, durante las excavaciones se recuperan terroncitos de mineral rojo, lo que también es descrito para Tambillitos (Ibid.).

En el recinto 1 se registra un disco de pizarra de paredes muy finas y con los bordes desgastados (Figura 15), en general con las mismas características de aquellas halladas en el lado argentino en el sitio de Tambillos (Bárcena comunicación personal

2006). Numerosos trozos de pizarra formatizados, que presentan los bordes desgastados se registran en este sitio trasandino. Al menos 7 de ellos presentan forma semicircular, el resto corresponden a fragmentos de forma no reconocible (Bárcena y Román 1990:27). Estos investigadores definen estos instrumentos como “alisadores-pulidores” asociados al proceso de manufactura de cerámica. Es importante notar que uno de estos instrumentos de pizarra es interpretado como un fragmento de tortero, ya que presenta una perforación. Si bien el disco de pizarra del sitio TOA no presenta una perforación en el centro, su forma circular sugiere que pudo corresponder a un tortero inconcluso. Es importante notar, también, que estos autores señalan que la fuente de esta materia prima se encuentra cerca del sitio Tambillos (Ibid.), es decir, aproximadamente a 150 Km del sitio TOA.

Por último, se registran pequeñas cuentas de collar elaboradas posiblemente a partir de algún tipo de piedra talcosa (Figura 16).



Figura 15: Disco de pizarra hallado en el recinto 1. Presenta los bordes desgastados.

Figura 16: Pequeñas cuentas de collar recuperadas durante la excavación.

VI. 2. 3. Restos faunísticos del sitio TOA:

VI. 2. 3. 1. Consideraciones generales:

Del total de la muestra (NR: 2080), se identificaron taxonómicamente 238 especímenes óseos, lo que significa un 11,44%. La distribución por recintos indica que el recinto 2 concentra la mayor cantidad de restos con 1111 (53,41%) unidades, seguido por el recinto 1 con 811 (38,99%) y el recinto 3 con 158 (7,59%). La desigual distribución de restos al interior del yacimiento podría sugerir la realización de distintas actividades en cada recinto, por lo menos en términos de descarte óseo, siendo más intenso el descarte en los dos primeros.

Los restos de camélidos, son sin duda los más abundantes, ya que comprometen el 88,91% de los especímenes identificados. Completan el conjunto los restos de peces - por lo menos dos especies- (N: 19; 7,98%), roedores (N: 3; 1,26%) y aves (N: 2; 0,84%) (Tabla 9).

	<i>Recinto 1</i>		<i>Recinto 2</i>		<i>Recinto 3</i>		<i>Totales</i>	
	NISP	NR	NISP	NR	NISP	NR	NISP	NR
<i>Lama</i> sp. *	71		100		43		214	
<i>Lagidium viscacia</i>			1				1	
<i>S. cyanus</i> (cururo)	1						1	
Roedor Ind.			1				1	
Ave Indet.					2		2	
<i>M. gayi</i> (merluza)	1						1	
<i>T. symmetricus</i> (juel)			2				2	
Teleosteo Indet.	11		2		3		16	
NID		727		1005		110		1842
Total	84	727	106	1005	48	110	238	1842

Tabla 9: Resumen de restos analizados. * Incluye *L. glama* y *L. guanicoe*.

La muestra presenta en general un muy buen estado de conservación, ya que un 92,36% de los especímenes identificados exhibe Estadio 0 de meteorización. La ausencia de este atributo sugiere que el tiempo que transcurrió entre la depositación y sepultación de los restos fue muy breve. Pese a esto, existe una presencia moderada de huellas que denotan el acceso de animales a los restos óseos previo a su entierro

definitivo, ya que se registran tanto huellas de carnívoros, como de roedores. Las primeras inciden en un 6,30% de la muestra identificada (NISP: 15) y corresponden principalmente a mordeduras y negativos de caninos que denotan el consumo de restos por parte de un pequeño animal, posiblemente un zorro. Las marcas se registran exclusivamente en restos de camélidos, principalmente en huesos largos (metapodios, fémur, húmero). Las huellas son más abundantes en el recinto 2 (siete casos) situación probablemente ligada con el número de restos identificados. Las huellas de incisivos de roedores son comparativamente más escasas registrándose seis unidades con este atributo, exclusivamente en el recinto 2. Por su parte, las huellas de radículas inciden en 32 unidades (13,44%) y la abrasión en 12 piezas (5,04%). Todo lo anterior indica una historia depositacional bastante activa dentro de los recintos, la que sin embargo, transcurrió en un lapso relativamente corto de tiempo. Sin duda la rápida sepultación de los restos fue un factor clave para evitar que el conjunto analizado continuara su proceso de deterioro. Como veremos más adelante, este mismo factor habría permitido que la densidad mineral ósea no fuera un elemento importante para alterar la preservación diferencial de los restos.

VI. 2. 3. 2. Identificación taxonómica:

La identificación taxonómica específica para la familia Camelidae es un paso de suma importancia para discutir las pautas de utilización faunística durante el periodo Inca. A partir de las mediciones obtenidas de las muestras arqueológicas y su comparación con los datos actualísticos, se identificó tanto llama (*L. glama*) como guanaco (*L. guanicoe*) (Gráfico 5 y Gráfico 6). A juzgar por los tamaños registrados para los especímenes domésticos, es factible plantear la presencia de machos cargueros en los tres recintos estudiados. De igual manera, la presencia de camélidos salvajes se condice con las puntas de proyectil recuperadas, lo que permite postular una estrategia de subsistencia mixta, en donde la caza para el abastecimiento del tambo puede ser una actividad importante sumada al consumo de camélidos domésticos.

Los restos de roedores indican por lo menos la presencia de dos especies, vizcacha y cururo. De acuerdo a la data etnohistórica, ambos roedores pueden ser consumidos, por lo que su inclusión en el sitio puede deberse a causas culturales. No obstante la introducción de *S. cyanus* (cururo) pudo deberse a causas naturales, debido a la etología de este roedor.

Los restos de peces dan cuenta de por lo menos dos especies, merluza y jurel, ambas provenientes del océano Pacífico. Aún cuando su registro es escaso, su presencia ha sido registrada en otros contextos tardíos del sector (p.e. Villa Cardenal Silva Henríquez en Catemu), denotando el acceso a recursos del litoral.

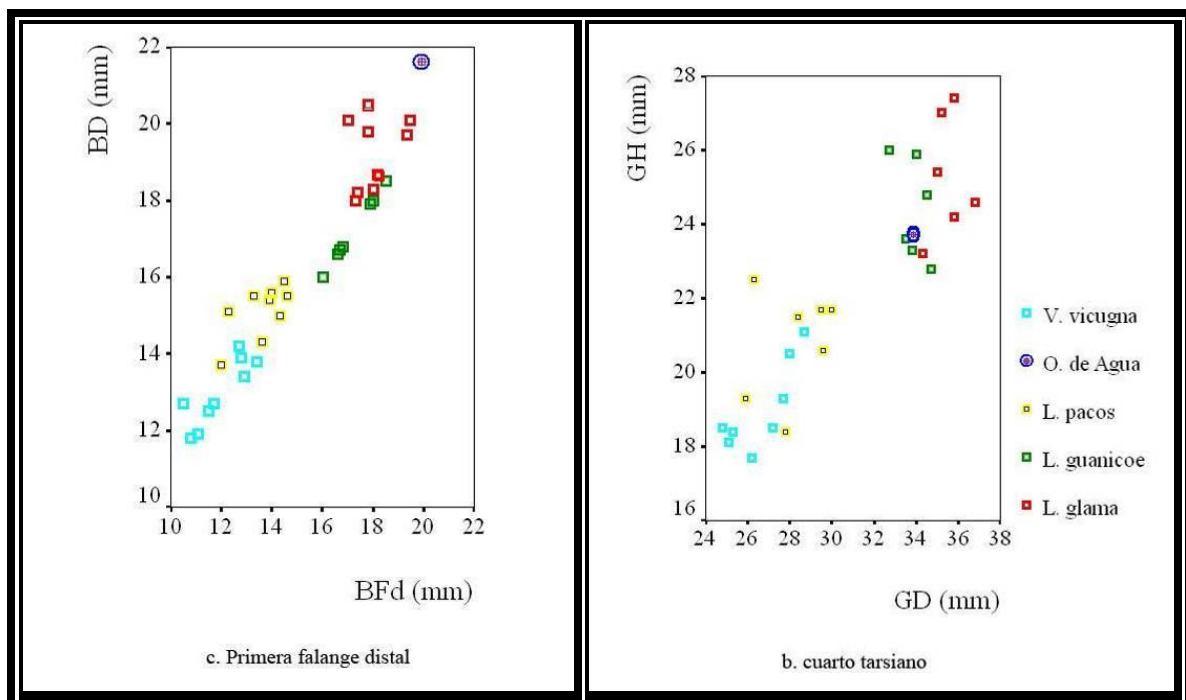


Gráfico 5 y Gráfico 6: corresponden a gráficos de dispersión bivalente. Se muestran dos casos en que se logró una identificación específica de especies de camélidos. Se representa el largo y el ancho de dos unidades anatómicas del sitio TOA comparadas con camélidos de referencia actuales (llama, guanaco, alpaca y vicuña). Para la primera falange distal (a la izquierda), la muestra del sitio TOA se orienta claramente hacia las muestras de referencia de llama para la misma unidad, incluso excede las dimensiones comunes. Para el cuarto tarsiano (a la derecha), la muestra del sitio TOA se agrupa hacia las muestras de referencia de guanaco de la misma unidad.

VI. 2. 3. 3. Rangos de edad y número de individuos

Teniendo en consideración criterios de fusión de edad, rangos métricos y lateralidad para el conjunto de restos de camélidos, se estima un total de ocho individuos en el sitio, distribuidos de la siguiente manera; recinto 1: Un individuo adulto, una cría (menos de 3 meses), y un juvenil (10-18 meses); recinto 2: Dos adultos, una cría y un juvenil; y en el recinto 3: un individuo adulto y una cría. La presencia de camélidos menores de tres meses podría indicar una ocupación estival del yacimiento, situación coherente con la transitabilidad de este paso cordillerano. En relación a los individuos adultos (MNI: 4), tres de éstos corresponderían a llama y uno a guanaco. No obstante, se debe considerar que la asignación taxonómica específica se realizó exclusivamente sobre aquellas unidades mensurables (huesos cortos y falanges), por lo que no es posible asegurar que todos los restos analizados corresponden exclusivamente a estos individuos.

VI. 2. 3. 4. Frecuencia de partes esqueléticas

El Gráfico7 muestra comparativamente la frecuencia de partes por recinto (%MNE). Es importante hacer notar que la densidad mineral ósea no afectó significativamente la preservación de los restos óseos, por lo que las partes recuperadas corresponden efectivamente a las estrategias de descarte desarrolladas al interior del tambo (%MAU recinto 1: $r=-0,255$; $p=2,08$, $n=26$; recinto 2: $r=0,243$; $p=0,232$; $n=26$; recinto 3; $r=0,363$; $p=0,068$; $n=26$). En este sentido, se registra incluso una relación inversa (pero no significativa) entre la densidad mineral y la frecuencia de partes del recinto 1, lo que indica que en esta estructura se registran partes con baja densidad mineral ósea.

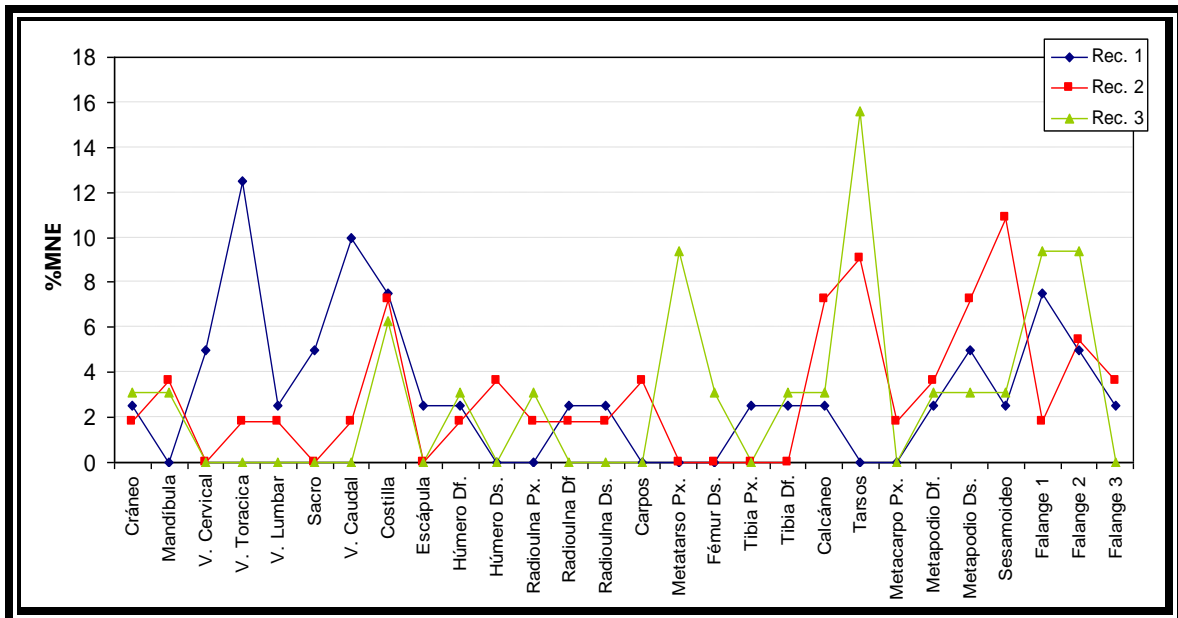


Gráfico 7: Proporción de unidades anatómicas (%MNE) por recinto del sitio TOA

Por un lado los recintos 2 y 3 se caracterizan por una elevada frecuencia de las porciones distales de las extremidades, principalmente tarsos, metapodios y falanges. Particularmente, en ambos recintos los segmentos distales traseros (metatarso, tarsos y calcáneo) son más populares que los delanteros (metacarpos y carpos) pero, paradójicamente, la proporción de huesos largos traseros (fémur y tibia) es bajísima (de hecho es nula en el recinto 2). De cualquier modo, comparativamente son las extremidades delanteras (radioulna y húmero) las que se descartan con mayor frecuencia en estos recintos. Otras unidades del esqueleto, particularmente vértebras, aparecen escasamente representadas. De manera inversa, el recinto 1 exhibe una mayor proporción de vértebras (principalmente torácicas) y costillas, y en general, un menor número unidades distales. Además, presenta frecuencias moderadas de huesos largos, particularmente tibia y radioulna. Estas diferencias observadas entre el recinto 1 y los recintos 2 y 3 sugieren que pudieron existir distintos patrones de faenamiento y/o consumo de la carne de camélidos.

Estadísticamente, estas diferencias se traducen en que los recintos 2 y 3 (%MNE) se correlacionan positiva y significativamente entre sí, y negativa, pero no significativamente, con el recinto 1.

Aunque no de manera estadísticamente significativa, la frecuencia diferencial de partes también se aprecia al correlacionar el %MAU de los distintos recintos con el índice de utilidad de carne. El recinto 1, que presenta mayor número de unidades con elevado y mediano rendimiento económico (vértebras y costillas), exhibe una correlación positiva ($r=0,351$; $p=0,086$; $n=25$), mientras que los recintos 2 y 3, presentan correlaciones negativas, indicando que se encuentran representadas mayormente unidades de bajo rendimiento ($r=-0,172$; $p=0,412$; $n=25$, y $r=-0,320$; $p=0,118$; $n=25$, respectivamente).

En suma, se sugiere que los dos patrones de frecuencias de partes observada en el sitio obedece a lógicas de manejo faunístico diferenciadas pero complementarias. De esta manera, los recintos 2 y 3 corresponden a lugares en donde se descartaron fundamentalmente los desechos del faenamiento primario (inicial) de los camélidos, mientras que el recinto 1 parece corresponder a un lugar de faenamiento secundario y terciario (relacionados con el reparto, reducción y consumo). La abundante evidencia de quema en este recinto (dos grandes fogones) podría estar relacionado a actividades culinarias que involucran unidades con mayor rendimiento de carne de camélido. La alta presencia de restos óseos, aunque de menor rendimiento, en el recinto 2 podría estar relacionado a otro tipo de actividades culinarias.

En general la ausencia de un importante número de unidades de alto rendimiento, fundamentalmente vértebras lumbares, costillas y huesos largos, sugiere que éstas pudieron abandonar el sitio tras un primer procesamiento que incluía la reducción de las carcasas en unidades transportables.

VI. 2. 3. 5. Huellas culturales:

Las huellas culturales son abundantes, ya que inciden en un 10,2% del conjunto. Se dividen en huellas de corte (NISP: 21); negativos de impacto (NISP: 2) y raspado (NISP: 1).

Cinco elementos con huellas de corte se registran en el recinto 1, cuatro de ellas, ubicadas en vértebras cervicales (MNE: 2), metapodio y segunda falange, de acuerdo a su disposición y orientación indican eventos de desarticulación; Una marca localizada en la cara medial de una costilla sugiere un proceso de extracción de carne. Por su parte, en el recinto 2 se observaron un total de ocho especímenes con huellas; seis se relacionan con actividades de desarticulación (marcas en cóndilo distal de húmero, cóndilo occipital de cráneo, primera falange distal, metapodio distal, cuarto tarsiano y carpo ulnar) y dos con operaciones de despostamiento (marcas en costilla y diáfisis de radioulna). Finalmente en el recinto 3 se aprecian cuatro unidades con huellas, dos costillas, una porción de diáfisis de tibia y un calcáneo. En suma, la gran mayoría de las marcas registradas se encuentran orientadas a la reducción de la carcasa en porciones transportables y/o consumibles.

Los negativos de impacto, relacionados con la explotación de médula y/o la preparación de matrices para la confección de artefactos se registran en una diáfisis posterior de metapodio y en una porción de diáfisis de tibia, recuperados de los recintos 2 y 3 respectivamente.

Una única huella de raspado se aprecia en un fragmento de metapodio proveniente del recinto 2.

Las huellas de termoalteración se registran en un 28,57% de la muestra identificada, concentrándose principalmente en los recintos 1 y 2 con 30,95% y 35,8%, respectivamente. El recinto 3, por su parte presenta un muy bajo número de unidades con huellas de exposición al fuego (10,41%). Estas evidencias son coherentes con la presencia de densos fogones en los recintos 1 y 2, y la escasa evidencia de fogones en el recinto 3.

Finalmente se registran dos fragmentos de instrumentos. Se trata de una porción distal de un instrumento de morfología espatulada (borde activo plano y semicircular) de largo 45 mm y un instrumento de borde redondeado, con huellas de lascado y micropulido. Sus medidas en el borde activo son; ancho máximo 7,26 mm y espesor máximo 2,39 mm.

VI. 2. 3. 6. Consideraciones finales:

Se documentó una importante diversidad faunística, la que incluye camélidos, roedores, aves y peces. En relación a estos últimos, se identificó merluza y jurel. Su presencia en el yacimiento indica el acceso a los recursos marinos, situación ya advertida en otros asentamientos incaicos. La presencia de elementos craneales sugiere que los peces eran trasladados completos, aunque a juzgar por la ubicación del yacimiento, debieron haber sido sometidos a algún proceso de conservación. Etnohistóricamente en el norte del país este producto es conocido como charquecillo y tiene un origen evidentemente prehispánico, incluso preincaico.

Las causas de la introducción de roedores al sitio aún no se encuentran del todo claras, aunque la vizcacha podría haber sido explotada culturalmente. Debido a la etología del cururo, probablemente habría entrado al sitio por causas naturales, lo que además es una nota de cautela respecto a la integridad estratigráfica del sitio.

Sin duda los camélidos, tanto silvestres como domésticos, conforman el recurso carne principal consumido al interior del asentamiento. De los tres recintos analizados, dos presentan un comportamiento similar en términos de las unidades registradas, las que están en concordancia con la funcionalidad del yacimiento. En efecto, en los recintos 2 y 3, se aprecia una mayor cantidad de elementos distales de las extremidades, de bajo rendimiento económico, los que eran descartados en estas estructuras tras su faenamiento inicial. Las unidades restantes pudieron recibir dos diferentes destinos pero igualmente importantes: algunos elementos anatómicos de alto rendimiento pudieron ser consumidos en el mismo sitio, como lo atestigua la frecuencia de partes en el recinto 1; otras unidades, por su parte, pudieron haber abandonado el sitio, transformándose en

pertrechos para aquellos viajeros que continuaban su viaje. La profusión de huellas de desarticulación apoyaría esta última apreciación. Las diferencias entre el recinto 1 y los recintos 2 y 3, pueden reflejar actividades culinarias disímiles. Por otra parte, la mayor proporción de evidencias de termoalteración en los recintos 1 y 2, en comparación al recinto 3, es coherente con las mayores evidencias de fogones en los dos primeros en relación al último recinto.

La identificación de camélidos domésticos en el sitio, específicamente referido a la llama, nos hace suponer que el sitio debió contar con corrales para el resguardo de estos animales.

VI. 2. 4. Restos botánicos del sitio TOA:

VI. 2. 4. 1. Análisis macrorestos:

La alta densidad y diversidad de restos carbonizados presentes en las matrices, dificultó la identificación de un alto porcentaje de restos ya sea porque se encontraban en estado erosionado y/o deteriorado, o bien porque no se lograron identificar por alguna razón a pesar de conservar algunos rasgos diagnósticos. Estos se agrupan como Indefinidos y corresponde al 31% de la muestra. Aquellos restos identificados en distintos niveles taxonómicos (Familia-Género-Especie) se agrupan en dos categorías: Cultivado o Silvestre. La primera categoría está representada por un 34%, mientras que la segunda por un 35%. El porcentaje de recursos cultivados constituye una alta proporción que no es común en otros sitios de Chile Central (Falabella comunicación personal 2009).

Si bien la alta presencia de restos indefinidos genera un sesgo a la comprensión de los recursos utilizados en este tambo, el análisis de las categorías definidas taxonómicamente hasta ahora nos permite esbozar ciertas tendencias contrastables con otras materialidades arqueológicas. Así, se puede observar que para el recinto 3 la presencia de recursos vegetales baja con respecto al recinto 1 y 2 (Gráfico 8):

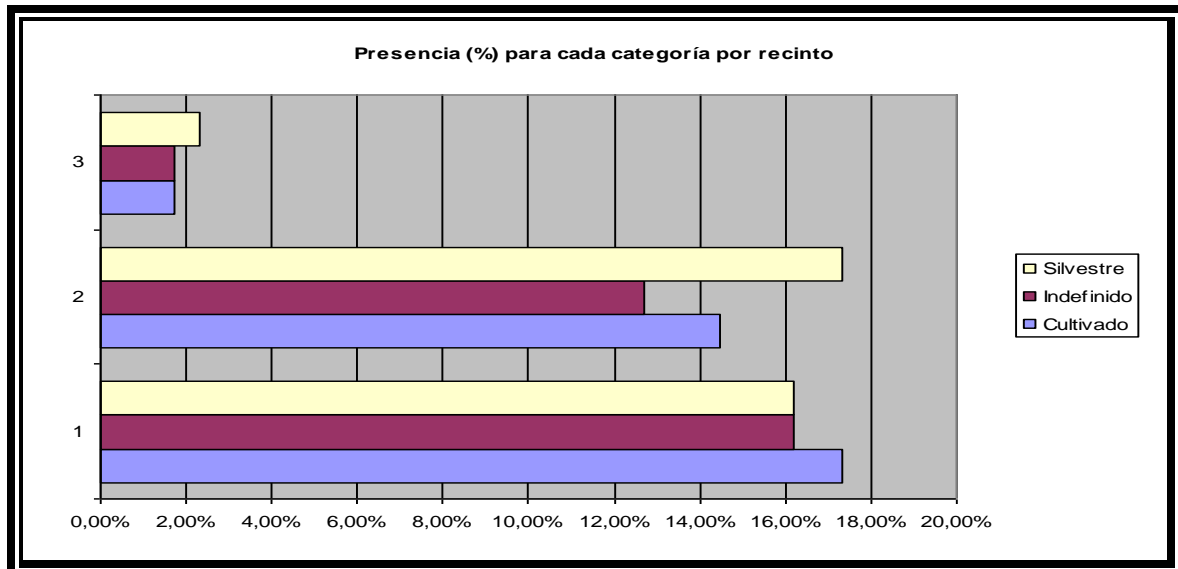


Gráfico 8: Proporción de categorías por recinto.

VI. 2. 4. 1. 1. Recursos cultivados:

Los taxones cultivados con mayor presencia en el sitio y en orden decreciente son quínoa (*Chenopodium quinoa*), maíz (*Zea mays*), ají (*Capsicum* sp.), poroto (*Phaseolus* sp.), papa (cf. *Solanum tuberosum*) y calabaza (cf. *Lagenaria* Sp.) (Tabla 10). La menor presencia de papas seguramente se debe a que estas se desintegran completamente al ser carbonizadas, siendo muy difícil su pesquisa a partir de macrorestos. Por otra parte, la distribución de estos recursos al interior del sitio es relativamente homogénea, recurrencia que nos permite visualizar un alto grado de normatividad en el tipo de recursos consumidos. Además, estos recursos son recurrentes en otros tambos y sitios incaicos tanto de Chile Central (Belmar y Quiroz 2000, 2003, 2006; Rossen 1994) como del *Tawantinsuyu* (Lennstrom y Hastorf 1992; Morris 1992; D'Altroy y Harstorf 1992). Todos estos recursos cultivables no son posibles de cultivar en el ambiente cercano al sitio, sino en los ambientes mesomórficos de los pisos inferiores del valle. Necesariamente debieron ser transportados desde las zonas cultivables hacia el sitio, siendo probablemente almacenados en este asentamiento para su ulterior consumo.

Recursos cultivados	Recintos			Total	% Total
	1	2	3		
Taxón					
<i>Capsicum sp.</i>	111	33	1	145	23,8%
<i>cf. Semilla Lagenaria sp.</i>	2			2	0,3%
<i>cf. Solanum tuberosum</i>	2	10		12	2%
<i>Chenopodium quínoa</i>	131	91	2	224	36,7%
<i>Phaseolus sp.</i>	25	46		71	11,6%
<i>Zea mays</i>	72	75	9	156	25,6%
Total general	343	255	12	610	100%

Tabla 10: Recursos cultivados por recinto y porcentajes representados por cada taxón.

VI. 2. 4. 1. 2. Recursos silvestres

Con respecto a las especies silvestres identificadas, la mayor parte de ellas parecen ser parte del ambiente del sitio, es decir son parte de la *Estepa Altoandina* (Gajardo 1994), por lo que su presencia carbonizada sería consecuencia de la quema del sustrato herbáceo y arbustivo posiblemente como combustible de los densos fogones registrados.

Especies que fueron traídas desde cotas más bajas, ya sea de la vertiente oriental u occidental son *Echinopsis sp.* (quisco) y *Prosopis sp.* (algarrobo). Estas dos especies tienen frutos comestibles, etnobotánicamente registrados como parte de la dieta de las poblaciones precolombinas (Villagrán et al 1998; Pardo y Pizarro 2005; Hoffman 1995). A su vez la especie adjudicada a la tribu Heliantheae podría ser *Flourensia sp.* o *Viguiera sp.* (Faúndez comunicación personal 2007), especies que crecen en Chile Central hasta los 2200 msnm. Es interesante considerar estas especies como potenciales oleaginosas, ya que especies emparentadas como *Helianthus annus* (girasol) y *Helianthus tuberosum* (topinambu) (oriundas de Norteamérica) (Castro y Muñoz 2006), tienen un alto contenido de aceites y para el último caso una papita comestible (Pardo y Pizarro 2005:68). Por ahora, no es posible precisar de qué especie se trataría, pero es significativo que semillas de *Helianthus sp. cf. tuberosum* fueron registradas para el Cerro de la Compañía (Rossen 1994), sugiriendo un uso de estas variedades como parte del repertorio alimenticio de la economía Inca en la zona.

La alta presencia de semillas del fruto de *Echinopsis* sp. (Tabla 11), especialmente en el Recinto 2, nos sugiere que fue un recurso importante para el consumo de quienes transitaron por este asentamiento.

Recursos Silvestres	Recintos				
Taxón	1	2	3	Total	% Total
<i>cf Cyperaceae</i>	1			1	0,2%
Chenopodiaceae	18	13		31	5%
<i>csf Prosopis sp.</i>		1		1	0,2%
Cyperaceae	23	17		40	6,4%
<i>Ephedra andina</i>	207	2		209	33,6%
Juncáceas	4			4	0,6%
Madera	16	45	10	71	11,4%
Poaceae	43	50	2	95	15,3%
<i>Prosopis sp.</i>	2	3		5	0,8%
<i>Echinopsis sp.</i>	13	115		128	20,6%
Heliantheae	15	17	1	33	5,3%
Rhamnaceae	2			2	0,3%
Total general	346	263	13	622	100%

Tabla 11: Especies silvestres por recinto y porcentaje representado por taxón.

En cuanto al resto de las especies, seguramente fueron parte de la cubierta vegetal nativa del sector cuyas semillas ingresan a los fogones a través del combustible recolectado en los alrededores del sitio.

VI. 2. 4. 2. Análisis de microfósiles:

Las muestras recolectadas a partir del raspado de recovecos presentes en las 6 manos de moler arrojaron resultados negativos en cuanto a la presencia de microfósiles.

En el caso de las vasijas, se seleccionaron aquellas que evidenciaban restos de alguna sustancia adherida en el interior. Se rasparon muestras del interior de la vasija 21 correspondiente a un aríbalo (Lámina 8 a), de la vasija 22 correspondiente a una vasija de almacenaje (Lamina 22 a) y de la vasija 228 hallada en estado casi completo en las

fundaciones del recinto 3 (Figura 12). En la primera para detectar posibles restos de chicha de maíz, en la segunda vasija para detectar posibles restos vegetales almacenados en esta pieza y en la tercera para detectar el posible contenido asociado a una ofrenda depositada durante un acto ritual. El análisis de las muestras tomadas a partir de estas vasijas no arrojó resultados positivos en cuanto a la presencia de restos de microfósiles.

No se registraron microfósiles diagnósticos, situación que ha sido recurrente en los análisis realizados en Chile Central y que seguramente se debe a las condiciones de acidez, aeróbicas y húmedas de los sustratos, aunque desconocemos por el momento las razones precisas de esta ausencia.

VI. 2. 4. 3. Comentarios finales:

La consistente presencia de recursos cultivados y silvestres en el sitio, lleva a plantear un consumo y preparación recurrente de alimentos en este asentamiento.

A pesar de no poder identificar gran parte de la muestra, se logró identificar una alta presencia de recursos comestibles, tanto cultivados como silvestres. Por el momento es muy difícil determinar la procedencia exacta de estos recursos, variable que se podría abordar con análisis morfométricos y morfológicos para intentar una aproximación a las razas o variedades, sobre todo de los recursos cultivados. Podemos estar seguros, sin embargo, que los recursos comestibles registrados provienen de los ambientes inferiores del valle, probablemente provenientes de la vertiente occidental de la cordillera (debido a una mayor cercanía), aunque no se descarta el acceso de recursos de la vertiente oriental. El transporte de estos productos desde sectores relativamente lejanos (al menos 20 km) hacia el sitio, seguramente implicó la necesidad de ser almacenados para disponer de ellos durante el funcionamiento de este asentamiento como lugar de resguardo y aprovisionamiento.

Los recursos silvestres no comestibles identificados, ingresaron seguramente al registro a través del uso de la cobertura vegetal disponible en el entorno del sitio a modo de combustible u otro uso.

VI. 2. 5. Restos malacológicos del sitio TOA:

El escaso material malacológico registrado en el sitio proviene de los tres recintos excavados. Se identifican algunas variedades de especies marinas, entre ellas: caracol rayado (*Oliva peruviana*), caracol tirabuzón (*Turritela cingulata*), macha (*Mesodesma donacium*), almeja (*Venus antiqua*) y erizo (*Loxechinus albus*) (Figura 17). Además se registra el ejemplar de un pequeño gastrópodo marino de color rosado intenso correspondiente a *Homalopoma cunninghami*, Familia Turbinidae. Existen antecedentes de restos de molusco marino en el sitio Tambillos, donde se registra una concha de *Scurria scurria*, especie proveniente del océano Pacífico (Bárcena 1977; Bárcena y Román *op. cit.*), lo que avalaría el flujo de estos especímenes a través de esta ruta incaica.



Figura 17: Muestra ejemplares marinos recuperados

Figura 18: Muestra pequeños discos elaborados a partir de valvas de *Diplodón* sp.

A parte de las especies marinas, se recolectan restos de concha de diplodón (*Diplodon chilensis chilensis*), molusco dulceacuícola conocido como “chorito de agua dulce”. Se recuperaron pequeños adornos correspondientes a un pendiente y pequeños discos elaborados a partir de valvas de este molusco durante las excavaciones del sitio (Figura 18). Es importante señalar que para cada uno de los tambos mencionados del

lado argentino se identifica la presencia de *Diplodón sp.*. Más aún, en el sitio Tambillitos se describen pequeños discos prácticamente idénticos a aquellos recuperados en el sitio TOA.

La concha de *H. cunninghami*, corresponde a un ejemplar marino que pertenece a la provincia malacológica Magallánica (desde Tirúa al sur en nuestro país). Se encuentra citado para el sur de Chile y la Patagonia, cuya distribución actual se extiende desde Chiloé hasta el Estrecho de Magallanes, Canal Cockburn (Magallanes) (Dell 1971; Reid y Osorio 2000) y Tierra del Fuego (Powell 1951; Zaffaroni 2003), en el rango 43-55° S, y habita entre los 10 y 160 m de profundidad, en sustratos rocosos. Se caracteriza por ser globoso, convexo, con una espira baja entre 3.9 y 4.6 mm; presenta finas estrías espirales cruzadas por estrías de crecimiento oblicuas, de un rosado intenso; su interior es nacarado y presenta en ejemplares completos un opérculo espiral, calcáreo (Figura 19). En ocasiones es confundible con ejemplares pequeños de *Margarella violacea*⁶ (King y Broderip 1832). Sin embargo este último presenta una textura suave, proporcionalmente más delgado y con un opérculo cuernoso (Cárdenas et. al. 2008:37).

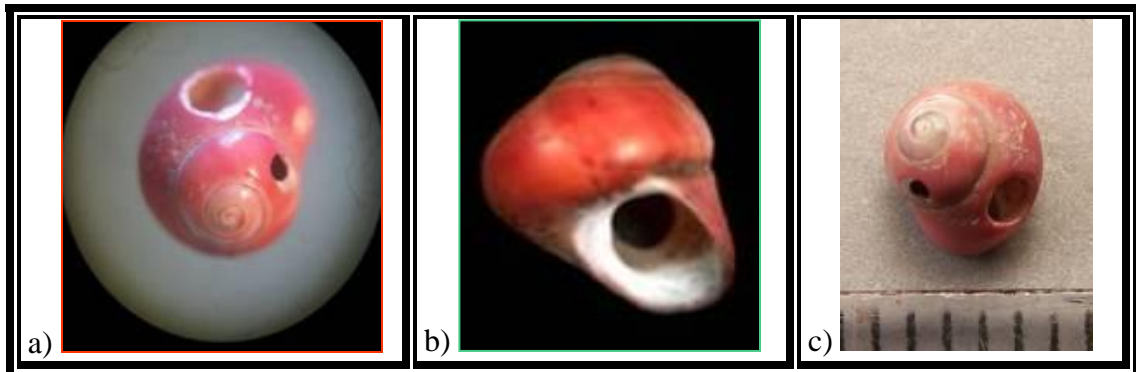


Figura 19: Las vistas a, b y c, muestran el ejemplar de *Homalopoma cunninghami* en distintas posiciones. La imagen de la derecha presenta referencia de escala en milímetros.

El análisis de la concha de *H. cunninghami*, de 5,15 mm de largo (L) y 3,8 mm de diámetro (D), de color rosado, presenta dos perforaciones, una en el anfracto 2 de 1,5 mm con un borde irregular, biselado, donde se observa una coloración blanquecina de la

⁶ Esta especie también pertenece a la provincia malacológica Magallánica (sur de Chile).

madreperla de 1 mm. En el tercer anfracto se manifiesta una segunda perforación de mayor diámetro, de 1,65 mm, cuyos bordes, más delgados también presentan una superficie irregular, biselada, con alteraciones en su borde, producido probablemente por algún instrumento de perforación. El segundo agujero es bastante regular y redondeado correspondiente probablemente a una intervención antrópica, mientras que la primera pudo ser causada por otros agentes.

Con el propósito de contrastar la perforación en el tercer anfracto con una perforación de tipo natural, causada por fauna de poliquetos perforadores nativos y exóticos asociados con moluscos hospedadores (Moreno et. al. 1996), se compararon las perforaciones del gastrópodo *H. cunninghami* con la observada en un bivalvo de la colección del MNHN, *Eurhomalea sp.* La perforación observada en la valva izquierda de *Eurhomalea sp.* es perfectamente cilíndrica, estando causada probablemente por un invertebrado perforador, que difiere de la observada en *H. cunninghami*, principalmente por la reducción del sector biselado y forma de la superficie del borde. Esto indica con seguridad que la perforación en el tercer anfracto de la concha del gastrópodo corresponde a una intervención de origen antrópico que probablemente se efectuó para utilizar la concha con fines ornamentales.

La presencia de este ejemplar en Chile Central abre nuevas preguntas respecto a las distintas posibilidades o factores que incidieron en su ingreso al depósito. Se trata de un objeto ornamental que pudo ser transportado a larga distancia. El problema radica en que su procedencia latitudinal al sur de Chile no coincide con los alcances de expansión reconocidos tradicionalmente para el imperio incaico hacia estos territorios. Su presencia en el sitio TOA podría abrir la discusión respecto de la comunicación o integración del *Tawantinsuyu* en redes de intercambio hacia zonas australes del país. Podríamos plantear estas y otras interrogantes, sin embargo, no serán abordadas en la presente memoria, manteniéndolas al margen para ser desarrolladas en futuras investigaciones.

VI. 2. 6. Restos metálicos del sitio TOA:

El único elemento metálico recobrado durante las excavaciones del sitio corresponde a una aguja de cobre de 8,8 cm de largo, proveniente del vano de entrada del recinto 1 (Figura 20). La técnica empleada en su elaboración fue la del martillado. Este es un importante hallazgo pues es un representante material relacionado a la actividad textil.



Figura 20: Aguja de cobre hallada en el recinto 1 del sitio TOA.

CAPÍTULO VII

DISCUSIÓN

El sitio Tambo Ojos de Agua presenta un contexto monocomponente asociado al periodo de ocupación Inca en Chile Central. El nuevo régimen estableció este asentamiento en plena cordillera, cuya función principal fue prestar apoyo en el cruce de un importante paso cordillerano desde y hacia la vertiente oriental. La alta densidad de material cultural registrado en el sitio da cuenta de un enclave con bastante actividad, y que sin lugar a dudas jugó un importante papel dentro del sistema vial que permitió el establecimiento del *Tawantinsuyu* en Chile Central.

Para el sitio TOA se cumple un patrón discontinuo definido para sitios Inca en Chile Central, los cuales se encuentran asociados a la vialidad, y a su vez, claramente segregados de la población local (Sánchez 2004:328). Existe una evidente conexión con los tambos registrados en el valle de Uspallata en la vertiente oriental. Esto deducido a partir de estrechas similitudes existentes entre el contexto material de estos sitios y el sitio TOA, sumando a elementos materiales que demuestran una conexión efectiva, como son: la presencia de un ejemplar de molusco marino del Pacífico en el sitio Tambillos, pequeños discos de concha de diplodón con las mismas características entre el sitio Tambillos y el sitio TOA, y un disco de pizarra que vincula directamente a este último sitio y el sitio Tambillos. Los sitios asociados a esta ruta transandina, en general, son el reflejo de un sistema vial al que, aparentemente, el Estado Inca prestó especial cuidado para asegurar la integración de los territorios del extremo meridional del imperio.

El Inca se ajusta a las diversas condiciones naturales, sociales, políticas y religiosas de las regiones conquistadas. Genera cambios en todos los ámbitos del sistema local, lo que se ve reflejado claramente en el contexto material de Chile Central, especialmente en la cerámica. Esta última se vuelve extremadamente permeable al nuevo régimen. El “estilo Inca” en la cerámica aparece en distintos cementerios, transformándose, al parecer, en un elemento muy valorado que no se encuentra a

disposición de toda la población. Este acceso diferencial se ve reflejado en los distintos cementerios y sitios de la región. Comparativamente, en el sitio TOA se registra una alta representación del estilo Inca, lo que sugiere que sus habitantes estuvieron vinculado fuertemente con la administración imperial, o que existió un control más directo en este asentamiento por parte del Estado. Es importante señalar que en Chile Central el estilo Inca se encuentra acompañado por estilos cerámicos de la cultura Diaguita (en ocasiones mezclados) lo que ha sido interpretado como una posición privilegiada de esta etnia frente al imperio, realizando una especie de mediación entre el *Tawantinsuyu* y la población local (Cornejo 2001b). A pesar que el estilo Inca en el sitio TOA es mayoritario, existen piezas del estilo Diaguita clásico, y piezas donde se mezclan ambos estilos. El predominio del estilo Inca puede deberse a una intensión del Estado incaico de ejercer propaganda política-cultural dentro de los asentamientos bajo su administración. La cerámica de estilo Diaguita podría estar reflejando la mediación de esta etnia en el territorio, haciéndose presente en el sitio TOA como contingentes foráneos velando por su mantenimiento a modo de *mitmakunas*. La cerámica con componentes estilísticos Aconcagua, por su parte, se encuentra representada en menor medida, no obstante, su sola presencia en el sitio TOA indica una cierta posición del estilo local, reflejando su interacción en el sistema de prestigio promovido por el régimen incaico en la zona. Es probable que la población local haya sido integrada dentro del nuevo sistema económico, y que en el caso particular del sitio TOA, hayan contribuido efectivamente en el mantenimiento de este asentamiento. De cualquier forma, consideramos que las distintas proporciones de símbolos étnicos presentes en la cerámica del sitio TOA, es un tema bastante complejo, y puede estar determinada en gran medida por decisiones de autoridades respondiendo ante determinados acuerdos políticos que dependen de las particularidades con que se negocia o se impone el nuevo régimen en el contexto local. Es difícil precisar quienes fueron los que ocuparon efectivamente este asentamiento, ya que la sola presencia de los estilos cerámicos seguramente está fuertemente determinada por dictámenes de poder y posición social, y no reflejan necesariamente la presencia efectiva de un grupo cultural.

El surgimiento de un nuevo sistema productivo y de nuevas relaciones promovidas por el Inca constituye un modo particular, en que se combinan los intereses del Estado y las condiciones locales. Estas últimas pueden incluir tanto factores naturales como culturales, además de la situación histórica del territorio. Es probable que las particularidades del fenómeno Inca en Chile Central se vean reflejadas en la forma particular con que se manifiesta la cultura material. Existen fuertes similitudes estilísticas de la cerámica del sitio TOA con otros sitios incaicos en la zona, principalmente de cementerios (debido a su mejor documentación). Esto da cuenta de una manifestación particular de la cerámica del periodo Inca en Chile central, que puede reflejar tales particularidades, y que a su vez, se vincula a las relaciones sociales de la época.

Es importante recalcar la alta proporción de cerámica decorada de la muestra analizada del sitio TOA. Esto da cuenta de un sitio que se abasteció de alfarería con una fuerte carga simbólica, especialmente vinculada a la representación del Estado incaico. La alta proporción de vasijas de estilo Inca (tanto de forma como decoración) en el sitio, sugiere que las prácticas cotidianas en el asentamiento fueron acompañadas constantemente de los símbolos estatales, especialmente en lo referente a las actividades culinarias donde se integra la vajilla imperial. Como vimos anteriormente, el servicio y la hospitalidad en el *Tawantinsuyu* fueron mecanismos de especial importancia como estrategia propagandística que buscaba crear una imagen del Estado Inca como una entidad benefactora, portadora de abundancia y de civilización. Tales prácticas serían coherentes en un asentamiento controlado por el Estado, donde prima una puesta en escena de la imagen que deseaba representar la administración Inca ante sus súbditos. Se buscaba crear una experiencia común e integradora a lo largo del *Tawantinsuyu*. La presencia de la vajilla imperial probablemente indica que se consumieron ciertos alimentos y que se integraron formas nuevas de ser preparados, en un estrecho vínculo con las prácticas culinarias de esta nueva entidad cultural. La importante presencia de aríbalos en el sitio puede referirse al consumo significativo de chicha. Por su parte, la gran proporción de *chuas* en el yacimiento, indica que probablemente fue una pieza

usada frecuentemente para el servicio de alimentos por quienes hospedaban en este lugar.

Sabemos que la mano de obra y los recursos para el abastecimiento de un asentamiento estatal fueron posibles gracias a un sistema de tributo, del cual se mantenía un estricto control a través de la contabilidad que mantenían los *Quipucamayoc*. El sitio TOA probablemente no fue la excepción a este sistema. Instalado en la cordillera y alejado de todo núcleo poblacional, el funcionamiento de este asentamiento debió estar manejado por personas que cumplían con turnos de trabajo y que recibían a los viajeros especialmente durante el periodo estival. La acumulación de nieve durante los meses lluviosos debió dificultar o imposibilitar el tránsito durante parte del año. No sabemos con certeza si existió una ocupación permanente a lo largo de todo el año, o si se producían abandonos temporales durante el invierno. Podemos estar seguros, sin embargo, que la ocupación del sitio debió intensificarse durante los meses más cálidos en que el paso se encontraba libre de nieve. Esto se puede ver reflejado por la considerable presencia (37,5%) de camélidos menores de tres meses registrados en los recintos estudiados, que son indicadores de un consumo durante el periodo estival.

El control tributario seguramente regulaba los recursos comestibles para el funcionamiento de los asentamientos estatales, incluido el sitio TOA. En este último se han detectado recursos comestibles que indican una conexión tanto con las zonas agrícolas de los pisos inferiores como con el litoral del Pacífico. Lo primero se refiere a una gran cantidad de recursos vegetales cultivados registrados a partir de semillas carbonizadas. A esto se incluye recursos silvestres (vainas de algarrobo y frutos de quisco) que también resultaron ser recursos importantes. La conexión con la costa se logra vislumbrar a través de la presencia de restos óseos de pescado que probablemente ingresan al registro a través de pescado seco. La obtención de los recursos de ambos ambientes pudo generarse a partir de enclaves de producción funcionando a través de la *mita* u obtenidos por medio de algún otro tipo de tributo, que luego son transportados al sitio. Independientemente de cómo se adquieren tales recursos, el aislamiento de este asentamiento nos hace suponer que debió contar con alguna especie de infraestructura de

almacenaje para disponer permanente de ellos, asegurando el servicio prestado a los viajeros.

La abundante presencia de restos de camélidos (llama y guanaco) indica que el consumo de su carne como recurso alimenticio fue frecuente. La gran proporción de unidades óseas con bajo rendimiento, sugiere que los animales ingresaron al yacimiento completos o casi completos, siendo faenados en el lugar. Los guanacos pudieron ser cazados cerca del tambo. Las numerosas puntas de proyectil registradas en el sitio podrían estar relacionadas a estas actividades. En el caso de las llamas, es probable que se hayan manejado en forma de ganado, tanto para abastecer de animales de carga como de alimento. Las vegas que se forman cerca del sitio constituyen un excelente lugar para abastecer de forraje. La presencia de estos camélidos domésticos nos indica, además, que debió existir un sistema de corrales para el manejo y control de este ganado.

La cerámica también pudo ser un recurso a modo de vajilla que era abastecido por medio de una regulación tributaria específica respecto del tipo y la cantidad de piezas necesarias para ser utilizadas en el tambo. El tipo de piezas pudo estar determinado por la jerarquía del asentamiento o su grado de dependencia al régimen del Estado incaico. El modo en que se produjo la alfarería para abastecer a este y/u otros asentamientos es un tema complejo que debe ser abordado a través de futuras investigaciones que integren estudios petrográficos de la cerámica. Sin embargo, por el momento podemos presumir respecto de distintas posibilidades. Por una parte el Estado pudo controlar la mano de obra que la producía, controlar las materias primas disponibles para la producción o bien pudo jugar un rol indirecto exigiendo la producción de alfarería. De cualquier modo, podemos apreciar un claro predominio de una familia de pasta que probablemente se elaboró de manera local. Por otra parte, se registra una baja representación de una diversidad de otros patrones de pasta, sugiriendo la posibilidad que hayan existido otros centros de producción de cerámica de origen extra-areal o foráneo. Esta situación ya había sido advertida por Vásquez (1994) en sitios Inca de Chile Central.

Es evidente que existió una alta normatividad en la producción cerámica en el periodo Inca, existiendo un rango acotado de opciones aceptadas para dar origen al producto final. Por una parte se crearon piezas de forma e iconografía alusiva al *Tawantinsuyu* que sirvieron de material propagandístico de su dominio, y por otro lado, estas formas cumplieron con un rol culinario relacionado al servicio de bebida y alimento bajo una normativa que dictaba el Estado para crear una experiencia cotidiana común a lo largo de su imperio. La vajilla imperial o de estilo Inca, como hemos visto, guarda una especial posición de prestigio. Si bien esta vajilla ha sufrido transformaciones locales, los elementos simbólicos cuzqueños son claros y evocativos. En referencia a antecedentes de otros sitios incaicos de Chile Central, podemos ver comparativamente que en el sitio TOA existe una fuerte representación simbólica a través de la materialidad que se vincula al Inca. Esto se puede apreciar claramente a través de la alfarería del sitio, pero también podemos distinguirlo en la arquitectura. Podemos distinguir patrones de construcción ligados a la presencia Inca como son los muros de doble hilera y el predominio de ángulos rectos. La construcción de este asentamiento por parte de la administración incaica en plena cordillera constituye una apropiación del espacio, una configuración de un paisaje simbólico cargado de significado de acuerdo al nuevo orden imperante. Quienes habitaron o circularon por este asentamiento se vieron imbuidos dentro de una puesta en escena en que se experimentaron los preceptos dictados por el imperio.

La vinculación del sitio TOA a representaciones simbólicas asociadas al Inca, sugiere que probablemente fue portador de un elevado prestigio. En el caso específico del contexto alfarero, se reconocen similitudes con el sitio El Castillo y el cementerio el Triunfo en la cuenca superior del valle del Aconcagua. Por su parte, las evidencias en el sitio TOA de alfarería de producción foránea, como es el caso del fragmento de una pieza de forma abierta estilo Casa Morada Polícromo, se puede ligar a redes de intercambio que establecen vínculos con grupos humanos y lugares de importancia para el imperio. Sabemos que este estilo adquirió una posición privilegiada en el noroeste argentino durante el periodo de ocupación Inca, y cuya dispersión se conocía desde el

altiplano meridional boliviano hasta el valle de Limarí por el sur (Cantarutti 2002:314). La presencia de este fragmento en el sitio TOA es, por el momento, la evidencia más austral de este tipo de alfarería.

Así como existió alfarería con un cierto nivel de prestigio, existen antecedentes de otros objetos como conchas de moluscos que probablemente tuvieron alto valor en este sentido (Earle 1994). En el sitio TOA, aunque en baja proporción, encontramos restos de conchas de varias especies de moluscos marinos. A esto se suma, restos de conchas de *Diplodón* sp. y adornos usando esta materia prima. Posiblemente bienes de este tipo fueron fuertemente valorados por el Estado incaico para desarrollar su economía política y reforzar las distintas posiciones sociales y los vínculos con el *Tawantinsuyu*. Bienes que probablemente fueron distribuidos en el marco de actos de alto simbolismo o que fueron empleados durante instancias rituales. El hallazgo en el sitio de un ejemplar de *Homalopoma cunninghami* no deja de ser controversial, puesto que implicaría contactos durante el periodo de ocupación Inca entre la zona central de Chile y regiones más australes que tradicionalmente se encuentran lejos de los alcances efectivos reconocidos del imperio Inca por el sur. Mantenemos una nota de cautela respecto de este hallazgo, dejando para investigaciones posteriores la discusión sobre posibles contactos con zonas australes del país durante el periodo Inca. En términos generales, es posible apreciar en el sitio TOA un gran flujo y circulación de recursos diversos, tanto de bienes de subsistencia como suntuarios. En un sitio como este, donde se llevan a cabo actividades ligadas al servicio, sería esperable hallar restos asociados a bienes de subsistencia como alimento u objetos que, en general, se relacionan al ámbito culinario. Sin embargo, la presencia de objetos de carácter suntuario en el sitio abre ciertas interrogantes respecto de las razones por las que ingresan al registro. Si este tipo de bienes solo se encuentran en tránsito hacia otros lugares, tendríamos que pensar que su aparición en el depósito ocurre de manera accidental. En tal caso, la presencia en el sitio de estos objetos sugiere que pudo existir un abundante flujo de bienes suntuarios. Otra posibilidad es que se hayan usado en el sitio y, por tanto, se quebraron y descartaron, luego de su uso en actividades de prestigio o instancias rituales.

Posiblemente fueron objetos necesarios para crear un ámbito escénico en que se requiere de un alto simbolismo o donde se agasajan a personajes importantes que circulan por esta ruta. En el caso de los objetos foráneos, como en la cerámica, estos pudieron viajar con algunos personajes como dones o bien transportados para su intercambio como objetos de valor. En un ámbito más amplio, su presencia en el sitio puede deberse a toda una esfera de circulación de bienes suntuarios o rituales que por una u otra razón ingresan al registro arqueológico.

A pesar de poder definir el sitio TOA como un tambo asociado a la red vial, es preciso tomar en cuenta las múltiples otras funciones que debió ejercer. Interpretar el yacimiento solo como una estación de apoyo logístico y de aprovisionamiento de viajeros que hacían uso de la red vial, resulta limitar la amplia gama de funciones o roles que debió cumplir. Es probable que haya ejercido funciones tanto administrativas como religiosas, debiendo ser entendido como un espacio donde las actividades cotidianas estaban cargadas de significado. Nos encontramos frente a un enclave con una compleja red de relaciones en que interactúan distintos aspectos sociales, logísticos, religiosos y simbólicos. Es probable que se hayan manejado distintos tipos de informaciones de tipo imperial, interacciones entre distintas poblaciones, intercambio de ideas y adelantos tecnológicos, además de intercambio de bienes de valor. Se trata de un punto nodal estratégico donde convergen múltiples aspectos sociales, del mismo modo como lo fueron otros tambos importantes a lo largo del *Tawantinsuyu*.

Un aspecto importante de tener presente en el sitio TOA es la ritualidad que debió existir durante la vida diaria. Esto se puede plantear a partir de las evidencias de probables ofrendas dentro de los mismos recintos, que incluyen agujeros con elementos orgánicos depositados en la matriz estéril, en algunos casos con semillas carbonizadas. Por otro lado se registra una porción importante de una vasija fragmentada depositada en el recinto 2 y una ofrenda de una vasija casi completa en las fundaciones de un muro del recinto 3, ambas vasijas depositadas en el estrato estéril. La presencia de vasijas completas en los recintos podría sugerir que fueron depositadas tras abandonos periódicos, relacionados con las temporadas en que no se ocupa el sitio, luego de lo cual

se vuelven a utilizar. Sin embargo, la presencia de estas piezas enterradas en el estrato estéril sería más coherente con actos rituales.

Debemos suponer que el sitio TOA estuvo vinculado de alguna manera en la ejecución del importante ritual de la *Capacocha* en el cerro Aconcagua. Esto si consideramos que el sitio se encuentra en la ruta más apropiada desde los valles centrales de Chile a este importante santuario. Tanto durante este ritual, como durante peregrinaciones a dicho santuario u otra alta cumbre de la zona, este asentamiento pudo acoger a numerosas personas, estando integrado a instancias rituales de eficacia simbólica que dieron legitimidad al Estado incaico.

El sitio debió estar organizado de acuerdo a distintas áreas de actividad, o recintos que cumplieron distintas funciones. Esto lo suponemos a partir de la manifiesta complejidad y heterogeneidad respecto de la disposición y características de las estructuras del sitio. El estudio solo de tres recintos limita las interpretaciones funcionales que podamos elaborar sobre este asentamiento. A pesar de esto, hemos podido notar algunas diferencias entre los tres recinto estudiados que pueden sugerir ciertos énfasis funcionales para cada uno. En primer lugar podemos ver que los recintos 1 y 2 presentan dimensiones más restringidas y presentan abundante evidencia de combustión, lo que podría indicar que son espacios menos aptos para albergar a personas durante la noche, en cambio pudieron ser lugares donde se preparaban alimentos y se consumían durante el día. El recinto 2 presenta una mayor cantidad de vasijas con evidencia de exposición al fuego, que pudieron ser usadas para cocinar, sumado a una gran cantidad de *chuas*. Esto se relaciona, probablemente, a la preparación de alimentos y el uso de estos platos incaicos para el servicio individual. Es interesante notar que en este último recinto existen piedras planas adosadas al muro E que pudieron ser usadas como asiento durante el acto de comer. Este recinto, además, concentra alrededor de la mitad de los restos óseos de camélido, lo que señala un mayor manejo o consumo de este recurso. El recinto 1, a parte de ser un espacio para la preparación de alimentos, pudo ser lugar donde se almacenaban. Esto se presume a partir de la presencia de restos de dos vasijas grandes, usadas probablemente para este fin. El recinto 3 por su parte presenta

mayores dimensiones, lo que facilitaría el albergue de un mayor número de personas durante la noche. La menor presencia de restos de combustión y escasos huesos con termoalteración, podría indicar que la actividad de cocina fue limitada o esporádica, o bien solo se efectuó combustión para generar mayor abrigo dentro del recinto. En este recinto se registra una alta proporción de aríbalos, lo que puede indicar un mayor consumo de chicha o que se almacenaba en el lugar. En términos generales, la materialidad exhibida por estos tres recintos indica un gran consumo de alimentos, así como el uso de implementos de almacenaje y servicio, lo que sería coherente con la función de tambo asignada al sitio. A pesar de esto nos llama la atención la baja proporción de vasijas con una función asignada que se relacione a la cocción de alimentos. Precisamente son las vasijas que se exponen al fuego las que se fracturan más frecuentemente y por tanto debieran descartarse en mayor cantidad. La alta densidad de restos de alimentos carbonizados es contradictorio con la baja proporción de piezas asociadas a su preparación. Es posible que este tipo de vasijas hayan recibido un tratamiento diferencial luego de romperse. Por el momento no tenemos una respuesta clara al respecto.

Los depósitos excavados en el sitio demostraron una gran estabilidad y buena conservación. Fue posible registrar una estratigrafía que exhibe distintos eventos ocupacionales que se han mantenido con poca alteración. A su vez, los materiales culturales, en general, presentan buen estado de integridad, como en el caso de las piezas líticas que presentan una alta proporción de piezas completas y los restos óseos de animal, con una ausencia casi completa de evidencias de meteorización. Todo esto indica que el sitio fue poco intervenido luego de finalizada su ocupación. Es muy probable que el sitio haya quedado rápidamente en desuso luego de la caída del imperio Inca, ya que también colapsó el sistema de abastecimiento de los enclaves controlados por el Estado. Especialmente, considerando que este asentamiento se encuentra alejado de centros poblacionales, y que su función principal fue la de mantener integrado los territorios anexados al *Tawantinsuyu*. La ausencia de evidencias culturales de periodos posteriores a la ocupación Inca, alude al término del uso de este asentamiento tras la

caída del imperio. Los sedimentos arrastrados por el agua y el viento cordillerano se encargaron de tapar lentamente el sitio. Por el momento no se ha descubierto fuentes documentales que hagan referencia a este asentamiento en épocas históricas, lo que sugiere que pasó en gran medida desapercibido hasta la actualidad.

CAPÍTULO VIII

CONSIDERACIONES FINALES Y PROYECCIONES

Todas las evidencias que se han recopilado en el sitio TOA apuntan a que correspondió a un tambo asociado a la vialidad incaica, cuya función principal fue prestar apoyo a viajeros que hacían uso de una importante ruta que conectaba el valle de Uspallata en la vertiente oriental, con el valle del Aconcagua (y Chile Central) en la vertiente occidental. Los depósitos excavados, junto a la alta densidad de materiales recobrados, son evidencia de una abundante actividad humana, demostrando que cumplió un papel efectivo y concreto como parte de la infraestructura que el Inca instaura en la región sur del *Tawantinsuyu*.

Dentro del ámbito de la investigación arqueológica en Chile Central, este sitio guarda especial importancia como exponente material del sistema de tambos y caminos que el Inca estableció en la zona. Otro aspecto de gran importancia es el hecho de ser un sitio monocomponente del periodo Inca e instalado en la cordillera, y que su presencia en ese lugar solo se justifica por medio de los intereses del Estado. Este factor permite estudiar a este sitio como un objeto de estudio relativamente aislado como representante de la administración incaica en la zona. El conjunto de evidencias del sitio puede ser visto como la manifestación material de las particularidades con que se hace presente el Inca en Chile Central, considerando obviamente el ámbito funcional que se asigna al sitio.

Se registran claros indicadores sobre la conexión efectiva existente entre el sitio TOA y los tambos de la vertiente oriental en la provincia de Mendoza. Esto refuerza los antecedentes de esta ruta incaica conocida históricamente, y da cuenta del flujo de personas y recursos a través de estos asentamientos. El sitio TOA, además, muestra un claro acceso a recursos de las zonas cultivables del valle (con mayor probabilidad de los valles de la vertiente occidental) y de la costa del pacífico. Incluso, se registra restos de un gastrópodo que podría sugerir contactos con la zona sur de Chile, tema que será dejado para profundizar a través de futuras investigaciones. Podemos estar seguros que

este sitio fue un asentamiento plenamente integrado al sistema administrativo y económico de la región sur del imperio. Probablemente estuvo integrado en el ámbito de la circulación de bienes de prestigio, de objetos que fueron transportados a través del sitio, que fueron altamente valorados, y que ayudaban a reforzar la jerarquía y el rol social de grupos o personas. Nos referimos a objetos como adornos de conchas de moluscos, o de cerámica foránea a la zona central de Chile.

La alta presencia de símbolos vinculados al Estado incaico a través de la cerámica, ayuda a comprender la intencionalidad que ejerció esta entidad por reforzar y legitimar su presencia en los asentamientos relacionados a los intereses del imperio. Si consideramos a la cerámica de estilo Inca como bienes valorados por su vínculo con el nuevo orden establecido, podemos decir que el sitio TOA representó un lugar de alta importancia en este sentido, sobre todo considerando que dicha cerámica se usó dentro del contexto doméstico del sitio. Este asentamiento se transforma en una especie de escenario donde quienes habitan o utilizan de este espacio se envuelven de los símbolos incaicos. Se emplean utensilios con estos símbolos para ejercer la hospitalidad, que a su vez, refuerza los lazos de reciprocidad entre el Estado y el sujeto hospedado como espectador de la ostentación que demuestra el nuevo orden. El ejercicio del control político e ideológico que ejerce el Estado en este ámbito doméstico, seguramente estuvo integrado a actos rituales que involucran nuevas claves para entender el mundo y que justificaban la superioridad del *Tawantinsuyu*, y que además, legitimaba sus propios intereses.

La presencia de otros componentes estilísticos como aquellos de la cultura Diaguita, son un reflejo de la situación general de la región, donde dicha cultura cobra especial importancia y jerarquía, posiblemente como población que se integra a esta zona como *mitimaes* o colonos traídos por el Inca. La cerámica con influencia de estilos Aconcagua, demuestra que la cultura local no se encontraba aislada de la administración ejercida por el nuevo orden, y posiblemente refleja una interrelación en diversos ámbitos sociales.

Las evidencias del sitio TOA que presentamos hasta el momento, constituyen una muestra representativa de la ocupación desplegada en este asentamiento, junto con los alcances que tuvo respecto de la integración en diversos ámbitos manejados por el Estado incaico, y de vínculos con otros territorios y personas. La materialidad estudiada proviene de una fracción pequeña del resto del espacio del sitio. Se trata de un sitio con una extensión considerable, con distintos sectores y con numerosos recintos. Futuras investigaciones de esta materialidad permitirán ir develando la complejidad del funcionamiento interno que ejerció este enclave, sumado al aporte de evidencias que complementa el conocimiento del modo de vida de las poblaciones de este periodo y territorio. El estudio de otros asentamientos de esta ruta cordillerana permitirá precisar el conocimiento sobre su funcionamiento y de la forma en que se organizaron para asegurar el flujo de objetos, recursos, personas e ideas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Adán, L.

1996 *Arqueología de lo Cotidiano. Sobre Diversidad Funcional y Uso del Espacio en el Pukara de Turi*. Memoria para optar al título de Arqueólogo, Departamento de Antropología. Universidad de Chile, Santiago.

Aparicio, F.

1940 Ranchillos, tambo incaico en el camino a Chile. *Anales del Instituto de Etnografía Americana*. Tomo I:245-253. Mendoza.

Babot, M. P.

2004 *Tecnología y Utilización de Artefactos de Molienda en el Noroeste Prehispánico*. Tesis de Doctorado en Arqueología, Facultad de Ciencias Naturales, Instituto Miguel Lillo. Universidad Nacional de Tucumán. San Miguel de Tucumán.

Bárcena, R.

1977 Informe sobre recientes investigaciones arqueológica en el NO de la Provincia de Mendoza - Argentina. *Actas del VII Congreso de Arqueología Chilena*, II Tomo, pp. 661-692. Santiago de Chile.

1988 Investigación de la dominación incaica en Mendoza. El Tambo de Tambillos, la vialidad anexa y los altos cerros cercanos. *Espacio, Tiempo y Forma; Revista de la Facultad de Geografía e Historia*, Serie I, Prehistoria I:397-426. Madrid.

1993-98 El Tambo Real de Ranchillos. Mendoza, Argentina. *CRICYT 1998. Xama*. Vol.6, N°11:1-52. Mendoza.

Bárcena, R. y A, Román.

1990 Funcionalidad Diferencial de las Estructuras del Tambo de Tambillos. *Anales de Arqueología y Etnología* Tomo 41/42:7-81.

Bate, F.

1971 Material lítico: metodología de clasificación. *Noticiario Mensual del Museo Nacional de Historia Natural* 181-182:3-24.

Baudet, D.

2002 Análisis cerámico sitio Las Tinajas de Quilicura. Manuscrito en posesión de la autora.

Becker, C.

2005 El Inka en el Choapa. Informe 2005 Proyecto Fondecyt 1040154. Manuscrito en posesión del autor.

Behrensmeyer, A. K.

1978 Taphonomic and ecologic information from bone weathering. *Paleobiology* 4:150-162.

1982 Time resolution in fluvial vertebrate assemblages. *Paleobiology* 8:211-228.

Behrensmeyer, A. K.; K. D. Gordon y G. T. Yanagi.

1986 Trampling as a cause of bone surface damage and pseudocutmarks. *Nature* 319:768-771.

Belmar, C. y L. Quiroz

1999 Informe de flotación del sitio el manzano 2, Fondecyt 1980713. Manuscritos en posesión de las autoras.

2000 Informe arqueobotánico: sitios Césped 3 y Parcela Alejandro Mánquez. Proyecto Fondecyt N°1980248. Manuscrito en posesión de las autoras.

2003 Informe arqueobotánico: sitio Loma El Arenal. Proyecto Fondecyt N° 1000039. Manuscrito en posesión de las autoras.

2006 Recursos vegetales de un asentamiento Inka en territorio Diaguita. Sitio Loma Los Brujos, Valle Illapel IV Región. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso* 25:79-97.

Benavente, M.A., L. Adaro, P. Gecele y C. Cunazza

1993 Contribución a la determinación de especies animales en arqueología: Familia Camelidae y Taruca del Norte. Universidad de Chile, Vicerrectoría Académica y Estudiantil, Departamento Técnico de Investigación, Santiago

Binford, L.

1981 *Bones: Ancient men and modern myths*. Academic Press. New York.

Borrero, L. y A., F. Martín.

1996 Tafonomía de carnívoros: un enfoque regional. En *Arqueología Solo Patagonia*. Segundas Jornadas de Arqueología de la Patagonia. Editado por Julieta Gómez Otero, pp. 189-198. Centro Nacional Patagónico, Puerto Madryn.

Bravo, M.C.

1991 Creencias y Ritos Incaicos. En *Los Incas y el Antiguo Perú: 3000 años de Historia*, editado por Sociedad Estatal Quinto Centenario, pp. 422-433. Lunweg. Barcelona.

Bray, T.

2003 Inka pottery as culinary equipment: food, feasting and gender in imperial state design. *Latin American Antiquity* 14 (1):3-28.

Cabeza, Á. y P. Tudela

1987 Estudio de la cerámica del santuario Inca Cerro Peladeros, Cajón del Maipo, Chile Central. *Clava*. Nº 3:112-119.

Calderari, M.

1991 Estilos cerámicos incaicos de La Paya. En *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Vol. II, pp. 151-163. Museo de Historia Natural. Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago.

Calderari, M. y V. Williams

1991 Reevaluación de los estilos cerámicos incaicos en el Noroeste Argentino. El imperio Inka, actualización y perspectivas por registros arqueológicos y etnohistóricos. *Comechingonia* Vol. II, pp. 75-95.

Cantarutti, G.

2002 *Estadio Fiscal de Ovalle: Redescubrimiento de un sitio Diaguita-Inca en el Valle de Limarí*. Memoria para optar al título de Arqueólogo. Departamento de Antropología. Universidad de Chile. Santiago.

Cantarutti, G. y R. Mera

2002 Alfarería del cementerio estación Matucana: ensayo de clasificación y relaciones con la cerámica del período Inca de Chile Central y áreas vecinas. *Werkén* N° 3, pp. 147-170.

Cárdenas, J., C. Aldea y C. Valdovinos

2008 Chilean Marine Mollusca of Northern Patagonia Collected During the Cimar-10 Fjords Cruise. *Gayana* 72(1), pp. 31-67.

Cartajena, M.I.

2002 *Los Conjuntos Arqueofaunísticos del Arcaico Temprano en la Puna De Atacama, Norte de Chile*. Tesis Doctoral, Universidad de Berlín, Alemania.

Castro, V.

2004 Riqueza y complejidad del Qhapaq Ñan. Su identificación y puesta en valor. En: *Tejiendo los Lazos de un Legado. Qhapaq Ñan: Camino Principal Andino. Hacia la Nominación de un Patrimonio Común, Rico y Diverso, de Valor Universal*. UNESCO en Perú. El Comercio, Lima.

Castro S. y M. Muñoz

2006 Flora exótica. Compuestas naturalizadas en Chile: importancia de la flora exótica como agente del cambio biótico. *Chagual* 4.

Correa, I., F. Bahamondes, M. Uribe y C. Solevicens

2008 Contextos Alfareros de interacción social: las vasijas completas del cementerio Inca de Quinta Normal. *Revista Chile de Antropología*, en prensa.

Cornejo, L

1989 El plato zoomorfo diaguita. Su variabilidad y especificidad. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 3:47-80.

2001a Alfarería y Política. En *Tras la Huella del Inca en Chile*. Editado por C. Aldunate y L. Cornejo, pp. 114-121. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.

2001b Los Inka y sus aliados Diaguita en el extremo austral del Tawantinsuyu. En *Tras la Huella del Inca en Chile*. Editado por C. Aldunate y L. Cornejo, pp 74-89. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.

Cornejo, L., M. Saavedra, H. Vera.

2007 Nuevos registros de asentamiento Inca en la Cordillera Andina de Chile Central. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 39:7-17.

Cornely, F

1962 *El arte decorativo pre-incaico de los indios de Atacama y Coquimbo (Diaguitas Chilenos)*. Ilustre Municipalidad de La Serena.

Coros, C y C. Coros.

1999 El Camino del Inca en la cordillera de aconcagua. *El Chaski*. N° 1 Vol. 1:5-69.

2001 El fuerte de Michimalongo y la batalla contra Pedro de Valdivia. *El Chaski* N° 3, Vol. 1:3-35.

Costin, C. y T. Earle

1989 Status distinction and legitimation of power as reflected in changing patterns consumption in Late Prehispanic Perú. *American Antiquity* 54 (4):691-714.

Costin, C. y M. Hagstrum

1995 Standardization, labor investment, skill and the organization of ceramic production in late prehistoric highland Peru. *American Antiquity* 60:619-639.

Covey, R. A.

2000 Inka administration of the far south coast of Peru. *Latin American Antiquity* 11:119-138.

D'Altroy, T.

2003 *Los Incas*. Ariel, Barcelona.

D'Altroy, T. N. y R. Bishop

1990 The Provincial Organization of Inka Ceramic Production. *American Antiquity* 55:120-138.

D'Altroy, T. y C. Hastorf

1992 The Architecture and Contents of Inka State Storehouses in the Xauxa region of Peru. En *Inka Storage Systems*, editado por Terry Y. LeVine, Pp. 259-286. University of Oklahoma Press, Norman.

D'Altroy, T., A.M. Lorandi y V. Williams

1994 Producción y uso de cerámica en la economía política Inca. En *Tecnología y organización de la producción de cerámica prehispánica en los Andes*. Editado por I. Shimada, Pp. 395-441. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.

De Souza, P.

2003 *Tecnología lítica y sistemas de asentamiento de los cazadores recolectores del Arcaico Temprano y Medio en la cuenca superior del río Loa*. Memoria para optar al título de arqueólogo. Departamento de Antropología. Universidad de Chile.

Dell, R. K.

1971 The marine Mollusca of the Royal Society Expedition to southern Chile, 1958-1959. *Records of the Dominion Museum*. 7(17):155-233.

DeMarrais, E., L.J. Catillo y T. Earle

1996 Ideology, Materialization and Power Strategies. *Current Anthropology* 37:15-31.

Durán, E y C. Coros

1991 Un hallazgo incaico en el curso superior del Río Aconcagua. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*. 42:169-180.

Duviols, P.

1976 La capacocha: mecanismo y función del sacrificio humano, su proyección, su papel en la política integracionista, y en la economía redistributiva del tawantinsuyu. *Allpanchis* 9:11-58.

Earle, T.

1994 Wealth Finance in the Inka Empire: Evidence from the Calchaqui Valley, Argentina. *American Antiquity* 59(3):443-460.

Elkin, D.

1995 Volume density of South America camelid skeletal parts. *International Journal of Osteoarchaeology* 5:29-37.

Fernández Baca, J.

1971 *Motivos de la Ornamentación de la Cerámica Inca del Cuzco*. Tomo I y II. Librería Studium. Lima.

Gajardo R

1994 *La Vegetación Natural de Chile: Clasificación y Distribución Geográfica*. Colección Imagen De Chile. Edición Universitaria. Santiago.

Garceau, C.

2005 Informe Tramo Binacional Chile-Argentina: V Región de Valparaíso. Tramo piloto para expediente UNESCO, Declaratoria Patrimonio de la Humanidad del *Qhapac Ñan*. Consejo de Monumentos Nacionales. Manuscrito en posesión del autor.

Garceau, C. V, McRostie. R, Labarca. F, Rivera y R, Stehberg.

2006 Investigación arqueológica en el sitio Tambo Ojos de Agua. Cordillera del Aconcagua. Ponencia presentada en el *XVII Congreso Chileno de Arqueología*. Valdivia.

González, C.

2000 Comentarios arqueológicos sobre la problemática Inca en Chile Central (primera parte). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*. 29:39-50.

2002 *Reevaluación arqueológica del complejo arquitectónico Inca del cerro Mercacha*. Diseño de práctica profesional. Universidad de Chile, Santiago.

González, C. y A. Rodríguez

1993 Análisis de las prácticas funerarias incaicas de Chile Central. Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena. *Boletín del Museo Regional de la Araucanía*. N° 4 Tomo II, Temuco.

González, P.

1995 *Diseños Cerámicos Diaguita-Inka: Estructura, Simbolismo, Color y Relaciones Culturales*. Tesis para optar al título de Arqueóloga. Departamento de Antropología. Universidad de Chile. Santiago.

2001 Estrategias Incas de interacción diferencial: Incas y Diaguitas en el valle de Illapel. Ponencia presentada en *XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Rosario.

2004a Arte visual, espacio y poder: manejo incaico de la iconografía cerámica en distintos asentamiento de la fase Diaguita-Inca en el valle de Illapel. *Chungara*. Vol. 36, N° 2:375-392.

2004b Características tecnológicas y estilísticas de la alfarería Diaguita, Diaguita-Inca e Inca durante el período de presencia del Tawantinsuyo en la cuenca del río Choapa. Informe proyecto Fondecyt 1040154. Año 2004. Manuscrito en posesión de la autora.

2008 Mediating opposition: on redefining Diaguita visual codes and their social role during the Inca period. En *Lenguajes Visuales de los Incas*. Editado por P. González y T. Bray, pp. 9-34. British Archaeological Reports. London.

Guardia Mayorga, C.

1980 *Diccionario Quechua-Castellana*. Ediciones Populares Los Andes. 6ª edición. Lima. Perú.

Hayashida, F.

1999 Style, Technology and State Production: Inka Pottery Manufacture in the Leche Valley. *Latin American Antiquity* 10:337-352.

Haynes, G.

1983a Frequencies of spiral and greenbone fractures on ungulate limb bones in modern surface assemblages. *American Antiquity* 48:102-114.

1983b A guide for differentiating mammalian carnivore taxa responsible for gnaw damage to herbivore limb bones. *Paleobiology* 9:164-172.

Hermosilla, N., C. González y D. Baudet

2002-2005 Sitio Peldehue: rescate de un contexto funerario Inka en un sitio habitacional Aconcagua. *Xama*. Nº 15-18:263-278.

Hodder, I.

1982 *Symbols in action: Ethnoarchaeological Studies of Material Culture*. Cambridge University Press, Cambridge.

Hoffman, A.

1995. *Flora Silvestre de Chile Central: Zona Central*. Tercera Edición, Ediciones Fundación Claudio Gay, Santiago.

Hoffman, A., M.A. Kalin Arroyo, F. Liberona, M. Muñoz, J. Watson.

1997 *Plantas Altoandinas en la flora Silvestre de Chile*. Ediciones Fundación Claudio Gay, Santiago.

Hyslop, J.

1984 *The Inka Road System*. Academic Press, Orlando.

1992 [1984] *Qhapaqñan: El Sistema Vial Inkaico*. Traducido por E. Arias. Instituto Andino de Estudios Arqueológicos. Lima.

Johnson, E.

1989 Human modified bones from early southern Plains Sites. *Bone modifications*, pp. 431-471. University of Maine center for the study of the firsts americans. Orono.

Kendall, A.

1976 Descripción e Inventario de las Formas Arquitectónicas Inca. *Revista del Museo Nacional* 42:13-96.

King, P. P. y W. J. Broderip.

1832 Description of the Cirripedia, Conchifera and Mollusca in a collection formed by the officers of HMS 59. Adventure and Beagle employed between the years 1826 and 1830 in surveying the southern coast of South America including the Strait of Magellan and the coast of Tierra del Fuego. *Zoological Journal*. 5:332-349.

Korstanje, A.

2005 *La Organización del Trabajo en Torno a la Producción de Alimentos en Sociedades Agropastoriles Formativas (Provincia de Catamarca, República de Argentina)*. Tesis doctoral, Universidad del Tucumán, Argentina.

Korstanje, A. y M. P. Babot

2006 Microfósiles: Métodos de Estudio y Problemáticas en Arqueología. Con especial énfasis en Fitolitos y Granos de Almidón. Curso realizado en el Laboratorio de Paleobotánica, Instituto de Arqueología y Museo Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.

Lennstrom, H. y C. Hastorf

1992 Stores and homes: a botanical comparison of Inka storehouses and contemporary ethnic houses. *Inka Storage Systems*, editado por T. LeVine, pp: 287-326. University of Oklahoma Press, Norman.

León, L.

1983 Expansión Inca y resistencia indígena en Chile: 1470-1536. *Chungara* 10:108-115. Santiago

1989 *Pukaras Incas y Fortalezas Indígenas en Chile, 1470-1560*. Institute of Latin American Studies, University of London.

Lorandi, A M.

1983 Olleros del Inca en Catamarca, Argentina. *Gaceta Arqueológica Andina* 2:6-7.

1984 Soñocamayoc: los olleros del Inca en los centros manufactureros del Tucumán. *Revista del Museo de La Plata* Tomo 7 (62):303-327.

Lyman, R. L.

1994 *Vertebrate Taphonomy*. Cambridge University Press. Cambridge.

Madrid, J.

1965 Informe de excavación de un cementerio de túmulos en la hacienda de Bellavista (San Felipe) y descripción de un aprendizaje arqueológico adquirido en la misma. *Boletín de la Sociedad Arqueológica de Santiago* 3:25-39.

1980 El área Andina Meridional y el proceso agroalfarero en Chile Central. *Revista Chilena de Antropología*. 3:25-39.

Mamani, M.

2002 *Diccionario práctico bilingüe Aymara-Castellano, zona norte de Chile*. Emelnor ediciones. Antofagasta. Chile.

Mengoni, G. L.

1988 El estudio de huellas en arqueofauna. Una vía para reconstruir situaciones interactivas en contextos arqueológicos: aspectos teóricos-metodológicos y técnicas de análisis. En *De procesos contextos y otros huesos*, Seminario de Actualización en Arqueología, pp. 17-27. Universidad de Buenos Aires.

1999 *Cazadores de Guanacos de la Estepa Patagónica*. Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires.

Meyers, A.

1975 Algunos problemas en la clasificación del estilo incaico. *Pumapunku* 8:7-25.

Miotti, L., M. Vázquez y D. Hermo.

1999 Piedra Museo, un yamnagoo pleistocénico de los colonizadores de la meseta de Santa Cruz. El estudio de la arqueofauna. *Actas de las III Jornadas de Arqueología de la Patagonia, Neuquén-Buenos Aires*, pp. 113-136. Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Comahe. Bariloche.

Moreno, C., Rubilar, P.S., Marschoff, E. y Benzaquen, L.

1996 Factors affecting the incidental mortality of seabirds in the *Dissostichus eleginoides* fishery in the southwest Atlantic (Subarea 48.3, 1995 season). *CCAMLR Science* 3:79-91.

Morris, C.

1982 The infraestructure of Inka control in the peruvian central highland. *The Inka and Aztec States, 1400-1800: Antropology and History*. Editado por G. Collier, R. Rosaldo y J. Wirth, pp. 153-171. Academic Press, NewYork.

1991 Signs of division, symbols of unity: Art in the Inka empire. En *Circa 1492: Art in the age of Exploration*, editado por J. Levenson, pp. 521-528. National Gallery of Art, Washington D.C.

1992 The technology of highland Inka food storage. En *Inka Storage Systems*, editado por T. LeVine, pp. 237-258. University of Oklahoma Press, Norman, USA.

Morris, C. y D. Thompson

1985 *Huánuco Pampa: An Inca City and its Hinterland*. Thames and Hudson, London.

Mostny, G.

1947 Un cementerio incásico en Chile Central. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 23:17-41.

1957 La momia del cerro El Plomo. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*. Tomo 27:3-118.

Niemeyer, H.

1970 El yacimiento arqueológico de Huana. *Boletín de Prehistoria de Chile* 2-3:2-65. Departamento de Historia. Universidad de Chile.

Niemeyer, H. y M. Ribera

1983 El camino del Inca en el Despoblado de Atacama. *Separata del Boletín N° 9 de Prehistoria de Chile del Departamento de Ciencias Sociológicas y Antropológicas de la Universidad de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago.

Orton, C., P. Tyers y A. Vince

1993 *Pottery in Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.

Pacheco, V.

1987 *The osteology of South American camelids*. *Archaeological Research Tools*. Cotsen Institute of Archaeology, Los Ángeles.

Pardo, O. y J. L. Pizarro

2005 *Especies botánicas consumidas por los Chilenos Prehispánicos*. Colección Chile Precolombino. Mare Nostrum, Santiago.

Pärssinen, M.

2003 *Tawantinsuyu el Estado Inca y sus Organización Política*. IFEA Instituto Francés de Estudios Andinos, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Pärssinen, M. y A. Siiriäinen

1997 Inka-style ceramics and their chronological relationship to the Inka expansion in the southern lake Titicaca area (Bolivia). *Latin American Antiquity* 8:255-271.

Pearsall, D.

2000 *Paleoethnobotany. A Handbook of Procedures*. Segunda edición. Academia Press, London.

Pease, F.

1982 *El Pensamiento Mítico: Antología*. Mosca Azul Editores. Perú

1991 El sistema económico de los Incas. *Los Incas y el Antiguo Perú: 3000 años de Historia*, editado por Sociedad Estatal Quinto Centenario, pp. 410-421. Lunweg. Barcelona.

Planella M. T.; R, Stehberg; B, Tagle; H, Niemeyer; y C, del Río

1993 La fortaleza indígena del cerro Grande de la Compañía (Valle del Cachapoal) y su relación con el proceso expansivo meridional Incaico, *Boletín del Museo Regional de la Araucanía*, N° 4, Tomo 1:403-421.

Planella M. T. y R. Stehberg

1997 Intervención Inka en un territorio de la cultura local Aconcagua de la zona Centro-Sur de Chile. *Tawantinsuyu* 3:58-78.

Powell, A.

1951 Antarctic and subantarctic mollusca: Pelecypoda and Gastropoda. *Discovery Reports* 26: 47-196.

Raffino, R.

1981 *Los Inkas del Kollasuyu*, Editorial Ramos Americana, Buenos aires, Argentina.

1995 Inka road research and Almagro's route between Argentina and Chile. *Tawantinsuyu* Vol. I:36-45.

Ramírez, J.M.

1990 Rescate de un túmulo del complejo cultural Aconcagua en Los Andes. *Boletín Museo Sociedad Fonck* 27:1-2.

Reid, D. y C. Osorio

2000 The shallow-water marine mollusca of the Estero Elefantes and Laguna San Rafael southern Chile. *Bulletin of the Natural History Museum London (Zool)*. 66(2):109-146.

Rivera, M. y J, Hyslop.

1984 Algunas estrategias para el estudio del Camino del Inca en la región de Santiago, Chile. *Cuadernos de Historia* 4:109-128.

Rodríguez, A.; R, Morales.; C, González.; y D, Jackson.

1993 Cerro la Cruz: un enclave económico administrativo Incaico, curso medio del Aconcagua (Chile Central) *Boletín del Museo Regional de la Araucanía*, Tomo 2, N°4:201-222.

Rossen, J.

1994 Arqueobotánica de Cerro Grande de la Compañía. Presentada en *Segundo Taller de Arqueología de Chile Central*. Santiago.

Rostworowski, M.

1976 Reflexiones sobre la reciprocidad andina. *Revista del Museo Nacional* 42:341-354.

1991 La Sociedad Inca. *Los Incas y el Antiguo Perú: 3000 años de Historia*, editado por Sociedad Estatal Quinto Centenario, pp. 386-393. Lunwerg. Barcelona.

Rusconi, C.

1961-62 *Poblaciones pre y Posthispánicas de Mendoza*. Vol. 1, Etnografía, Ed. Oficial, Mendoza.

Sánchez, R.

2001-2002 Tawantinsuyu Salvaje en el Finis Tέρrea Australis (Chile Centra). *Revista Chilena de Antropología* 16:87-127.

2004 El Tawantinsuyu en el Aconcagua (Chile Central). *Chungara, Revista de Antropología Chilena*. Vol. 36, N° 2:325-336.

Sanguinetti, N.

1975 Construcciones indígenas en el cerro Mercachas (Departamento de Los Andes, provincia de Aconcagua). *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso* Vol. 8:129-139.

Sanhueza, L.

2001 El aríbalo Inca en Chile Central. *Werkén* 2:47-69.

Schobinger, J.

1986 La red de santuarios de alta montaña en el Contisuyu y Collasuyu: Evaluación general problemas interpretativos. *Comochingonia Revista de Antropología Histórica* 4:295-317 (número especial).

Schobinger, J. y R. Bárcena

1971 El tambo incaico de Tambillitos (Prov. De Mendoza-Argentina). *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp. 397-403. Santiago.

Serrano, M.

1976 *Manual de la cerámica indígena*. Tercera edición. Editorial Assandri. Córdoba.

Shanks, M. y C. Tilley

1987 *Re-constructing Archaeology*. Routledge, London and New York.

Shipman, P.

1981 Applications of scanning electron microscopy to taphonomic problems. En *The research potential of anthropological museum collections*, editado por A. M. Cantwell, J. B.. Griffin y N. Rothschild, pp. 357-385. Annals of the New York Academy of Science, New York.

Stehberg, R.

1976 La fortaleza de Chena y su relación con la ocupación incaica de Chile Central. *Publicación Ocasional del Museo Nacional de Historia Natural* 23:3-37.

1995. *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile*. Colección de Antropología. Centro Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Santiago.

Stehberg, R. y G, Sotomayor.

1999 Cabis, guacas-fortalezas y el control incaico del valle de Aconcagua. *Estudios Atacameños* 18:237-248.

Stehberg, R., H. Niemeyer y C. Coros

1999 Investigaciones de la red vial Incaica en el sector de Salto del Soldado (Valle de Aconcagua, Chile Central). *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. La Plata.

Stehberg, R. C, Garceau. R, Labarca y C, Coros.

2004 El Tambo Ojos de Agua en el ramal trasandino incaico Aconcagua-Uspallata. Presentado en *XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Río Cuarto.

Troncoso, A.

2006 Arte rupestre en la cuenca superior del río Aconcagua. Informe año 2. Proyecto Fondecyt 1040153. Manuscrito en posesión del autor.

2007 Arte rupestre en la cuenca superior del río Aconcagua. Informe año 3, Proyecto Fondecyt 1040153. Manuscrito en posesión del autor.

Troncoso, A., D. Pavlovic y R. Sánchez.

2008a Comprendiendo los contextos domésticos del Periodo Intermedio Tardío en el valle de Putaendo: investigaciones en el sitio Casablanca 10. *Clava*. 7:51-72.

Troncoso, A., F. Acuto, R. Sánchez, D. Pavlovic y A. Martínez

2008b El inca en Aconcagua: una aproximación desde la arquitectura y el espacio. Ponencia presentada en *IV Taller de Arqueología del centro chileno y argentino*. Museo Chileno de Arte precolombino. Santiago.

Urbano, H.

1981 *Wiracocha y Aya: Héroes y Funciones en la Sociedad Andina*. Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas". Cuzco.

Uribe, M.

1999-2000 La arqueología del Inca en Chile. *Revista Chilena de Antropología* 15:63-97.

Varela, V., M. Uribe y L. Adán

1993 La cerámica arqueológica del sitio "Pukara" de Turi: 02-Tu-001. Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena. *Boletín del Museo Regional de la Araucanía* Tomo 2, N° 4:107-122.

Vásquez, M.

1994 Contextos cerámicos Incaicos en Chile central. *Actas del 2º Taller de Arqueología de Chile Central*. (Abril 2005). www.arqueología.cl.

Villagrán C., V.Castro, G. Sánchez, M.Romo, C.Latorre, L.F.Hinojosa.

1998 La tradición surandina del desierto: etnobotánica del área del Salar de Atacama (Provincia de El Loa, Región de Antofagasta, Chile). *Estudios Atacameños* 16:7-106.

Von den Driesch, A.

1999 *A Guide to the Measurement of Animal Bones from Archaeological Sites*. Peabody Museum Bulletin 1. Peabody Museum of Archaeology and Ethnology Harvard University.

Washburn, D.

1977 *A Symmetry Analysis of Upper Gila Area Ceramic Design*. Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology. Vol. 68. Cambridge.

Williams, V.

1991 Control estatal incaico en el noroeste de Argentina. Un caso de estudio: Potrero-Chaquiago. *Arqueología* 1:75-103.

Williams, V. y T. D'Altroy

1998 El sur del Tawantinsuyu: un dominio selectivamente intensivo. *Tawantinsuyu* 5:170-178.

Zaffaroni, J. C.

2003 Colecta en Tierra del Fuego. *Comunicaciones de la Sociedad Malacológica del Uruguay* 8:219-222.

**ANEXO 1:
LÁMINAS VASIJAS:**


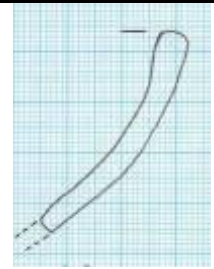

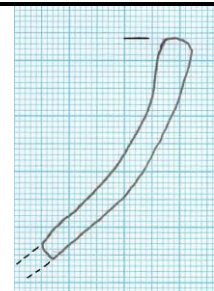



<p>a) Vasija 35:</p> 			<p>Diámetro borde: 18cm-15,5% Pasta: A4 Tipo: Inca Provincial Forma: Chua Fragmentos: 8</p>
<p>b) Vasija 9:</p> 			<p>Diámetro borde: 18cm-28% Pasta: A6 Tipo: Inca Provincial Forma: Chua Fragmentos: 8</p>
<p>c) Vasija 109</p> 		<p>Diámetro borde: 18cm-4% Pasta: A3 Tipo: Inca Provincial Forma: Chua Fragmentos: 1</p>	<p>d)</p> 

Lámina 1: Muestra el patrón zigzag de origen Inca, manifestado en tres chuas del sitio TOA con tres distintas variantes: a) rombo con puntos interior, b) rombos con cruz interior y c) rombos con línea horizontal interior. Abajo en el cuadro d) se muestra una chua de la colección del sitio El Castillo del Museo Arqueológico de Los Andes, similar a la vasija 9.

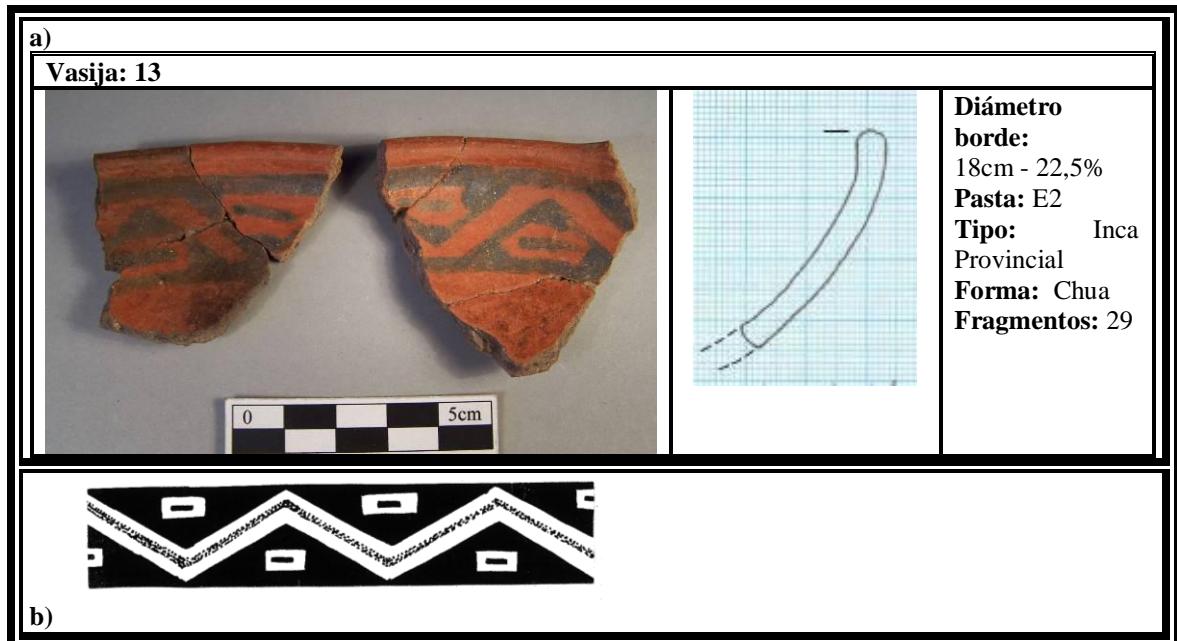


Lámina 2: El cuadro a) muestra fragmentos de una vasija del sitio TOA con el patrón zigzag cuzqueño. Abajo en el cuadro b) se aprecia un motivo similar, correspondiente al patrón “Zigzag Cuzqueño” F2, registrado por González (2001) en la cuenca del Choapal.

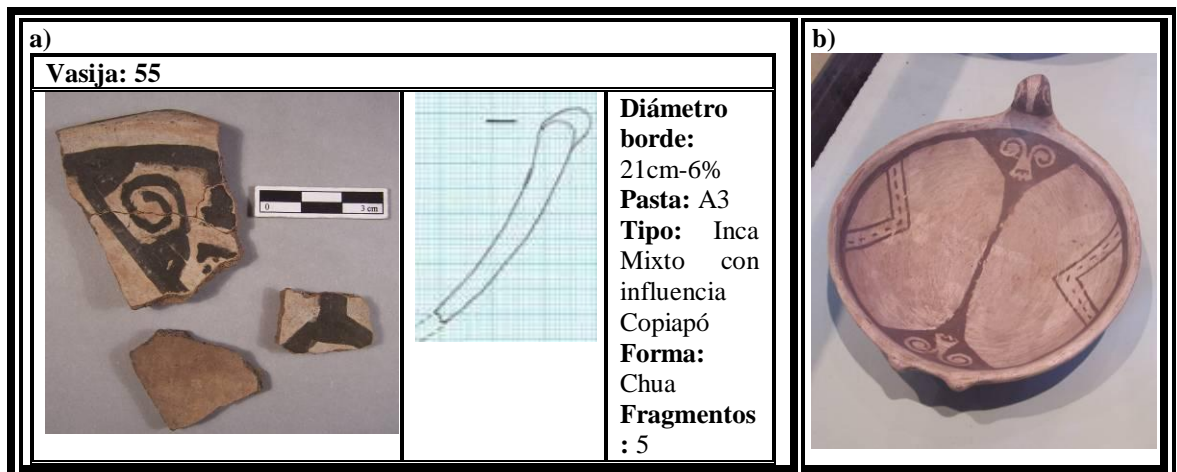


Lámina 3: En el cuadro a) se aprecian fragmentos de una chua con el patrón “Antropomorfo estilizado con ojos de volutas”. En el cuadro b) se muestra un plato ornitomorfo muy similar a la vasija 55, proveniente del sitio El Triunfo (Museo Arqueológico de Los Andes).



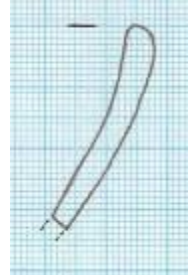

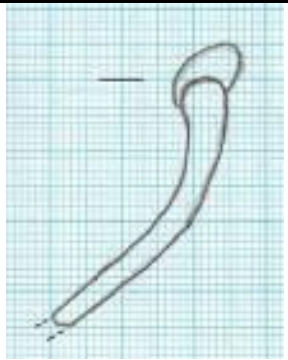

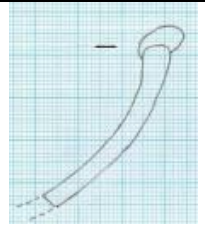

a)			
Vasija: 81			
			Diámetro borde: 19cm-12,5% Pasta: A4 Tipo: Inca Provincial Forma: Chua Fragmentos: 8
b)			
Vasija: 86			
		Diámetro borde: 18cm-14% Pasta: A7 Tipo: Inca Provincial Forma: Chua Fragmentos: 1	
c)		d)	
Vasija: 53			
		Diámetro borde: 18cm-9% Pasta: A3 Tipo: Inca Provincial Forma: Chua Fragmentos: 5	

Lámina 4: Los cuadros a) y b) muestran dos chuas del sitio TOA con el patrón reticulado oblicuo en el interior. En el cuadro c) se exhibe una chua del sitio TOA con línea negra interior bajo el labio. El cuadro d) muestra una chua del sitio El Triunfo de la colección del MNHN con una banda diametral en el interior con reticulado oblicuo, muy similar a la vasija 86.


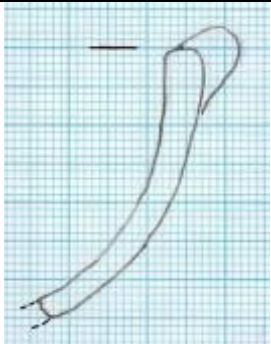

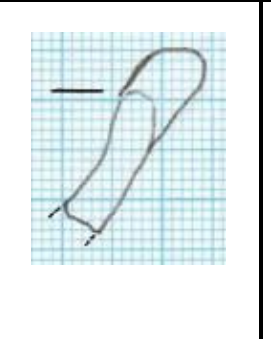

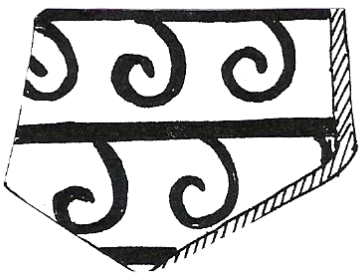
<p>a)</p> <p>Vasija: 201</p> 			<p>Diámetro borde: 18cm-13%</p> <p>Pasta: E2</p> <p>Tipo: Inca Provincial</p> <p>Forma: Chua</p> <p>Fragmentos: 6</p>
<p>b)</p> <p>Vasija: 216</p> 			<p>Diámetro borde: 18cm-13%</p> <p>Pasta: A6</p> <p>Tipo: Inca Provincial</p> <p>Forma: Chua</p> <p>Fragmentos: 13</p>
<p>c)</p> <p>Vasija: 107</p> 		<p>Pasta: A4</p> <p>Tipo: indet.</p> <p>Forma: Abierta indet.</p> <p>Fragmentos: 1</p>	
<p>d)</p> <p>Embrión de la Quinoa</p> 			

Lámina 5: Los cuadros a) y b) muestran dos chuas con volutas en el interior. El cuadro c) exhibe un fragmento de forma abierta con voluta interior asociado a un motivo desconocido. El cuadro d) muestra patrón embrión de quínoa registrado en el sitio Huana (González 2004b).

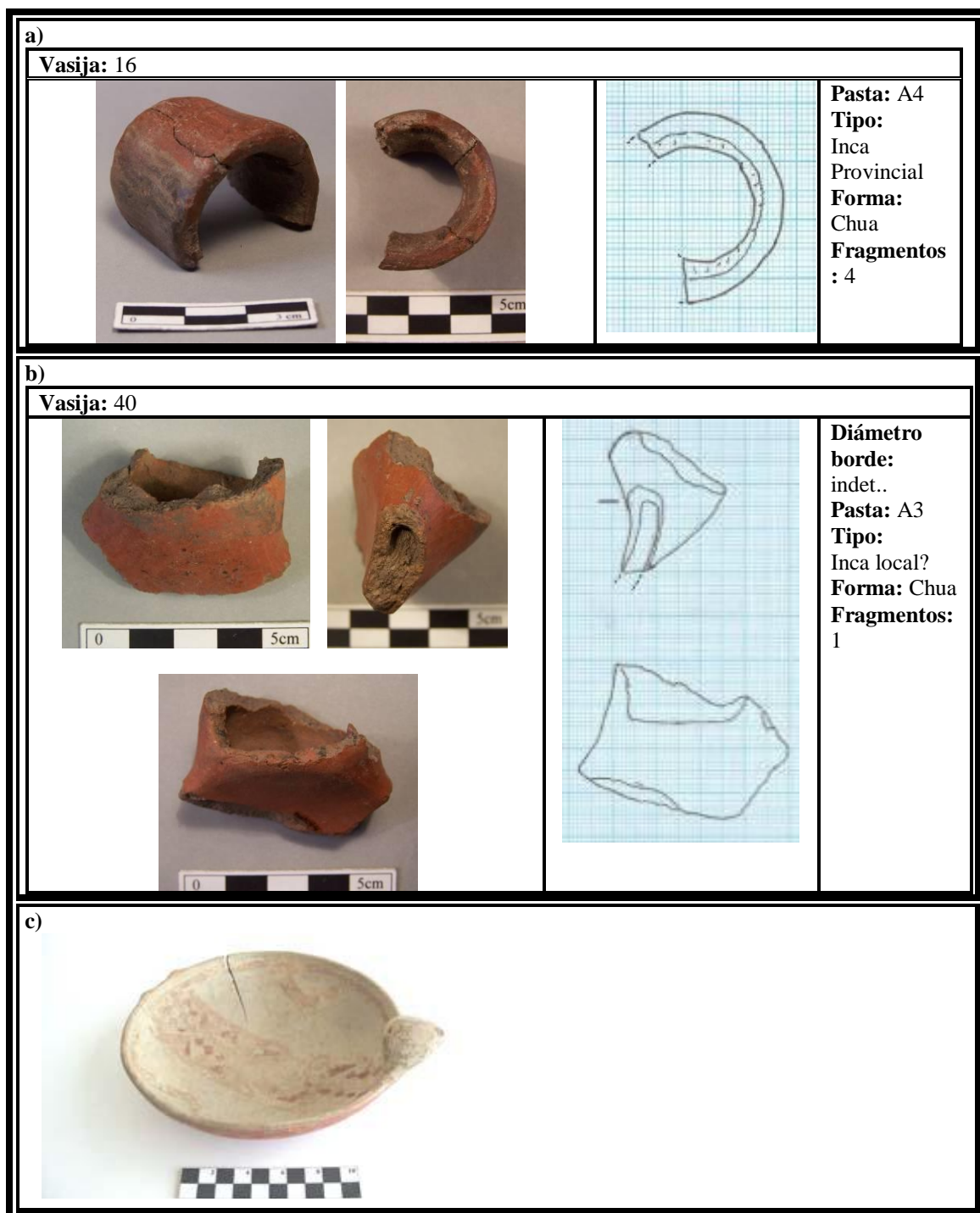


Lámina 6: El cuadro a) exhibe un asa cinta de plato plano (chua) del sitio TOA. El cuadro b) muestra asa de cascabel de plato ornitomorfo del sitio TOA. El cuadro c) exhibe la pieza 6 de la tumba 4 del sitio Estación Quinta Normal, correspondiente a un plato ornitomorfo con un asa de cascabel (Cantarutti y Mera 2002).

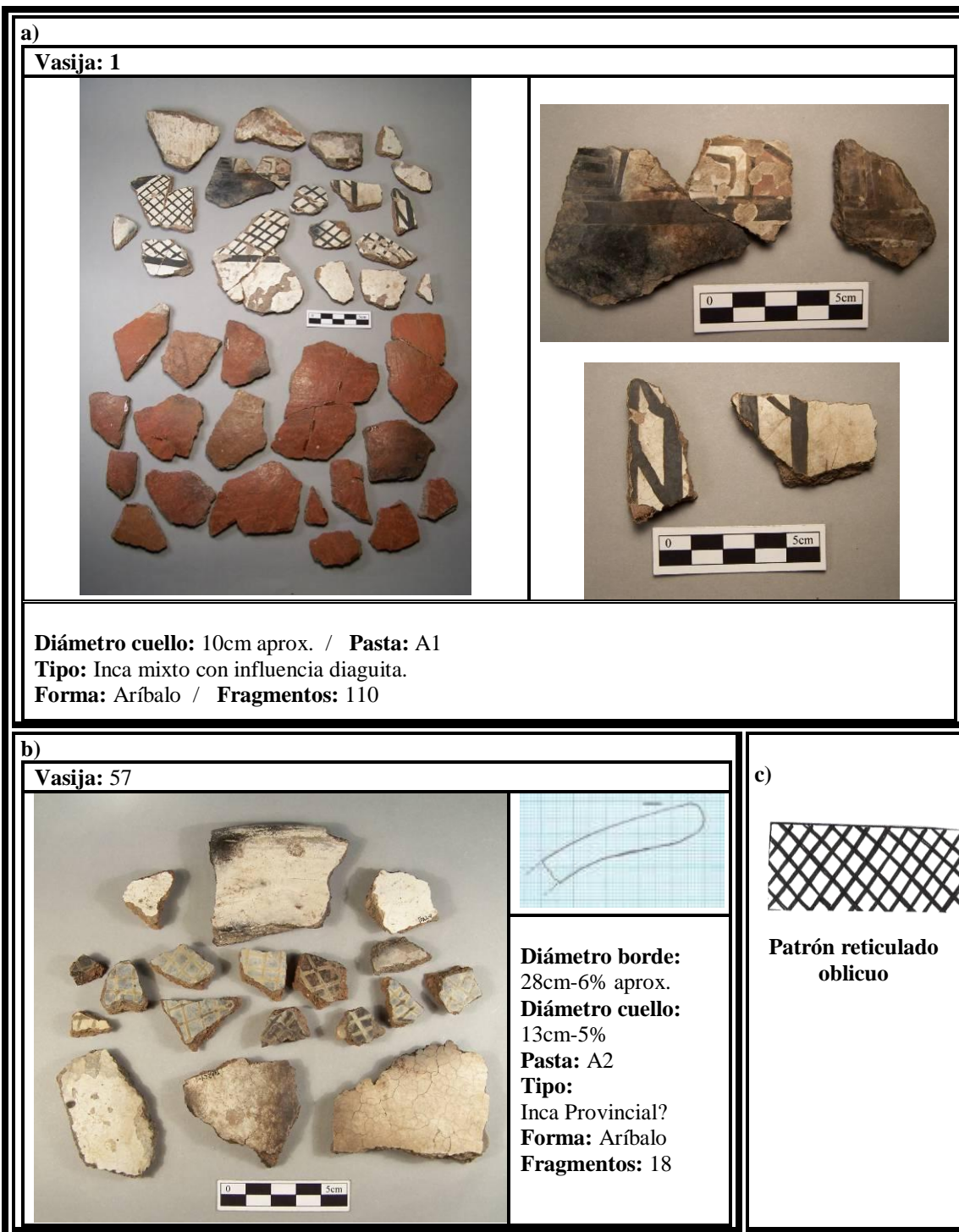


Lámina 7: El cuadro a) muestra aríbalo con decoración compuesta por reticulado oblicuo, zigzag Diaguita y bandas negras con líneas oblicuas paralelas en el interior. El cuadro b) muestra aríbalo con reticulado oblicuo del sitio TOA. El cuadro c) muestra el patrón reticulado oblicuo registrado por González (2008) en cerámica del periodo Inca del Norte Chico.



Lámina 8: El cuadro a) exhibe una porción reconstruida de un arríbalo del sitio TOA con decoración compuesta por el patrón reticulado oblicuo y una banda negra con líneas negras oblicuas paralelas en el interior. El cuadro b) muestra un fragmento de forma restringida del sitio TOA con banda negra con líneas oblicuas paralelas en el interior.

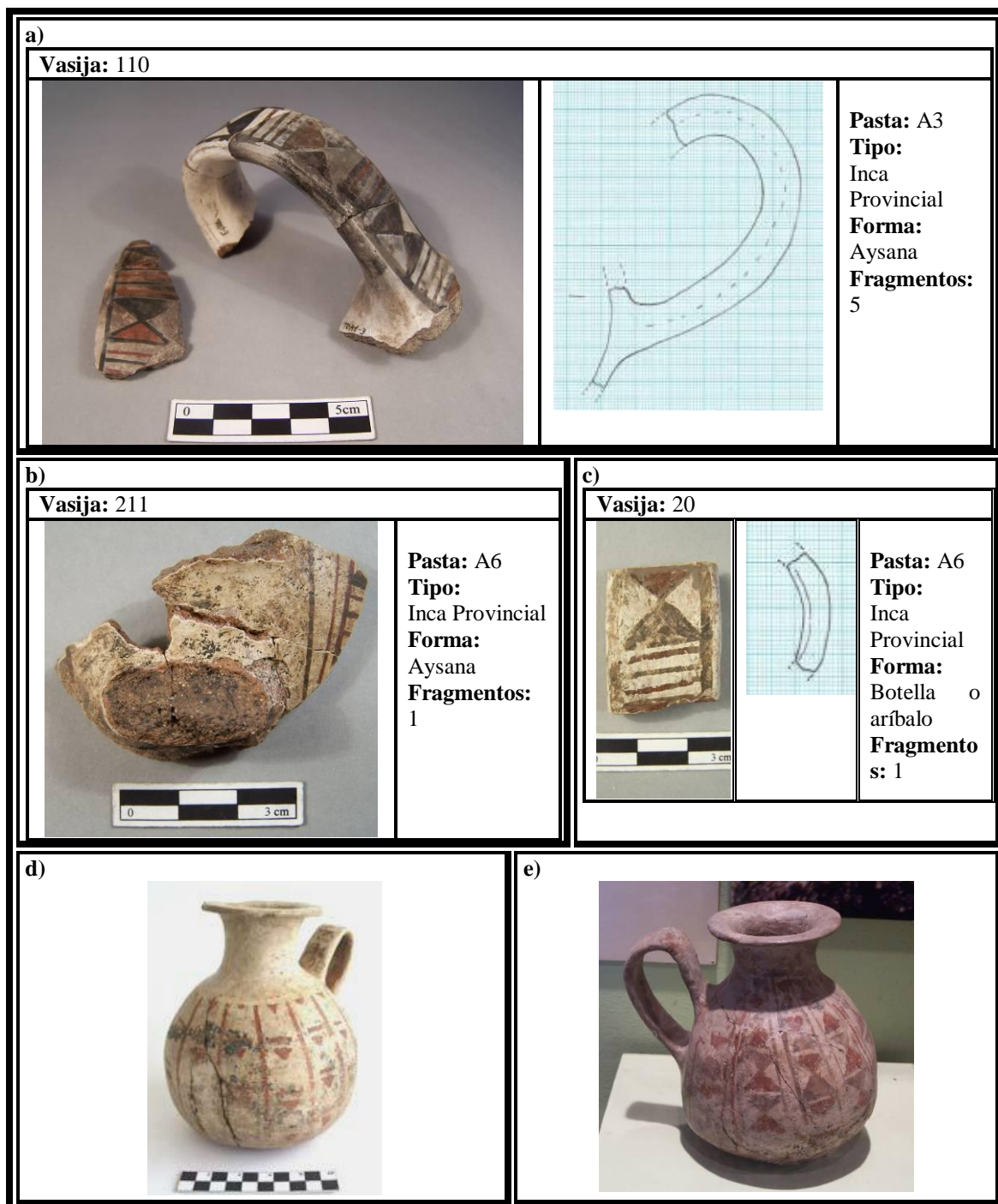


Lámina 9: Los cuadros a) y b) exhiben restos de dos aysanas del sitio TOA con el patrón clepsidras en traslación vertical. El cuadro c) muestra un asa del sitio TOA con el mismo patrón. Abajo, en el cuadro d) se presenta una aysana del sitio Estación Quinta Normal (pieza 4 de tumba 4) (Cantarutti y Mera 2002). Por su parte el cuadro e) muestra una aysana del sitio El Triunfo (Museo Arqueológico de Los Andes).

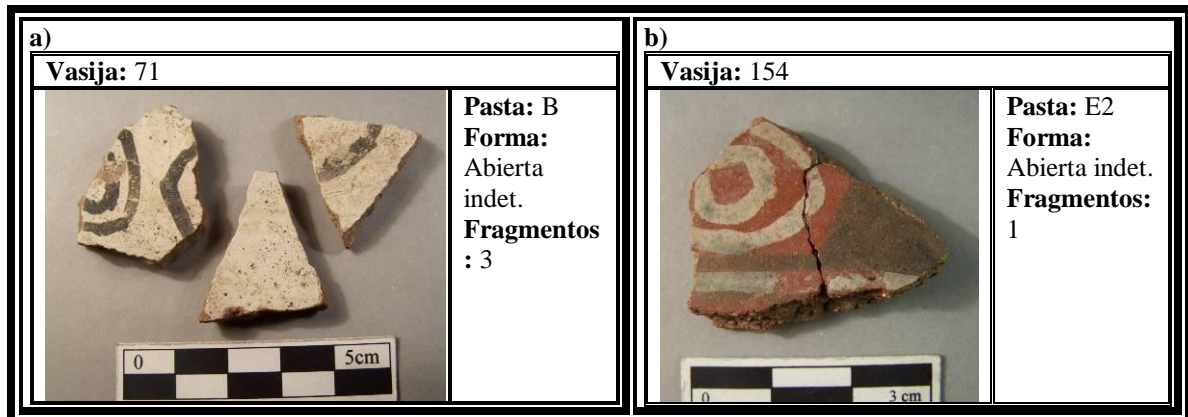


Lámina 10: Los cuadros a) y b) exhiben fragmentos de dos vasijas del sitio TOA con motivos compuestos por círculos concéntricos.

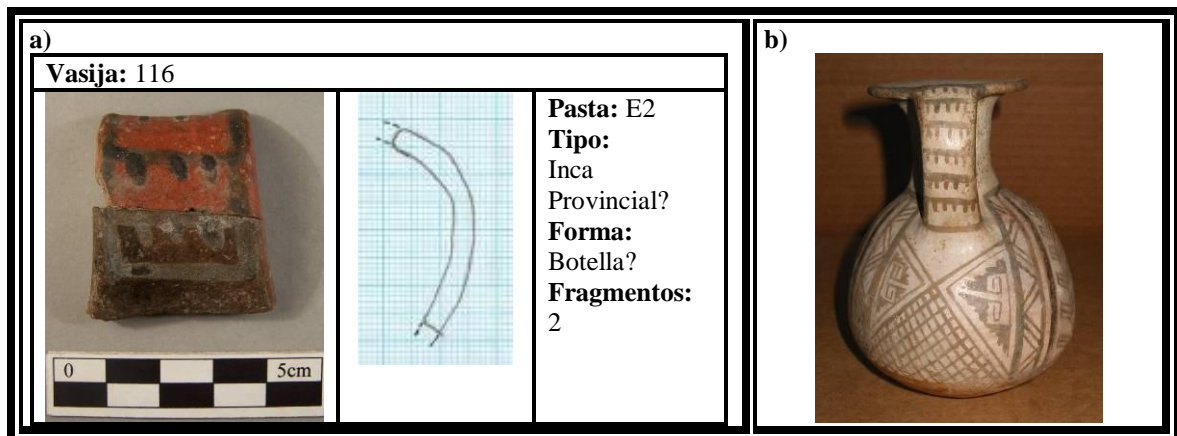


Lámina 11: El cuadro a) presenta un asa de una vasija del sitio TOA con un motivo similar registrado en el asa de una botella del Museo Arqueológico de La Serena exhibido a la derecha en el cuadro b).

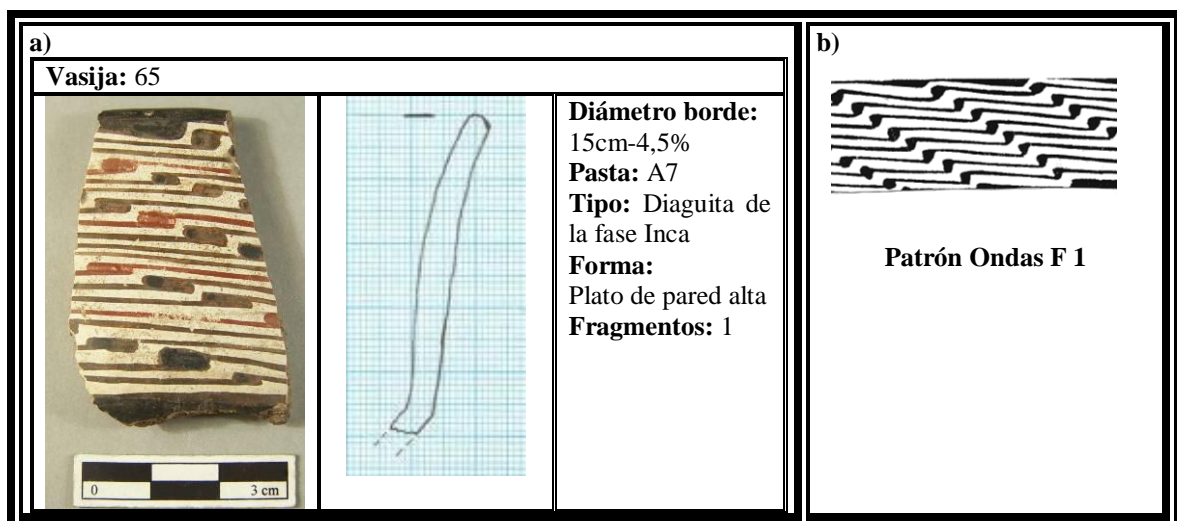


Lámina 12: El cuadro a) presenta un fragmento de plato de paredes altas del sitio TOA con patrón Ondas F 1. Este motivo (b) es registrado por González (2001) en el valle del Choapa.


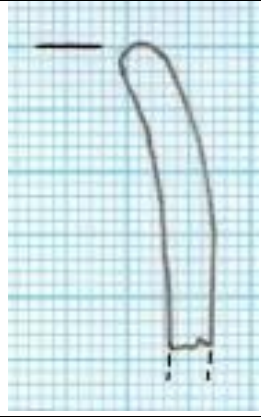

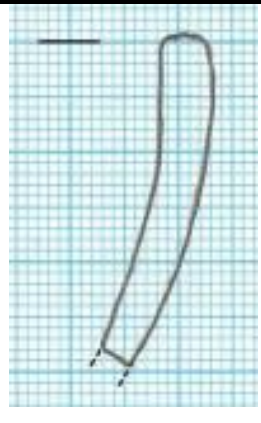

a)		
Vasija: 36		
		Diámetro borde: 17cm-6% Pasta: A4 Tipo: Local de la fase Inca con influencia diaguita. Forma: Puco? Fragmentos: 1
b)		
Vasija: 80		
		Diámetro borde: 19cm-5,5% Pasta: A4 Tipo: Local de la fase Inca con influencia diaguita. Forma: Puco? Fragmentos: 1
c)		
Patrón Zigzag B:		

Lámina 13: Los cuadros a) y b) muestran fragmentos de borde de dos vasijas del sitio TOA con la presencia del patrón Zigzag B. Este motivo (c) es registrado por Cornely (1962) en el valle del río Elqui.

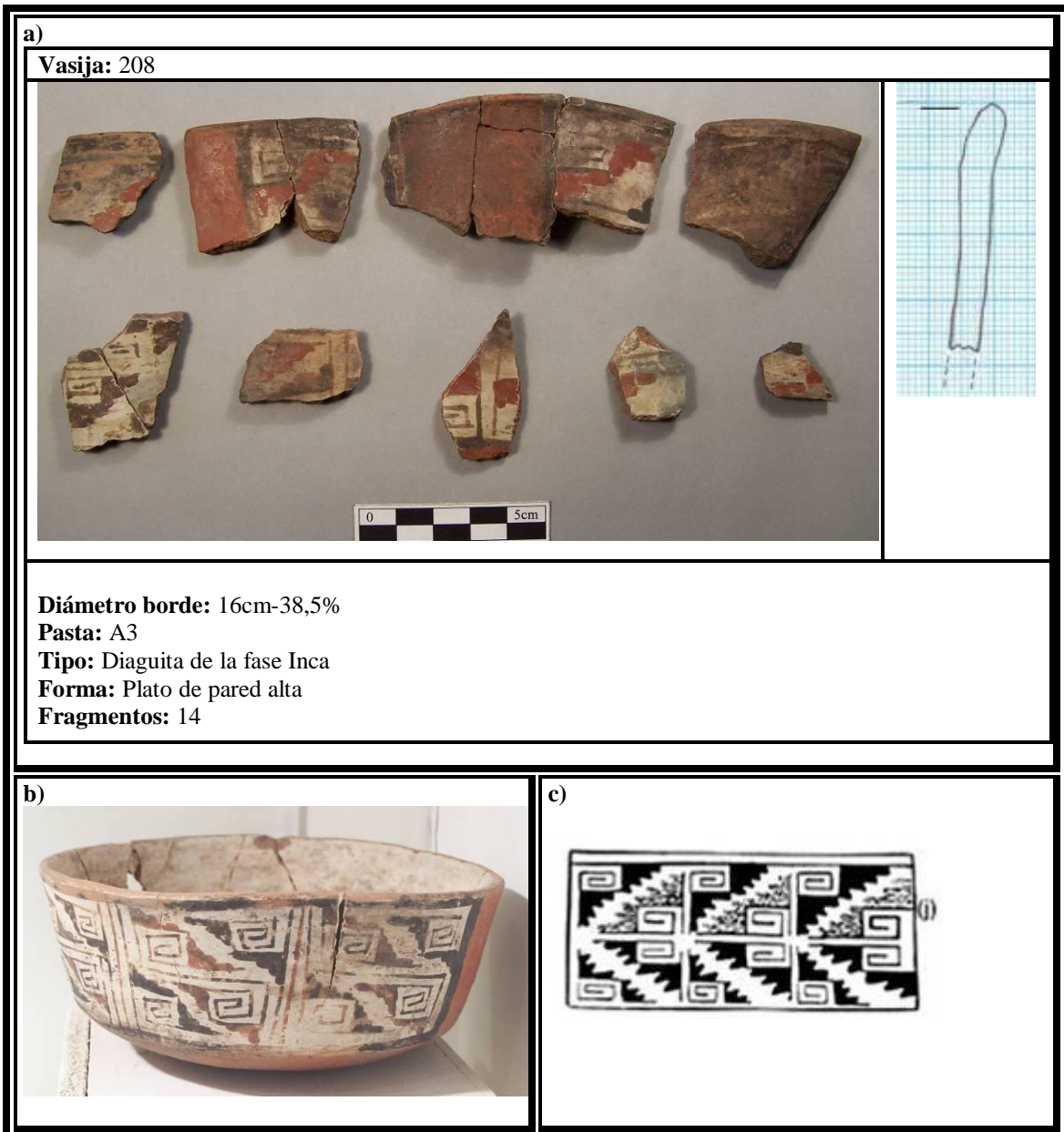


Lámina 14: El cuadro a) presenta fragmentos de un plato de paredes altas del sitio TOA con el patrón “doble zigzag”. Abajo en el cuadro b) se muestra un plato de paredes altas con el mismo patrón, proveniente del sitio El Triunfo (Museo Arqueológico de Los Andes). En el cuadro c) se muestra el patrón “doble zigzag” registrado por González (2001) en el valle del Choapa.

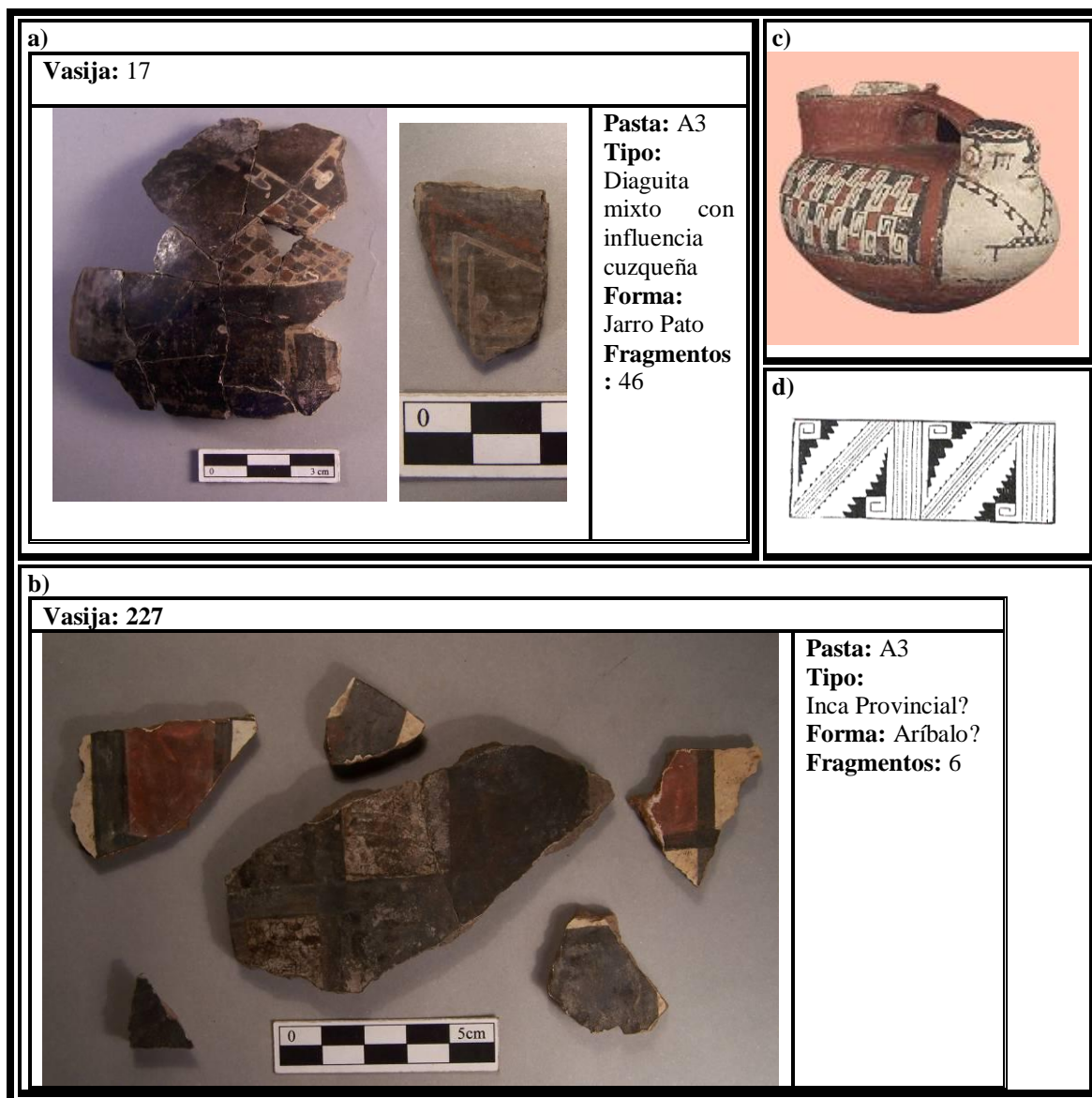


Lámina 15: El cuadro a) exhibe una porción reconstruida de un jarro pato del sitio TOA. Este presenta un patrón ajedrezado y el patrón Diaguita “zigzag C”. El cuadro c) muestra un jarro pato del Museo Chileno de Arte Precolombino correspondiente al “Tipo A” (González 1995). El cuadro d) muestra el patrón Diaguita “Zigzag C” registrado por González (2004a) en el valle del Limarí. El cuadro b) muestra un probable aríbalo del sitio TOA con un patrón ajedrezado.



Lámina 16: Los cuadros a) y b) exhiben fragmentos de dos probables aríbalos del sitio TOA con una banda que presenta un motivo en zigzag con la combinación cromática del “cuarto estilo”. El cuadro c) muestra fragmentos de un posible jarro del sitio TOA con decoración que presenta del patrón “cuarto estilo”. Un Jarro del sitio El Triunfo de la colección del MNHN, que se muestra en el cuadro c), presenta decoración muy similar a la vasija 12.


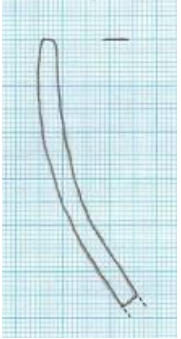





a)		Vasija: 54	
		Pasta: A3 Tipo: indet. Forma: Chua? Fragmentos: 4	
b)		Vasija: 83	
		Diámetro borde: 20cm-2,5% aprox. Pasta: B Tipo: Aconcagua de la fase Inca con influencia Diaguita? Forma: Escudilla? Fragmentos: 4	
c)		Vasija: 152	
		Diámetro borde: 11cm-14% Pasta: A4 Tipo: Aconcagua de la fase Inca con influencia Diaguita? Forma: Jarro o arbalo Fragmentos: 3	
d)			
e)			
f)			
			

Lámina 17: Los cuadros a), b) y c) son vasijas del sitio TOA que presentan un patrón zigzag presente en Chile Central durante el periodo Inca. Los cuadros d) y e) muestran dos vasijas registradas en el sitio Estación Quinta Normal (Cantarutti y Mera 2002) con decoración similar. Abajo, en el cuadro f) se muestra este patrón zigzag presente en el sitio Estación Quinta Normal (Idem.).

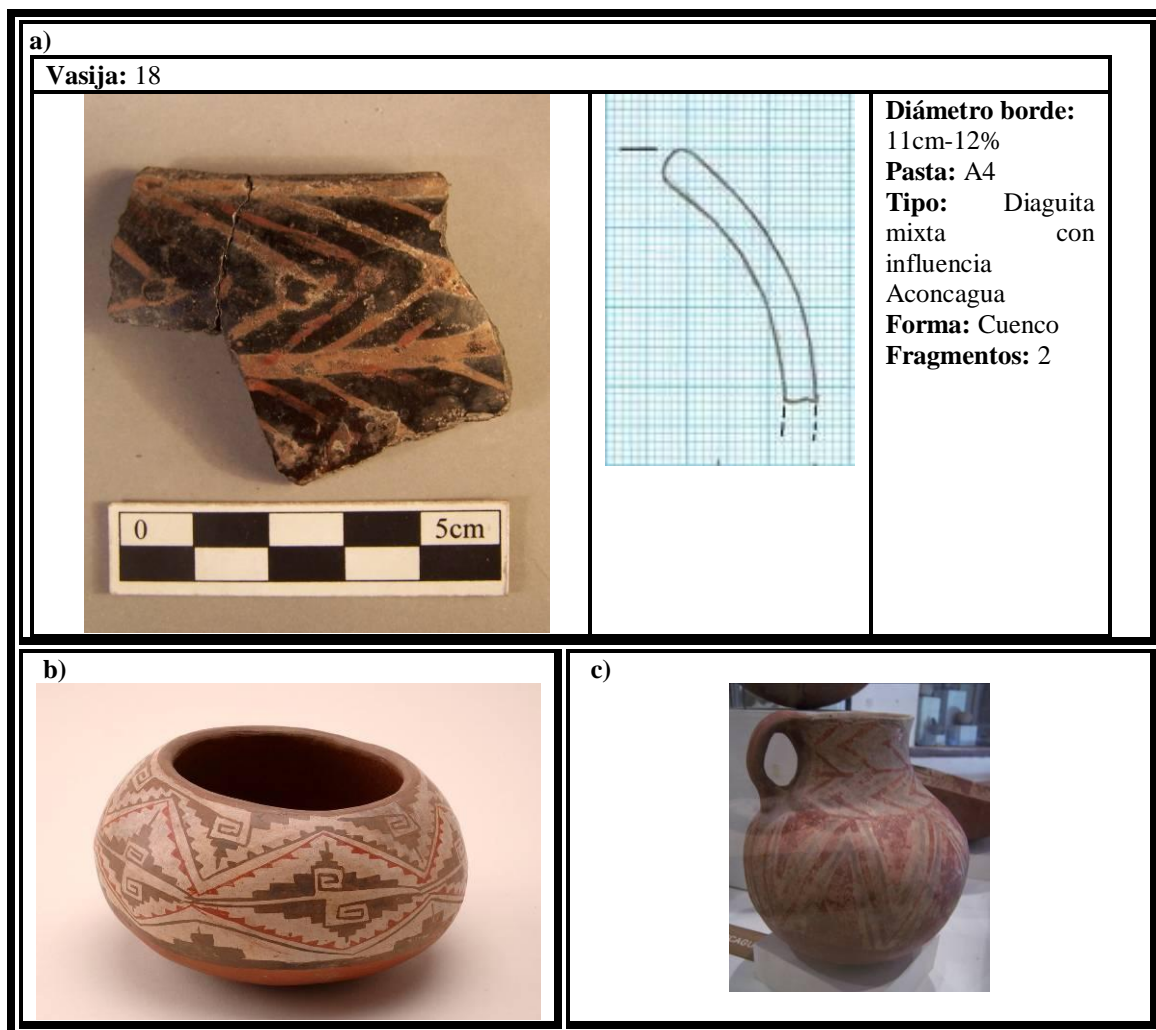


Lámina 18: El cuadro a) exhibe una porción reconstruida de un cuenco del sitio TOA con decoración compuesta por una banda doble con líneas quebradas paralelas en translación horizontal. La forma es similar a un cuenco, presente en el cuadro b), proveniente del sitio “Loma El Arenal” en el valle de Chalinga, cuenca del Choapa (Museo de Historia Natural de Valparaíso). El cuadro c) muestra un jarro del sitio Bellavista (Museo Arqueológico de Los Andes) con decoración en el cuello, muy similar al patrón decorativo de la vasija 18.

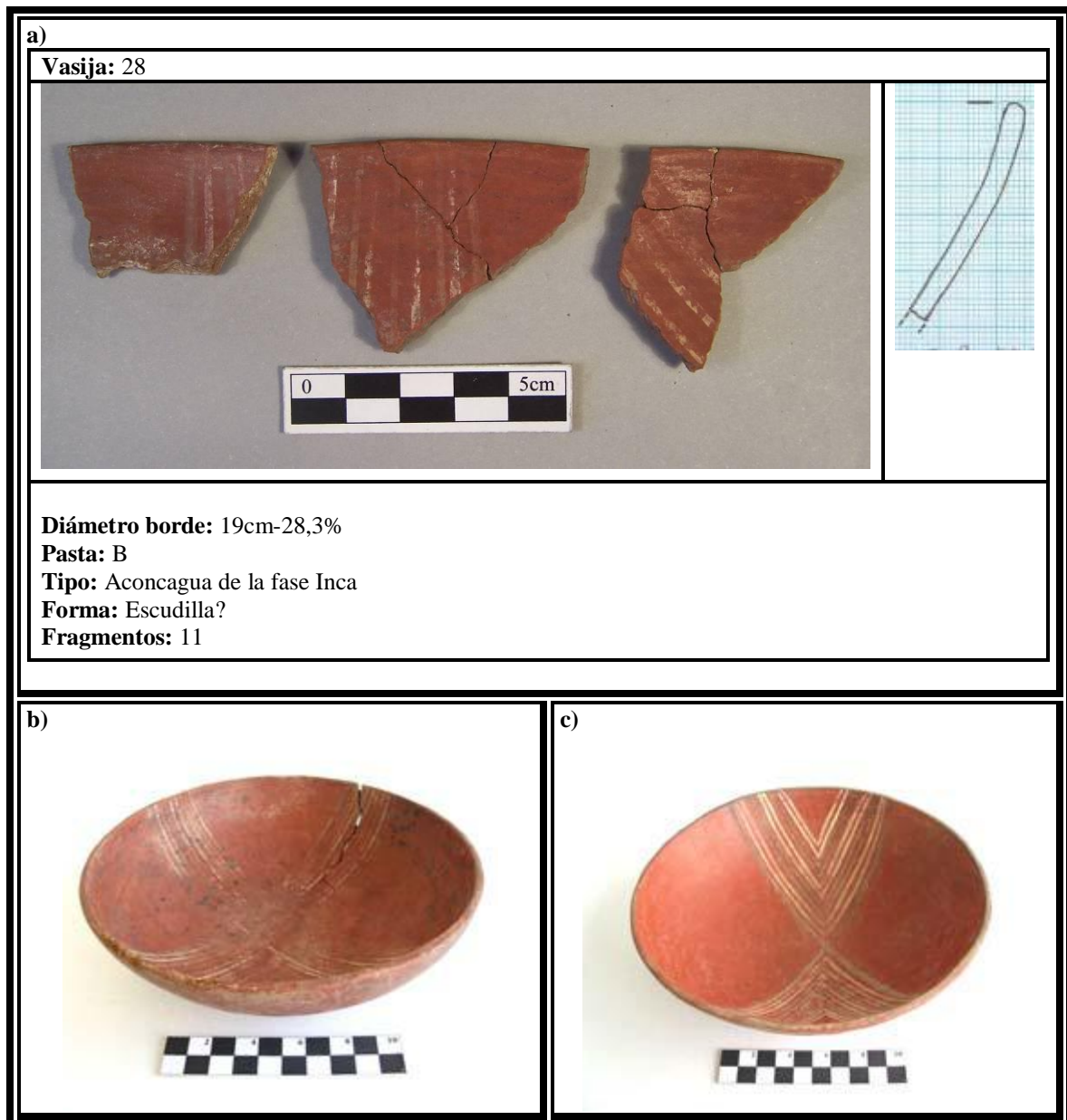


Lámina 19: El cuadro a) muestra fragmentos de una probable escudilla del sitio TOA. Presenta decoración compuesta por líneas alternadas negras y blancas paralelas verticales y oblicuas. Los cuadros b) y c) muestran dos escudillas con decoración muy similar, las que son registradas en el sitio Estación Quinta Normal (Cantarutti y Mera 2002).

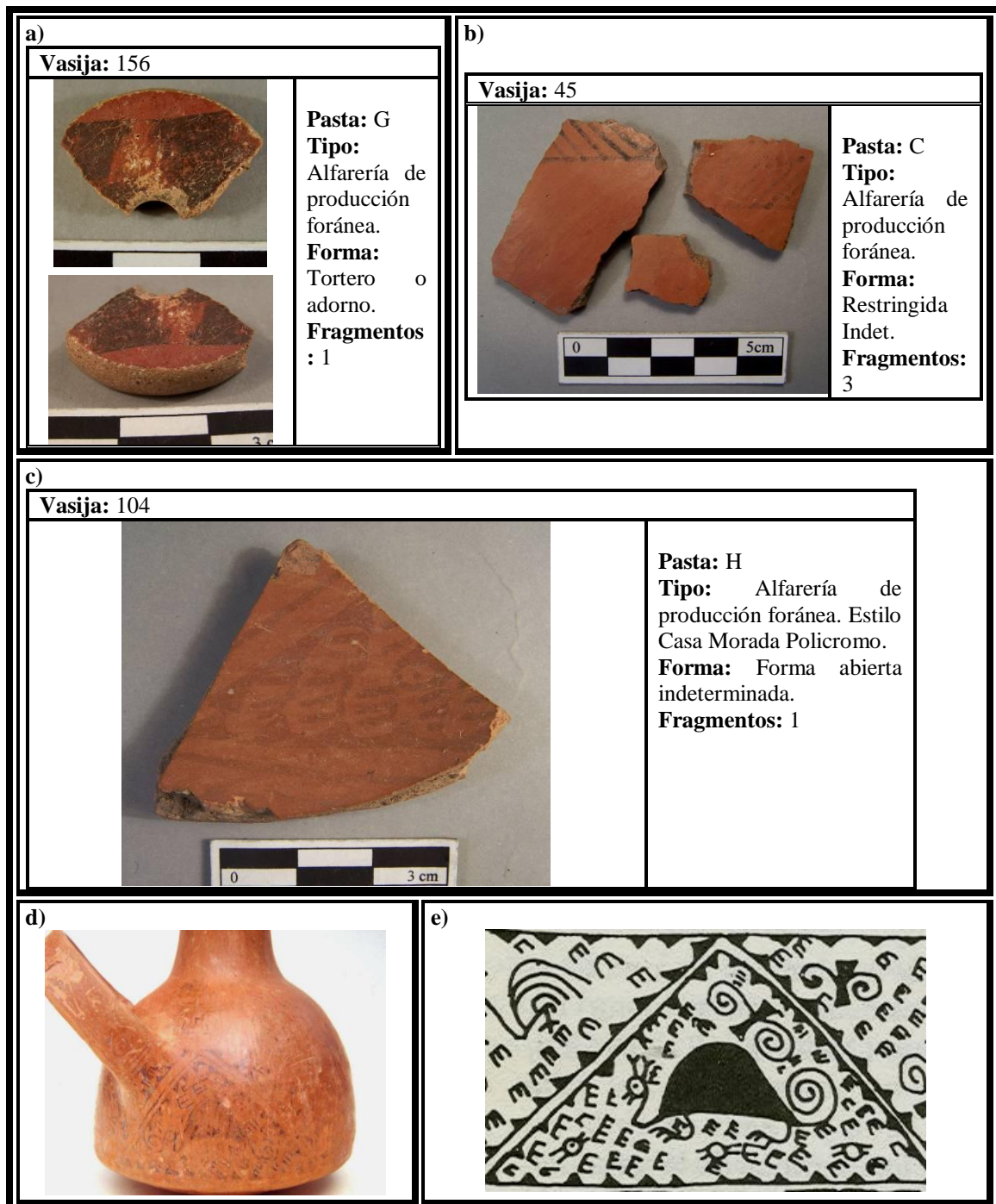


Lámina 20: Los cuadros a), b) y c) muestran restos de cerámica de pasta foránea del sitio TOA. El primero corresponde a un adorno, el segundo a una vasija restringida con un patrón decorativo indeterminado y el tercero muestra un fragmento de vasija de forma abierta con decoración Casa Morada Policromo. El cuadro d) exhibe una botella del sitio Estadio Fiscal de Ovalle con similar decoración y pasta que la vasija 104 (Cantarutti 2002) y el cuadro e) muestra el motivo de la misma vasija (Rafino 1981).

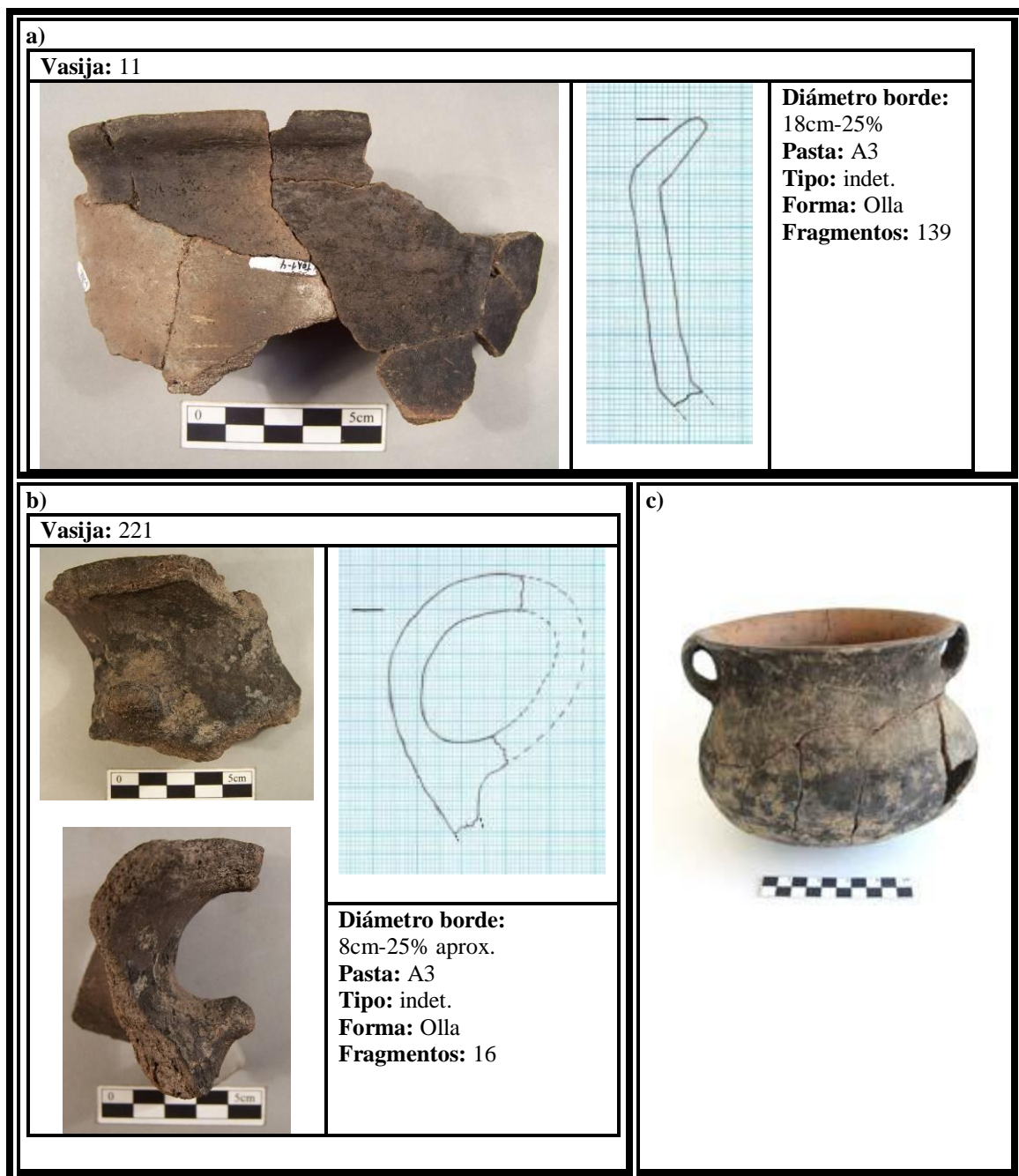


Lámina 21: Los cuadros a) y b) muestran restos de vasijas del sitio TOA con evidente exposición al fuego y acumulación de hollín producto de actividades de cocina. La vasija 11 del primer cuadro presenta dos fragmentos que perdieron acumulación de carbón producto de su oxidación postdeposicional al ser expuestos al fuego. En el cuadro c) de muestra una vasija muy similar a la vasija 221, correspondiente a la pieza 1 de la tumba 3 del sitio Estación Quinta Normal (Cantarutti y Mera 2002).

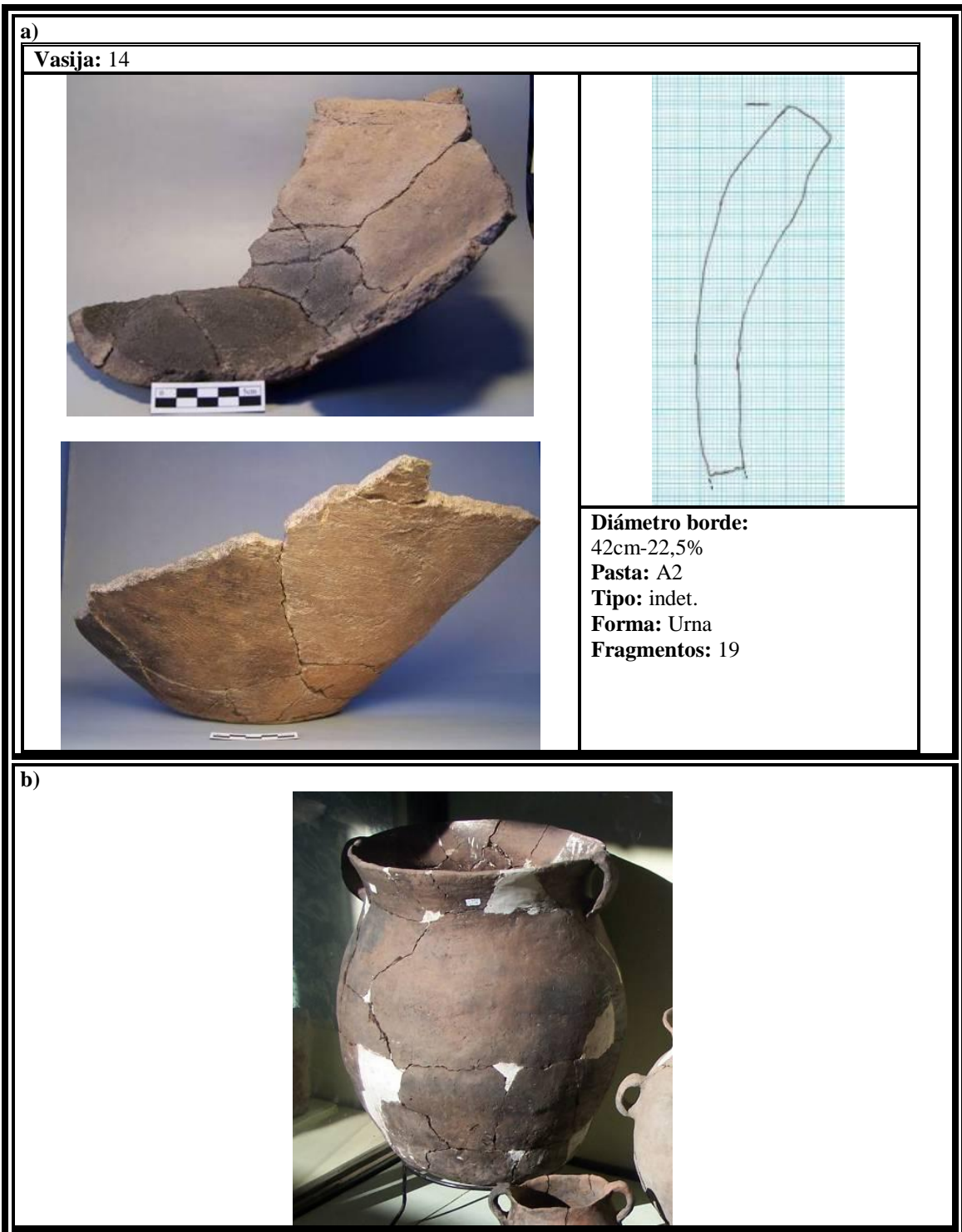


Lámina 22: El cuadro a) muestra una vasija de gran tamaño del sitio TOA probablemente usada para almacenar. El cuadro b) exhibe una vasija que presenta similares características de la colección del sitio El Triunfo del Museo Arqueológico de Los Andes.



Lámina 23: El cuadro a) exhibe una vasija restringida del sitio TOA con acumulación de hollín en el exterior, posiblemente usada para cocinar. Presenta una extraña asa en forma de gancho.